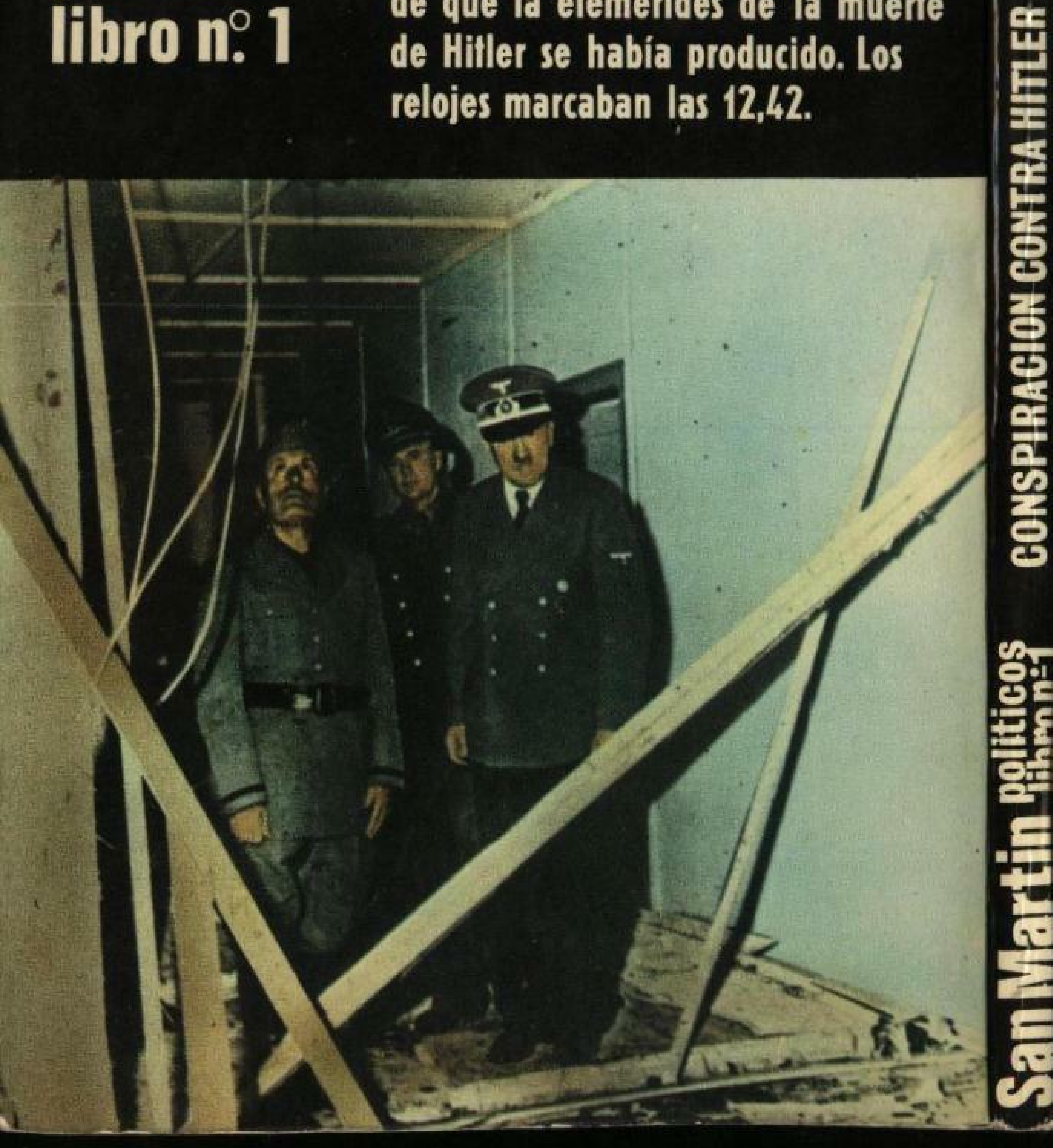
SAN MARTIN

HISTORIA DE LA
SEGUNDA
GUERRA
MUNDIAL
politicos
libro n.º 1

La terrible y ensordecedora explosión se produjo precisamente cuando Stauffenberg se disponía a subir a su automóvil oficial. De la magnitud de la explosión dedujo que su misión debía necesariamente haber tenido éxito. Estaba plenamente convencido de que la efemérides de la muerte de Hitler se había producido. Los relojes marcaban las 12,42.



R. Manvell CONSPIRACION CONTRA HITLER San Martin politicos libro n.º 1

conspiración contra Hitler

Roger Manvell

SAN MARTIN

HISTORIA DE LA
SEGUNDA
GUERRA
MUNDIAL
politicos
libro n.º 1

Equipo editorial de la Historia Ilustrada de la II Guerra Mundial



El autor de Conspiración Roger Manvell

Roger Manvell, de la Universidad de Sussex, es el co-autor con Heinrich Fraenkel de una serie de estudios biográficos y sociales sobre los nazis. Durante doce años fue director de la British Film Academy. Da conferencias de carácter internacional y es el autor o co-autor de muchos libros sobre cinematografía, televisión y medios de comunicación.



Director Editorial Barrie Pitt

Autor de muy importantes obras históricas sobre la Primera y la Segunda Guerras Mundiales. Colaborador de la "Enciclopedia Britanicca" sobre temas de guerra naval; asesor histórico de "The Sunday Times Magazine"; director de la "Purnell's History of the Second World War"; asesor consultivo de la serie de películas que la BBC produjo sobre la Primera Guerra Mundial.



Director Artístico Sarah Kingham

Estudió en el Hornsey College of Art de Londres, y es considerada actualmente como uno de los jóvenes diseñadores más originales y capacitado de las editoriales londinenses.



Prologuista y Presentador: Vicente Talón

Gran experto en temas político-militares. Como corresponsal del diario "Pueblo" ha visto los más importantes sucesos bélicos acaecidos en todo el mundo durante los últimos años. Tras realizar cursos de información, ha obtenido diplomas en varios centros militares. Es autor de los siguientes libros: "Los rusos en el Mediterráneo", "Arde Guernica" y "Guerra en Irlanda".

Conspiración contra Hitler

PRESENTACION

Nunca fueron buenas las relaciones de la vieja aristocracia alemana y de la clase dirigente tradicional del ejército germano, con el régimen nazi. Para estos rancios estamentos, Hitler era un advenedizo y sus huestes políticas un núcleo humano de baja extracción. El hecho de que, al contrario de lo que sucedió en Rusia, los camisas pardas no hubiesen comenzado su revolución enviando ante los piquetes de ejecución a todos los miembros del "Gotha", no les había endulzado, ciertamente, el ánimo.

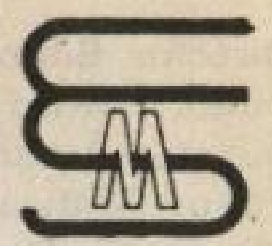
A mediados de 1944, cuando la fortuna le ha vuelto las espaldas a las águilas nazis y el panorama se ofrece cada vez más negro, un grupo de militares de carrera, conectados con la élite aristocrática, a la cual pertenecen también varios de ellos, decide liquidar al Führer. El golpe, que precipitará la caída de Alemania, pero que no salvará nada puesto que los aliados se niegan a aceptar otra cosa que no sea la rendición incondicional, se plantea contra el propio Hitler. Este deberá caer, despedazado por una bomba, y muerto el perro...

El complot, mal preparado y peor consumado, no da los resultados apetecidos. Adolfo Hitler se salva y el pueblo alemán, que lucha en los frentes y que soporta estoicamente los cada vez más espantosos bombardeos angloamericanos contra las ciudades de la retaguardia, reacciona indignadamente contra los conjurados, a los que no comprende. La puñalada por la espalda, de la que fue víctima la Italia fascista, no tendrá una segunda edición alemana. Y la conspiración del 20 de julio, ignominiosamente recibida en la época, sólo será "recuperada", muchos años después, por el Ejército federal alemán, que asegura tener, en aquel gesto, uno de sus pilares doctrinales.

Vicente Talón

Conspiración contra Hitler

Roger Manvell



Director Editorial: Barrie Pitt
Editor: David Mason
Director Artístico: Sarah Kingham
Editor Gráfico: Robert Hunt
Dibujante: David Allen
Cubierta: Denis Piper
Dibujos Especiales: John Batchelor

Prologuista y Presentador de la Edición Española: Vicente Talon

Las fotografías de este libro han sido seleccionadas especialmente de los archivos siguientes de izquierda a derecha título Ullstein; 8 Bundesarchiv; 10 Suddeutscher Verlag; 11 Ullstein/National Archives; 12 Ullstein; 13 Ullstein; 14 Bundesarchiv/Ullstein; 17-19 Bundesarchiv; 20 Suddeutscher Verlag; 22 Suddeutscher Verlag; 25 Bundesarchiv; 28 Bundesarchiv/Suddeutscher Verlag; 30-31 Suddeutscher Verlag; 32 Bundesarchiv; 33 Suddeutscher Verlag; 34 Suddeutscher Verlag; 35 Sado-Opera Mundi; 36 Ullstein; 37 Suddeutscher Verlag; 38 Keystone/Sado-Opera Mundi; 39 Ullstein; 40 Suddeutscher Verlag; 41 Keystone/Suddeutscher Verlag/Ullstein; 43 Ullstein; 44 Suddeutscher Verlag/Ullstein; 45 Ullstein; 46 Ullstein/Radio Times-Hulton; 47 Radio Times-Hulton; 48 Keystone; 49 Ullstein; 51 Bundesarchiv/Central Press; 52 Bundesarchiv; 53 Rijkinstituut; 55 Keystone/Ullstein; 56 Bundesarchiv; 57 IWM; 58 Bundesarchiv; 59 IWM; 60 Sado-Opera Mundi/IWM; 61 Suddeutscher Verlag; 62 Suddeutscher Verlag; 63 Novosti/Bibliothek; 64 IWM/Suddeutscher; 65 Rijkinstituut; 66 Ullstein; 68 Bundesarchiv; 78 Ullstein; 71 Ullstein; 72 Suddeutscher; 75 Suddeutscher; 76-77 Ullstein; 78 Sado-Opera Mundi; 80 National Archives; 82-83 Ullstein; 84 Budesarchiv/Suddeutscher/Sado-Opera Mundi; 86 Ullstein; 87 Suddeutscher; 88 Ullstein; 90 Bundesarchiv; 91 Ullstein; 92 Ullstein; 93 Ullstein; 94 Ullstein; 95 Ullstein/Bundesarchiv; 96 Ullstein; 98 Ullstein; 99 Ullstein; 102; Ullstein; 106-107 UPI; 110 Bundesarchiv; 112-113 Budesarchiv; 114 Bibliothek; 115 Ullstein; 116-117 Bundesarchiv; 120 Bundesarchiv; 121 Keystone; 122 Ullstein; 123 Suddeutscher/Bundesarchiv; 126-127 Bundesarchiv; 128 Ullstein; 129 Ullstein; 133 Heinrich Hoffmann; 134 Suddeutscher; 136 Ullstein; 139 Bundesarchiv; 140-141 Bundesarchiv; 142 Ullstein; 144 Ullstein; 146-150 Bundesarchiv; 150 Ullstein; 151 Bundesarchiv; 152-153 Ullstein; Front Cover Bundesarchiv; Back Cover IWM.

Traductor: Diorki

1.ª Edición publicada en Estados Unidos por Ballentine en 1971
Copyright © Roger Manvell
Copyright © en Lengua Española
LIBRERIA EDITORIAL SAN MARTIN
Puerta del Sol, 6
MADRID-14

Printed in Spain - Impreso en España
Estampaciones Gráficas GREFOL
Depósito Legal: M. 16913 - 1972

Indice

Historia de un asesinato

Introducción por Alan Wykes

Por lamentable que pueda parecer, existe una morbosa satisfacción en la contemplación de cómo se proyecta un asesinato por un individuo o un grupo de conspiradores. Sea realidad o ficción, los detalles de la trama ejercen una rara fascinación sobre nosotros. Por innoble que sea la causa, seguimos con delectación los efectos de la misma, admirando la astucia del asesino o bien, según los casos, sintiéndonos frustrados por su ineptitud. En el cine o en el teatro experimentamos un impulso irresistible de gritar "¡cuidado!", en el momento en que descubrimos las malvadas intenciones del malo para con el bueno. En la vida real, el asesinato de un Kennedy o de un Martín Lutero King nos deja horrorizados; pero si posteriormente un investigador reúne las piezas dispersas del plan asesino, mostrándonos la mente de su autor —mente que puede incluso estar enferma o desviada de las normas morales aceptadas—, así como la habilidad de sus maquinaciones, las vicisitudes que conducen al clímax final nos mantienen en emocionada tensión. (Al menos cuando todo ello está bien relatado.) El que en última instancia la narración nos inspire horror o aprobación dependerá de innumerables factores, entre los que se cuentan nuestras simpatías con la causa del asesino o de los conspiradores; pero es fascinante observar el desarrollo del conflicto.

Adolf Hitler fue un hombre por el que pocos han sentido auténtico afecto, y menos aún alguna especie de cariño. Fue idolatrado por millones de personas; pero la idolatría no es afecto, sino fe supersticiosa expresada en adulación servil. Asistido por malvados secuaces intentó dominar el mundo como un Coloso, pero solamente logró imponer el terror de las botas claveteadas y de la ruindad de espíritu. Su mente estaba enferma al igual que su cuerpo. Poco a poco el poder fue embruteciéndole e inevitablemente se convirtió en objeto de una conspiración, ya que quienes no compartían su carácter violento se dieron cuenta gradualmente de que estaba llevando a la nación alemana no a la gloria, sino al desastre. Todos estuvimos y aún estamos involucrados en las consecuencias de su megalomanía.

Hubo varias conspiraciones para asesinar a Hitler, y los relatos de las mismas pueden encontrarse en las primeras páginas de este libro. Ya la forma en que fracasaron es interesante, y le inducen a uno a pensar en la existencia de algún caprichoso talismán que protegiese la vida de Hitler. Pero el plan del que el mundo entero tuvo noticia había de llevarse a cabo el 20 de julio de 1944; y el gran mérito del libro de Roger Manvell consiste no solamente en mostrarnos los pasos sucesivos dados por los conspiradores para lograr sus propósitos, sino en iluminar todo



el caso con una claridad que contradice su complejidad.

La conjuración de julio también fracasó, aunque no en el sentido literal de un fallo de la bomba. Tampoco a causa de algún punto débil en la trama, ni debido a un descuido o falta de valor por parte del coronel von Stauffenberg, el hombre designado para colocar la bomba en la sala de mapas de Rastenburg. Se podría decir, sin mucha originalidad, que el plan falló porque el destino así lo decidió. Hitler estaba destinado a morir por su propia mano y no la de un asesino.

Pero la conjura no fracasó simplemente cuando Stauffenburg supuso equivocadamente que había tenido éxito y así lo indicó a sus compañeros de conspiración, que estaban a la espera para hacerse cargo del gobierno y de las fuerzas armadas. Los acontecimientos que siguieron, cuando los conspiradores trataron de organizar el golpe de estado, tienen algo de farsa, aunque de una farsa situada peligrosamente al borde mismo de la tragedia. Misteriosas llamadas telefónicas, frases de doble sentido y suicidios melodramáticos, todo ello fue parte del epílogo, al igual que las más horribles torturas y vengativas sentencias contra los conspiradores. También hubo quien «acudió voluntariamente en la esperanza de que, al mostrar ostensiblemente su decisión de colaborar con las investigaciones, se libraría de toda sospecha de participación en la conspiración».

Aunque el movimiento de resistencia nunca fue lo bastante fuerte en Alemania, prácticamente, para constituirse en una fuerza que pudiese derrocar el régimen nazi —principalmente debido al temor ante el poder ilimitado de una organización sin la cual ninguna dictadura puede mantener su autoridad, la policía secreta—, siempre hubo, a lo largo de los días de encumbramiento del nacismo, una fuerte oposición a Hitler y a sus métodos. Los oponentes incluían a valerosas y esforzadas personas, como los pastores protestantes Niemöller y Bonhoeffer, quienes apelaron sin éxito por los valores morales; y a aquellos otros que activamente y en secreto conspiraron para provocar la caída literal del Führer asesinándole. Los conjurados de julio pertenecían naturalmente a este último grupo. Algunos de ellos actuaron por propio interés, al menos en parte; pero todos sin excepción veían en los descabellados planes de Hitler de dominación mundial el fin para Alemania. Su heroísmo o su traición —según el punto de vista— constituye una historia emocionante.



¿Traidores o héroes nacionales?

Hitler y el antiguo presidente Hindenburg en Berlín, mayo de 1933.

¿Son traidores a su país quienes se proponen asesinar al jefe del estado elegido por el mismo país?

Adolf Hitler se convirtió en "legítimo" canciller de Alemania en 1933. Siempre procedió en su camino hacia el poder, según había decidido como consecuencia de su fracasado golpe de estado en Munich el año 1923, al menos con apariencia de legitimidad. Su Partido, que en 1928 ganó solamente 810.000 votos en las elecciones al Reichstag (el Parlamento Federal Alemán de aquellos días), acumuló aproximadamente 6,5 millones en 1930, y más de 13,7 millones en las elecciones de julio de 1932, que representaba el 30 por ciento de los votos en las urnas. Perdió dos millones de estos votos en las últimas elecciones verdaderamente libres de la Alemania anterior a Hitler, las de noviembre de 1932, consiguiendo el 33 por ciento del total. Es cierto que en las elecciones de marzo de 1933, cinco semanas después de que Hitler fuese hecho canciller, los votos favorables sumaron 17,27 millones, o el 43 por ciento de los votantes, pero esta elección fue en gran medida "preparada", mediante el arresto en masa de los comunistas que siguió al incendio del Reichstag (del que los nazis fueron con casi absoluta certeza responsables) y la intimidación ejercida por los agentes y tropas de asalto nazis sobre sus oponentes, incluyendo a los socialdemócratas. La responsabilidad de los nazis en ese incendio continúa siendo en nuestros días un tema debatido, si bien eminentes historiadores defienden la idea de que el joven incendiario holandés Marinus van der Lubbe, quien fue descubierto medio desnudo dentro del edificio en llamas, fue enteramente responsable. Siendo aún presidente Hindenburg, Hitler se hizo con el poder absoluto ante la impasibilidad del pueblo alemán, estuviese o no a su favor.

En el momento de su acceso al poder en 1933, Hitler contaba cuarenta y cuatro años, Goering treinta y nueve, Goebbels treinta y seis, e Himmler, quien aún estaba en un segundo plano, solamente treinta y tres. Quizá porque el golpe de estado nazi en Alemania fue, en un sentido, un joven movimiento revolucionario, o quizá porque los líderes nazis, socialmente considerados, no eran más que unos arrivistas, los primeros intentos de resistencia organizada vinieron de la derecha, de personas que se consideraban ante todo militares y caballeros, a quienes no complacía la idea de que los hombres de uniforme rindiesen pleitesía a un agitador que no había ascendido más allá del empleo de cabo en el ejército alemán. Con esto no se pretende disminuir el noble descontento entre las decenas de millanes de alemanes (principalmente de la clase trabajadora) que se opusieron abiertamente a la avalancha de decretos y disposiciones que siguieron a la aprobación de la Ley de 1933 que dio a Hitler poderes dictatoriales, y que pasó por un Reichstag del que las figuras claves de la oposición habían sido excluidas. La mayor parte de estos individuos, exponentes de una resistencia esporádica, acabaron en campos de concentración y los que lograron sobrevivir fueron reducidos a la impotencia. Tales fueron los jóvenes Hans y Sophie Scholl, quienes en 1942 intentaron establecer una resistencia entre los estudiantes universitarios, pero que como veremos fueron atrapados y ejecutados. Tampoco han de olvidarse las protestas de personalidades relevantes a quienes los nazis no se atrevieron a encarcelar —particularmente valerosos clérigos como el obispo von Galen y el arzobispo cardenal Michael Faulhaber, que predicaron abiertamente contra Hitler y sus obras. Lo que ahora nos ocupa es la formación de un grupo activo de conspiradores que, en diferentes épocas y en distintas formas, unieron sus esfuerzos para derrocar y asesinar al jefe electo de su país.

Lo que se necesitaba era un punto central en los círculos influyentes, alrededor del cual pudiera cristalizar la resistencia. Ningún individuo puede llevar a cabo un golpe de Estado por sí mismo. No es suficiente con eliminar al líder, quienquiera que sea; es preciso preparar adecualamente el terreno en las fuerzas armadas y en la administración civil para que el cambio de poderes sea aceptado como hecho consumado por la totalidad del país. Un círculo interior de hombres de confianza, cada uno con su propio cometido, deben ser admitidos gradual y secretamente en la conjura; hay que preparar una administración fantasma que habrá de hacerse cargo de los servicios establecidos, ya sean civiles o mi-

litares; la propaganda debe estar lista para saturar las redes de radiodifusión y la prensa a los pocos minutos de la caída del dictador. La conspiración no es tarea para aficionados, a pesar de que frecuentemente emplea aficionados, siendo ésta una de las principales razones de que fallen tantos golpes de Estado.

El punto central de la resistencia en Alemania había de ser el ejército a lo largo de los doce años del régimen nazi. La rápida infiltración del control del partido en la administración civil durante los años 1933-34, y en particular la creación de una policía secreta política —la Gestapo—, con el propósito de destruir toda oposición al régimen, convirtió la resistencia efectiva y organizada entre la población civil en algo extremadamente difícil, si no imposible; naturalmente, cualquiera podía sacrificar su libertad y su vida oponiéndose abiertamente a Hitler. Por consiguiente, el Ejército era el único poder armado dentro del Estado, independientemente del Führer, que hubiese podido destituirle de contar con una jefa-



Arriba: **Hans hermano de Sophie Scholl, muerto a manos de la Gestapo.** Abajo: **Sophie Scholl, líder estudiantil del movimiento Rosa Blanca.** Derecha arriba: **Röhm, víctima principal de la noche de los Cuchillos Largos.** Derecha abajo: **Exhibición de propaganda nazi, en 1934.**



Cardenal von Galen, obispo de Munster y oponente principal de Hitler.

Cardenal Faulhaber que predicó contra la política nazi.



Arriba: **El Ejército presta juramento de lealtad a Hitler, agosto de 1934.** Abajo: **Desfile de artillería ante el general Fritsch, Potsdam 1934.** Derecha: **Equipo de ametralladoras pesadas entrenándose en 1937.**





tura decidida. Esta fue la razón de que, habiendo establecido su control sobre la Alemania civil, Hitler volvió su atención durante el período clave de 1934-38 al logro de la ascendencia personal dentro del Ejército.

Comenzó con ciertas ventajas iniciales. Era opuesto al comunismo, al igual que el Ejército. Había accedido al poder con el apoyo de los nacionalistas de la derecha —y esto, en términos generales, era el punto de vista de los cuadros oficiales—. Cuando, en 1934, Hitler desarticuló las propias fuerzas de asalto del Partido, la SA, que contaba con tres millones de miembros, asesinando a su comandante Ernst Röhm, simuló hacerlo debido a los planes de Röhm para organizar su propio golpe y hacerse con el mando del Ejército. Esta medida preventiva fue completada en julio de 1934. Y es que Hitler, en los primeros días de su mandato, cuidaba tanto sus buenas relaciones con el Ejército como antes de fomentar el entendimiento con los industriales alemanes. Era, por así decirlo, su hombre político, dispuesto a establecer nuevamente el servicio militar obligatorio y a restaurar el antiguo prestigio del Ejército dentro de la Patria.

Pero si Hitler se propuso ser su hombre, estaba igualmente decidido a hacer que ellos fuesen también suyos. Inmediatamente después de la muerte del presidente Hindenburg, en agosto de 1934, se constituyó a sí mismo no sólo jefe del Estado, sino también comandante supremo del Ejército del Reich. Los cargos de presidente y canciller fueron abolidos como anticuados. Hitler había de ser la máxima autoridad para civiles y militares. Sin previa advertencia alguna, todos los hombres de uniforme tuvieron que prestar juramento de lealtad personal:

"Juro por Dios este santo juramento: obedeceré incondicionalmente al Führer del Reich y pueblo alemanes,

Adolf Hitler, comandante supremo de las Fuerzas Armadas, y estaré siempre dispuesto, como valiente soldado, a defender con mi vida este juramento."

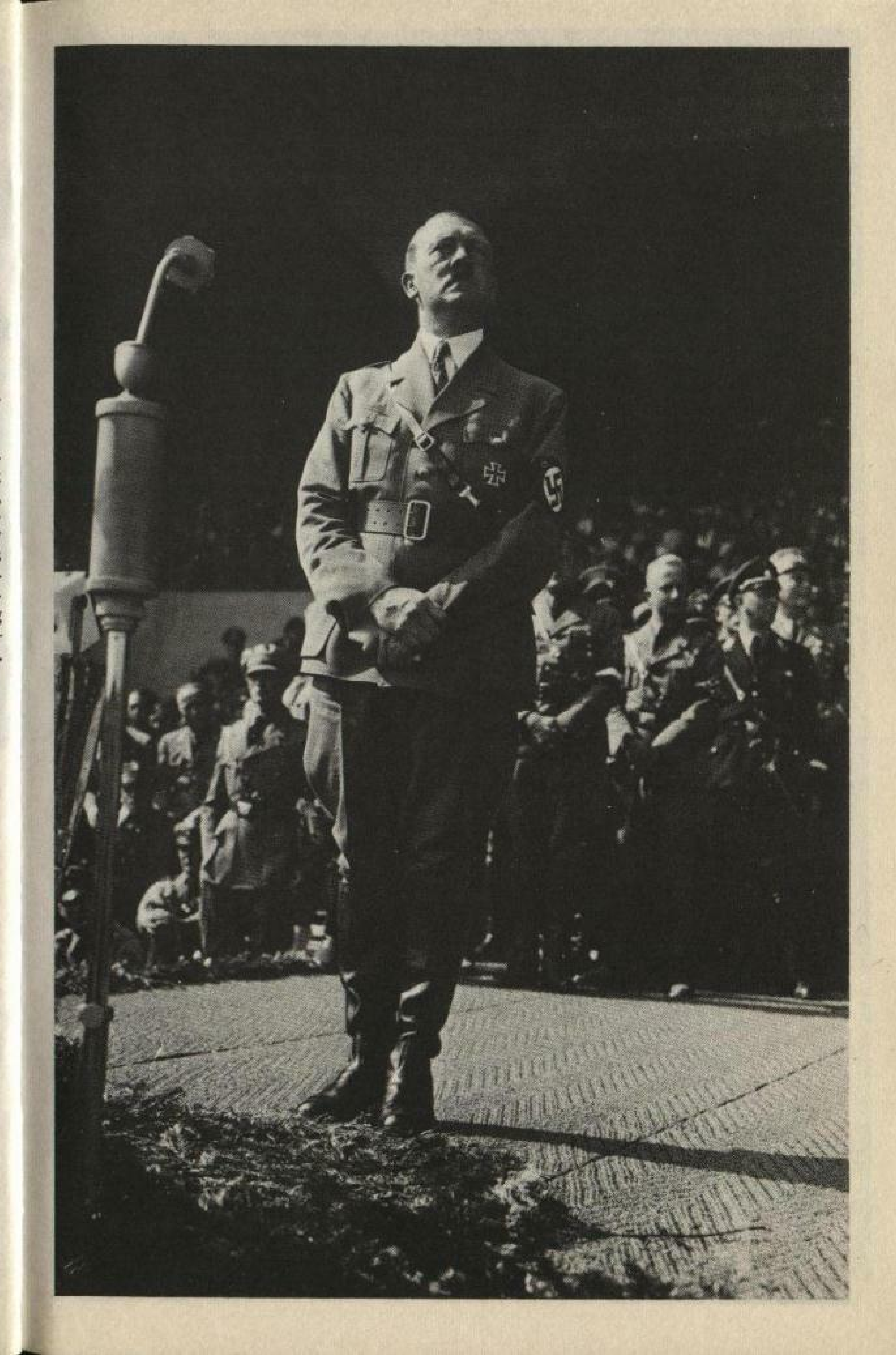
Los militares son particularmente susceptibles a la mística de la lealtad, y este juramento y sus mágicos efectos habían de ser un obstáculo constante para el establecimiento de un amplio movimiento de resistencia en la zona del Reich donde mayor eficacia podía alcanzar: las Fuerzas Armadas.

El juramento de fidelidad significaba que cualquier militar implicado en una conjuración con vistas al derrocamiento de Hitler era un traidor en un doble sentido: por traición al caudillo elegido de la Patria y por traición a Hitler en persona. Quienes más tarde habían de pertenecer al círculo interior de conspiradores estaban convencidos de que la conquista del poder, virtualmente ilegal, por parte de Hitler, era en sí mismo un mayor acto de traición que cualquiera de los que ellos pudieran cometer a fin de lograr la eliminación de Hitler mediante su arresto o asesinato.

La oposición organizada a Hitler había de convertirse en una operación trágica, con dos objetivos sucesivos: primero, el arresto del Führer y su juicio por traición, y en segundo lugar, cuando la guerra ya había hecho progresos y la posición de Alemania se había vuelto moralmente desesperada, su eliminación y la de sus asociados mediante asesinato y golpe de Estado. Las muchas razones por las que esta oposición activa no tuvo éxito es la historia que vamos a relatar. Ciertamente, estuvo muy cerca de tener éxito en marzo de 1943 y julio de 1944, fracasando en esta última ocasión debido a la mala suerte y a una planificación totalmente inadecuada en algunos aspectos. Pero detrás de ello se ocultan también las flaquezas de la naturaleza humana, los fallos provocados por las diferencias de educación, edad, clase y convicciones políticas, así como una cierta inocencia de espíritu y la falta de ese carácter despiadado que lleva a cabo la acción hasta su cumplimiento a pesar de su aparente imposibilidad. Las cartas parecían señalar el éxito en julio de 1944, y varios hombres heroicos estaban dispuestos a arriesgar sus vidas en este golpe final, pagando así el precio de su fracaso. Fue a su modo una tragedia humana y política del tipo que hubiese atraído el interés de Shakespeare. Efectivamente, la conjuración de julio de 1944 presenta ciertas semejanzas con *Julio César*, si bien en esta caso el golpe falló después que el dictador hubo caído, mientras que en aquél el dictador sobrevivió milagrosamente y pudo así vengarse de un modo terrible sobre sus adversarios.

Correspondió, por tanto, a los aliados obligar a Hitler a suicidarse diez meses más tarde. Muchos hombres, mujeres y niños habían de morir entretanto, en la devastación de la guerra y de los bombardeos y en las matanzas de los campos de concentración. Todos estos seres humanos habrían sobrevivido si la bomba de Stauffenberg no hubiese sido desplazada sin advertirlo de debajo de los pies de Hitler. Así son los accidentes de la historia.

Derecha y páginas siguientes: **Hitler arenga a los contingentes de las Juventudes Hitlerianas durante la reunión del Partido en Nuremberg el año 1934.**





Resistencia - la primera generación

Goebbels, centro, con Himmler, izquierda, y el almirante Canaris, derecha.

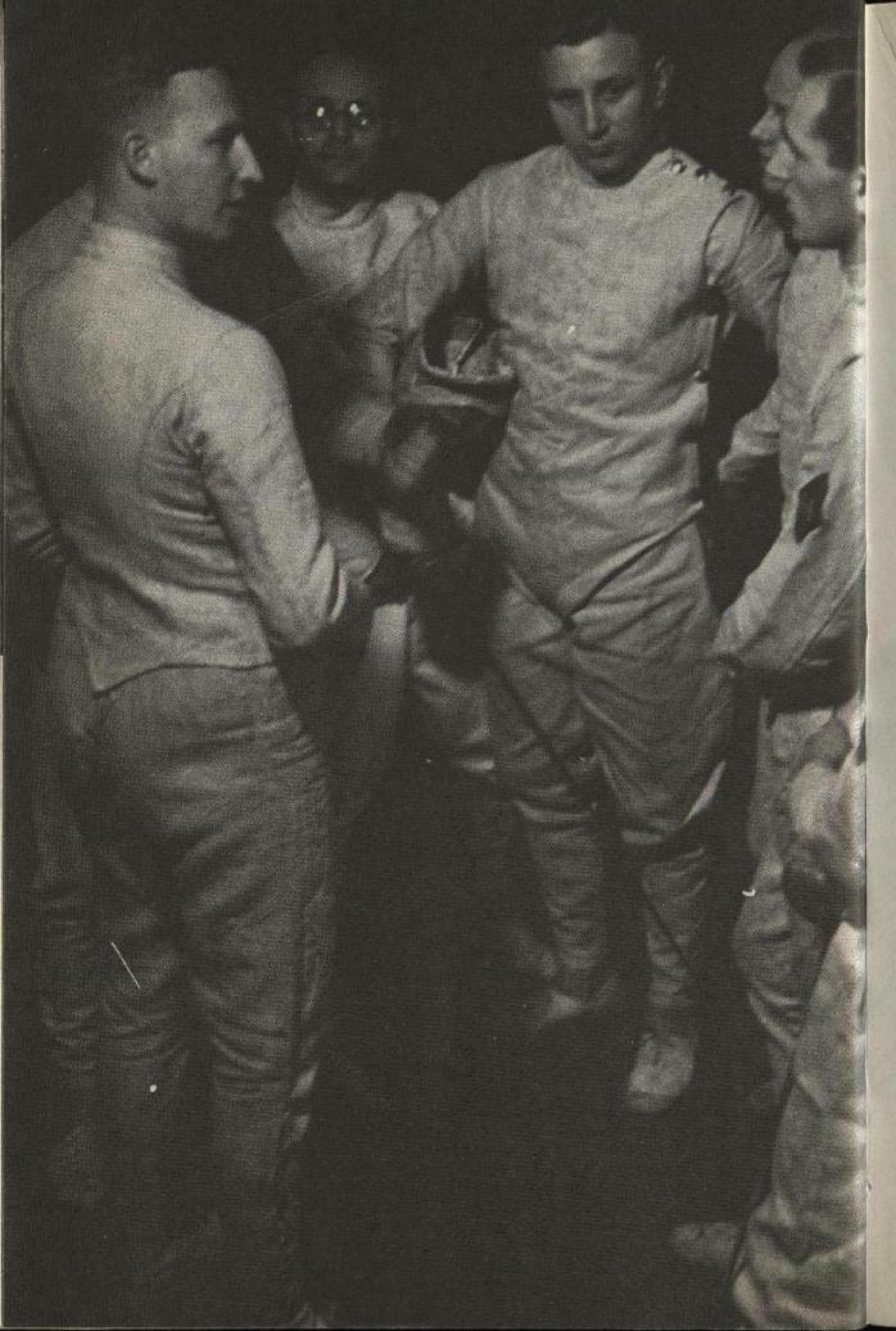
Wilhelm Canaris, ascendido poco antes a almirante, fue designado jefe de la Inteligencia Militar (Abwehr) en enero de 1935. A sus cuarenta y siete años, creía ir ya hacia el retiro; pero su carácter extraordinario y la peculiar naturaleza de sus actividades pasadas se combinaron para hacerle aparecer a los ojos de sus superiores como el indicado para encargarse de una labor delicada y difícil; labor que suponía la comprensión de las necesidades de las Fuerzas Armadas manteniendo al mismo tiempo una relación razonable con la Inteligencia del Partido —en este caso la policía secreta y el SD, departamento de Inteligencia de la SS de Himmler, a cuyo frente se encontraba el joven ex oficial naval Reinhard Heydrich, a quien Canaris conoció en el servicio a comienzos de los años veinte. La mujer de Canaris, Erika, era aficionada a tocar el violín, y Heydrich, igualmente dotado para la música, durante su época de teniente había aportado a veces su violín para completar los cuartetos de cuerda de Erika.

Canaris era hombre de cierta cultura, pero de natural reservado; había trabajado durante la Primera Guerra Mundial en la Inteligencia Naval. Era un personaje extraño: voluble, lleno de encanto, introvertido y dado a la melancolía. Era también un romántico, a quien complacía que la gente le supusiera de origen griego, y cuyos refugios favoritos se hallaban siempre en el Mediterráneo; el sol le llenaba de sosiego. Se distinguía en muchos aspectos: era políglota y tenía rápidos reflejos para anticiparse y evitar las dificultades. Siendo la suya la carrera naval, había servido con distinción en el *Dresden* durante la célebre operación de las islas Falkland, parlamentando con los británicos cuando el *Kent* y el *Glasgow* acorralaron finalmente al crucero alemán frente a la costa de Chile. Cuando el *Dresden* fue echado a pique y la tripulación internada, Canaris pudo escapar, regresando a Europa y trabajando como espía en España e Italia. Más tarde había mandado un submarino en aguas del Mediterráneo. Después de la guerra participó en varias actividades políticas de extrema derecha, como el *Putsch* de Kapp contra la República de Weimar, para convertirse finalmente en oficial de Estado Mayor de la Marina, siendo todos los indicios que las aventuras de su vida profesional habían terminado.

Cuando se sentaba en su modesto despacho de la oficina de la Abwehr en Berlín, el año 1935, tenía el aspecto de lo que en realidad era: un hombre discreto, benevolente y rubicundo. Todo en él era de pequeño tamaño: su altura, sus pies y sus manos. Quienes le conocían bien sabían que era insaciablemente curioso, que escuchaba con atención y que era buen juez de caracteres. Estas cualidades le eran necesarias, ya que había de convertir al núcleo central de su organización, conocido como Oficina Central, o simplemente como Departamento Z, en un centro de insurrección.

En esto fue incitado al principio por su lugarteniente, un oficial del Ejército llamado Hans Oster, de unos cuarenta años y de carácter opuesto a Canaris —locuaz el uno, taciturno el otro; Oster era más bien el hombre de acción, frente al intelectual—. En muchos aspectos, el típico hombre de mundo; recientemente había sido expulsado temporalmente del Ejército a causa de una aventura amorosa con la esposa de un mando superior. Gustaba referirse a Hitler como «Emil», y esto le parecía disfraz suficiente para decir cuanto quería sobre él. Pero era un hombre abierto y honrado, delgado, pálido, apuesto y, sobre todo, valeroso. Canaris le apreciaba, y desde el primer momento se asociaron estrechamente. En lo político, ambos eran nacionalistas de extrema derecha; pero, a pesar de sus anteriores opiniones sobre Hitler, lo que entonces más deseaban ambos era su desaparición. Si acaso, Oster, había madurado antes estas ideas.

Pero Canaris no dejó de proceder con circunspección. Su trabajo consistía en proporcionar un Servicio de Inteligencia para todos los sectores militares, y con el rápido crecimiento del Ejército durante la preparación de los planes de agresión hitlerianos la importancia de su Departamento creció proporcionalmente. Con Oster determinó, no obstante, crear un pequeño núcleo de personas que compartiesen sus ideas para sembrar la semilla de la insurrección contra Hitler, sin abandonar sus deberes normales de Inteligencia. Sólo un pequeño porcentaje de hombres al servicio de la Abwehr lle-



garon a enterarse de lo que los jefes superiores planeaban. Al mismo tiempo, Canaris revivió ostensiblemente su amistad con Heydrich, que por lo que a él afectaba era el hombre más peligroso del país. Pronto pudo escucharse nuevamente el violín de Heydrich en el ambiente confortable de la nueva casa de Canaris en Dahlem, distinguida zona residencial de Berlín. El almirante, como jefe de la Inteligencia Militar, vigilaba a Heydrich, mientras que éste, jefe de la Inteligencia de las SS, le vigilaba a él.

Se ha dicho que Canaris, como tantos otros, estaba secretamente asustado de Heydrich, cuyo frío cerebro y despiadado cinismo contrastaban abiertamente con las vacilaciones de Himmler a la hora de pasar a la acción. Heydrich habría de ser el ejecutivo principal de Himmler una vez llegado el momento de llevar a la práctica las fases iniciales del programa de genocidio de los años cuarenta. Antes de ello se ocupó de tareas más humildes: cedió a Werner Best, el abogado de la SS que más tarde estaría al cargo de la Dinamarca ocupada, la responsabilidad de delimitar los varios sectores de interés entre la Abwehr y la Inteligencia de la SS. En un memorándum especial compuesto por el autor y Heinrich Fraenkel al escribir el estudio biográfico de Himmler, publicado en 1965, Werner Best describió el proceso así:

"Canaris era muy metódico, un organizador construyendo una vasta máquina que en última instancia empleaba muchos más funcionarios que agentes o espías. No fue muy difícil delimitar las respectivas esferas de actividad; así, el espionaje activo militar para el Ejército y la investigación criminal para la policía. Mucho más difícil —en realidad, prácticamente imposible— fue la división de responsabilidades en el terreno del contraespionaje, aunque habíamos acordado en principio que el seguimiento del espionaje extranjero era un asunto de la Abwehr (aunque sólo fuese porque la Inteligencia de la policía no tenía suficientes agentes para ello)...

Heydrich, izquierda, **practicando con unos camaraads de la SS. Era un destacado esgrimista.**

En vez de existir colaboración constante y confianza mutua entre la Abwehr y la Inteligencia policíaca, las rivalidades personales y los problemas de prestigio frecuentemente echaron a perder las mejores iniciativas."

De hecho, ambos departamentos crecieron hasta alcanzar proporciones considerables durante los años inmediatamente anteriores a la guerra.

Canaris y Oster pronto comenzaron a descubrir, tanto dentro como fuera del Ejército, hombres en puestos influyentes en quienes podían confiar. El más íntimo era un hombre a quien todo el mundo quería y respetaba, el general Ludwig Beck, jefe del Estado Mayor del Ejército desde 1933. Cuando Canaris ocupó su cargo en la Abwehr, Beck contaba cincuenta y cinco años. Era un brillante militar de carrera de la antigua escuela, estudioso de historia militar, un intelectual y un caballero amable y considerado, afamado por su integridad y sus ideas derechistas. Pero junto con estos atributos, no resultaba ser un hombre de acción, no servía para adoptar decisiones rápidas e intuitivas, y además su salud iba decayendo. Al igual que el resto del Ejército, se encontró precisado a hacer el juramento de lealtad a Hitler. "Este es el día más triste de mi vida", comentó más tarde.

En su posición clave dentro del Alto Mando, pronto descubrió que los planes tenían un único objetivo: preparar a Alemania para una guerra de agresión. Para ello se había introducido el servicio militar obligatorio, se apresuraba el rearme, se impulsaba la economía nacional. Beck, pequeño, frágil, pero elocuente, se atrevió a desafiar esta política frente al mismo Hitler. Naturalmente, Beck se oponía fuertemente al comunismo, pero pronto vio la imposibilidad de tolerar los métodos de Hitler y su militarismo igualmente inflexible.

Al irse forjando gradualmente los nexos y oposiciones a Hitler en los escalones superiores de la sociedad alemana de extrema derecha, los hombres en ropas civiles eran casi tan importantes como los uniformados.

Del cuerpo diplomático procedía otro aliado de altos principios, Ulrich von Hassell embajador de Alemania en

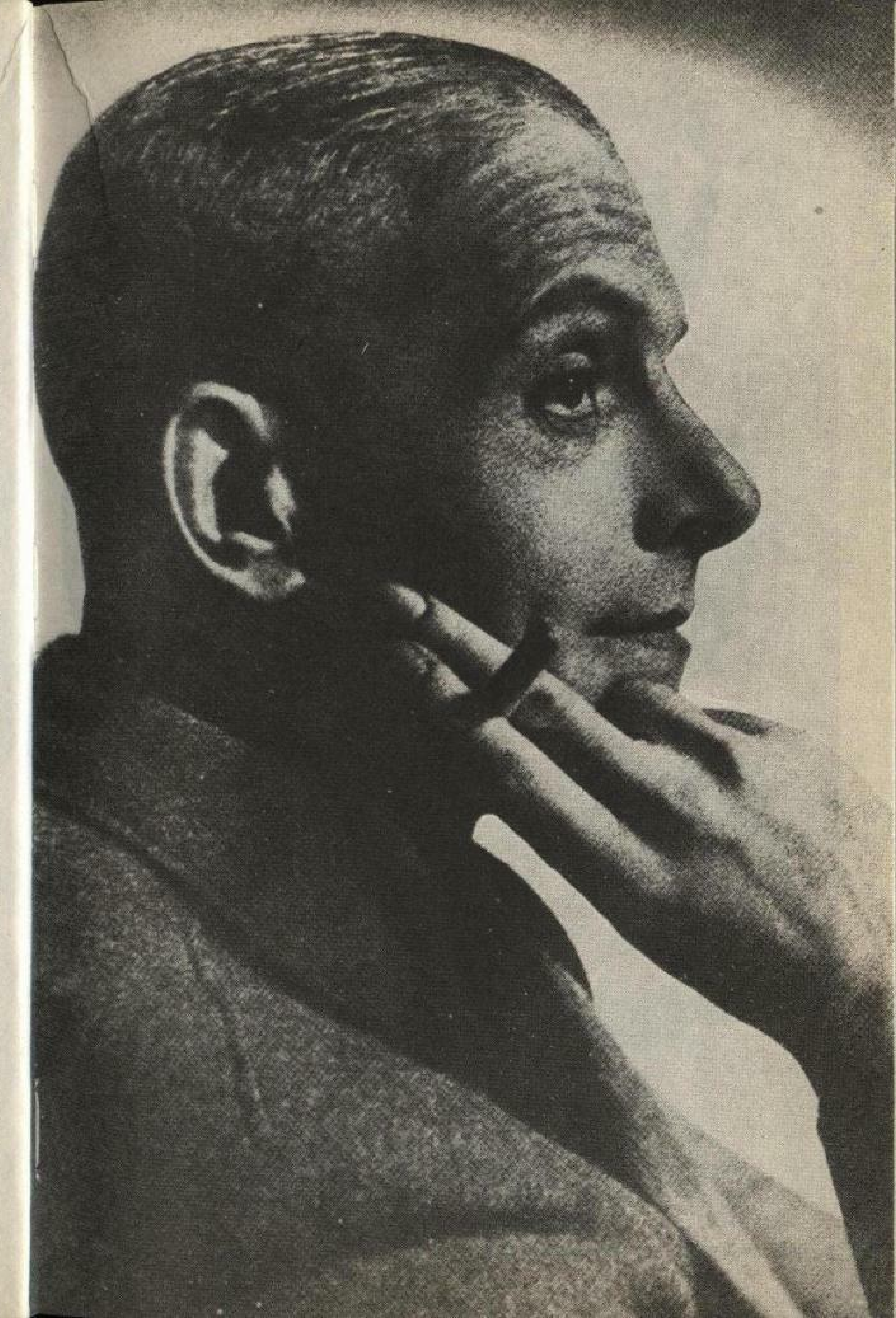
Roma, yerno del distinguido contraalmirante von Tirpitz. En 1938, cuando Ribbentrop se convirtió en ministro de Asuntos Exteriores de Hitler después de servir como embajador en Gran Bretaña, Hassell fue retirado repentinamente y quedó en Berlín sin empleo alguno. Como embajador había debido tomar parte en las negociaciones del eje Roma-Berlín, firmado en noviembre de 1936. En esto veía claramente otro eslabón más en la cadena que conduciría a la guerra en Europa.

Su casa, al igual que la de Beck, se convirtió a partir de 1938 en un centro donde las personas de parecidos ideales podían hablar con libertad. Hassell, que contaba cincuenta y siete años en 1938, tenía ciertamente un tipo aristocrático: era enjunto y llevaba un fino bigote. A pesar de su destitución, seguía conservando su condición de diplomático y, al igual que Beck, era un hombre apreciado por los de su clase. Tenía poco que hacer, aparte de su puesto prebendado de agregado a la Conferencia Económica Central Europea, a través de la cual adquirió mucha información útil. Comenzó a llevar un diario secreto que, cuando la situación empeoró, su esposa escondió en una cajita enterrada en su jardín; este diario suministra una relacin casi diaria desde el otoño de 1938 de las numerosas discusiones de Hassell en favor de la resistencia, y de sus decepcionantes vicisitudes. Era un hombre de mucho valor, pero, lo mismo que Beck, no tenía madera de conspirador. Pronto se hizo evidente que lo que la resistencia alemana necesitaba era un hábil aventurero, y no científicos o diplomáticos como Beck y Hassell, o personaies exageradamente precavidos como Canaris.

El doctor Karl Goerdeler fue quizá un paso adelante en la introducción de este tipo de aventurero en la resistencia. Era otro nacionalista conservador, experto en leyes, y con una carrera en administración municipal. Procedía de una distinguida familia prusiana. En 1933, año del triunfo de Hitler, era alcalde de Leizpzig, lo que en Alemania constituye un nombramiento remunerado dentro de la administración civil. Al principio aprobaba la política de Hitler, tal como él la entendía, lo suficiente para ofrecerle su ayuda como consejero económico. Goerdeler era hombre de extremos, brillante, inconstante, emocional y poco circunspecto. Protestaba con violencia de las cosas que no merecían su aprobación —un típico ejemplo fue su dimisión como alcalde de Leipzig cuando las autoridades del Partido, en contra de sus órdenes expresas, retiraron la estatua de Meldelsohn de su emplazamiento público en la ciudad, de la que era oriundo el compositor judío. Sus ideales antinazis se desbordaron. Como tapadera se empleó como representante de la empresa Bosch, y comenzó en 1938 una vida peripatética como embajador volante de la resistencia, viajando por Alemania y el extranjero, haciendo temblar a sus compañeros ante la abierta indiscrección de sus comentarios sobre Hitler. También se dedicaba a planear el futuro de Alemania una vez desaparecido Hitler —su administración y su economía. Quizá estaba un poco loco. Ciertamente su valor sólo tenía parangón con su poca prudencia. En 1938 tenía cincuenta y dos años, la misma edad que los demás, a quienes llegó a conocer bien, especialmente a Hassell.

Estos eran entonces los personajes clave que laboraban en pro de la resistencia organizada contra Hitler en 1938, y de los cuales solamente uno ocupaba un puesto de verdadera autoridad: el general Beck. Pero pronto había de dimitir (en agosto de 1938), después de los célebres casos Blomberg y Fritsch, en los que los manejos sin escrúpulos de Hitler y sus colegas se revelaron claramente a quienes estaban lo bastante cerca de la cima para saber lo que estaba sucediendo. Con Beck en el retiro, solamente Canaris ocupaba una posición influyente, aunque no auténtico poder ejecutivo dentro del Ejército. Esto habría de debilitar considerablemente la fuerza de la resistencia.

Pero fueron los casos Blomberg y Fritsch los que movieron la resolución de los oponentes de Hitler hasta el punto de tomar la primera acción deliberada en su contra. El mariscal de campo Werner von Blomberg era ministro de la Guerra y comandante en jefe de las fuerzas armadas. En



Hans Oster, uno de los primerros conspiradores militares contra Hitler.



Ludwig Beck, jefe del Estado Mayor del Ejército hasta 1938.

enero de 1938, después de lograr privadamente el consejo de Goering, se casó con una joven de la que estaba enamorado. Goering aceptó esta situación algo humillante con satisfacción porque reconoció inmediatamente en ella un punto débil en la coraza protectora de Blomberg. General de la vieja escuela en el Alto Mando, Blomberg se oponía a los métodos de guerra rápida de Hitler y era incapaz de llevarlos a cabo, de modo que Goering vio en su matrimonio la forma de librarse de este obstáculo en la cumbre del Alto Mando sin ofender a la jerarquía del Ejército destituyéndole por incompetencia. Pronto descubrió que la muchacha que ejercía tal fascinación sobre Blomberg a la edad de dieciséis años había sido una prostituta —lo que no se sabe es si la investigación sobre su pasado precedió o siguió al matrimonio, en el que actuaron como testigos Hitler y Goering—. Baste decir que mientras Blomberg se divertía en Capri con su nueva esposa, Oster fue enviado en su busca con el texto de la destitución del mariscal, basada en el deshonor que Blomberg había acarreado sobre sí mismo, las fuerzas armadas y el Führer. Después de todo era inconcebible que Hitler hubiese sido invitado a actuar como testigo en la boda de una prostituta. Blomberg fue liquidado por este oportuno procedimiento.

En estos mismos días Hitler procedía a deshacerse del siguiente en la lista de indeseables, el general Werner von Fritsch, comandante en jefe del Ejército alemán, a quien se tendió una trampa acusándolo de homosexual. Hitler no deseaba sus servicios, como tampoco los de Blomberg, pero lo que sobre todo pretendía era colocar en su sitio al Alto Mando. Y la mejor manera de hacerlo era sorprenderles con pruebas, como las que estos dos casos había de revelar melodramáticamente, de la corrupción que imperaba entre ellos. Pero no tuvo en cuenta el extraordinario *esprit de corps* de estos militares encumbrados. Poco antes de que Fritsch fuese convocado a la presencia de Hitler para ser enfrentado con el testigo de la Gestapo, Hans Schmidt, quien se ganaba la vida practicando chantaje con los homosexuales, fue puesto sobre aviso por uno de los ayudantes de Hitler, a fin de que pudiera prepararse para la confrontación. Así lo hizo con dignidad y desprecio. Beck, en nombre de todo el Estado Mayor, insistió en la constitución de un tribunal de honor que examinase las pruebas presentadas; todos consideraban inocente a Fritsch. Esto colocaba a Hitler en un dilema, ya que era imposible que Hans Schmidt, a quien la Gestapo había simplemente intimidado para farfullar unas cuantas mentiras en presencia de Hitler, resistiese los interrogatorios en las condiciones impuestas por el tribunal.

Hitler debía actuar rápidamente. El tribunal fue constituido para comenzar su actuación el 10 de marzo. Durante el mes de febrero, Hitler abolió arbitrariamente el puesto de ministro de la Guerra, destituyó a dieciséis generales del Estado Mayor, y se nombró a sí mismo comandante en jefe de las fuerzas armadas en sustitución de Blomberg; con esto aseguraba su dominio sobre el Ejército, del que ya era comandante supremo. Fritsch, suspendido de sus deberes durante la investigación, fue reemplazado sumariamente por el mariscal de campo Walther von Brauchitsch, personaje que Hitler conocía bien y que carecía de la voluntad y de la fuerza para oponerse a él.

El 10 de marzo se reunió el tribunal bajo la presidencia de Goering. El Ejército estaba preparado para una confrontación directa con la Gestapo, que técnicamente carecía de jurisdicción sobre los militares. Parecía evidente que la Gestapo había "preparado" el caso a instigación de Himmler y Heydrich. Himmler, ciertamente, estaba en vilo con respecto al resultado; según su ayudante, Walther Schllenberg, quien más tarde sucedería a aquél como jefe de información de la SS, trató incluso de influir en el jurado mediante telepatía. Esta intentona no era probable que tuviese éxito alguno, ya que los cuatro asesores del tribunal eran Oster, el doctor Carl Sack, jefe de la Sección Jurídica del Ejército y, en nombre del ministro de Justicia, el conde von der Goltz y un joven y brillante abogado, el doctor Hans von Dohnanyi, hijo del compositor. Dohnanyi habría luego de jugar un heroico papel en la resistencia.

Goering, naturalmente, sabía lo que estaba en juego, y por consiguiente se



Arriba: **Incómodos compañeros de mesa: Canaris y Heydrich, jefes de servicios de inteligencia rivales.** Abajo: **Dr. Werner Best,** tercero de la derecha.



nombró a sí mismo presidente del tribunal. La fecha elegida también sirvió a sus propósitos: el día siguiente, 11 de marzo, se anunció el *Anschluss* austríaco, y el Ejército hubo de ocuparse de la ocupación "pacífica" de Austria. El tribunal se aplazó apresuradamente, y fue vuelto a convocar para el 17 de marzo, cuando el prestigio de Hitler estaba en su cénit: Goering pudo permitirse disolverlo sin tener en cuenta las pruebas presetadas por el Ejército en contra de la Gestapo, ya que el chantagista Schmidt había sido obligado a admitir que se había equivocado en la indentificación del general. El hombre a quien había había estado extorsionando era un oficial llamado *Frisch.* Goering se atuvo a esta confesión, que era todo cuanto se necesitaba para reivindicar el nombre del inculpado. Pero Fritsch, desposeído ya del cargo en el Alto Mando, no se volvió a recobrar de esta afrenta a su dignidad. No trató de ser reintegrado en su empleo. Cuando, al año siguiente. fue invadida Polonia, buscó deliberadamente la muerte estando en servicio activo en el regimiento donde tenía el rango de coronel honorario.

Pero el tribunal de honor tuvo una consecuencia más. Unió a Canaris y a Oster con Dohnanyi, ganado para su causa un colega tan capaz como leal.

A principios de enero de 1938 se celebraron entrevistas que pusieron en contacto a los tres por un lado, con Goerdeler, Hassell y Beck por otro. Beck era aún miembro del Alto Mando, y sabía perfectamente lo que Hitler estaba tratando de inculcar en la mente de sus generales.

En esta fase se inició una serie de misiones a Inglaterra, todas ellas modestas, más bien intentos individuales para prevenir a gente influyente sobre el derrotero de los planes de Hitler. Goerdeler, por ejemplo, estuvo en Inglaterra en julio de 1938, reuniéndose con sir Robert Vansittart, consejero diplomático principal del Gobierno británico. La mayor parte de estas misiones de aviso, sin embargo, habían de tener lugar al año siguiente, 1939.

Otro de los mandos hitlerianos insurrectos fue Hjalmar Schacht, ex-presidente del Reichsbank y ministro de Asuntos Económicos. Había abandonado al final su Ministerio porque Hitler nombra a Goering, por encima de él, como plenipotenciario para el plan económico de cinco años. Goering era el último que se preocuparía por la ortodoxia de sus métodos cuando se trataba de la planificación de la economía nacional. Schacht, al menos sobre el papel, fue ganado para la resistencia por intermedio de Beck, aunque habría de prestar una gran ayuda. Pero era otro nombre influyente entre los conjurados. Cerca de él estaba un joven llamado Hans Bernd Gisevius, quien habría de unirse a la resistencia como un correo extremadamente útil, enlazando entre sí las dispersas ramas de que aquélla habría de constar al final. Había trabajado por poco tiempo con la Gestapo, la policía política, durante sus primeros y embrionarios días bajo Goering, y pasó por varios departamentos de la administración civil. Tenía un amigo llamado Arthur Nebe en la policía prusiana, quien sería una útil fuente de información para la resistencia.

Entretanto, Canaris se ausentaba cada vez más de su despacho berlinés, dejando la administración de rutina a Oster. Cuando estaba en Berlín, Canaris se sentía intranquilo; llegaba al despacho en compañía de sus dos fieles "dachshunds", que permanecían con él todo el día. Pero evitaba estar largos períodos de tiempo en la capital; su conocimiento del español hizo que Hitler le confiase las relaciones con Franco; es quizá significativo que aunque Hitler ayudó a Franco con armas, soldados y aviones durante la Guerra Civil Española, éste, a su vez, nunca ofrecería a Hitler una ayuda equivalente.

Beck, antes de dimitir de su puesto de jefe de Estado Mayor en agosto de 1938, hizo todo cuanto pudo para estimular la resistencia a la agresiva política hitleriana entre sus colegas del Alto Mando. El objetivo del Führer en 1938 era Checoslovaquia, y particularmente el territorio de los Sudetes, ocupado principalmente por una minoría de origen alemán que, bajo el mando de Konrad Henlein, estaba decidida a pasarse a Hitler convirtiendo dicho territorio en una parte más de la Gran Alemania.

Durante 1938, el año de Munich, la



Izquierda: **Von Hassell, embajador alemán en Roma con el yerno de Mussolini.** Arriba: **Los generales Brauchitsch,** delante; **Fromm,** izquierda; **Beck,** centro, y **Witzleben,** derecha.

intención de Beck era tratar de convencer a Brauchitsch para actuar también en oposición a Hitler; pero todo lo que Brauchitsch estaba dispuesto a hacer era consentir a aquél que convocase una conferencia de generales en el Alto Mando en el mes de agosto. Durante esta conferencia, con Hitler en el lejano Berghof, su retiro de montaña al Sur de la frontera austro-bávara, los generales estuvieron de acuerdo en general con las afirmaciones de Beck, aunque Brauchitsch rehusó su apoyo. Cuando Hitler supo de esta muestra de lo que él consideraba el espíritu pusilánime de sus generales, sobre los que tendría que apoyarse en la futura guerra, les convocó al Berghof y les aplicó una severa reprimenda juntamente con una conferencia sobre lo que consideraba las necesidades de Alemania. En tales circunstancias, Beck se consideró obligado a entregar su dimisión el 18 de agosto y, después de dirigirse por última vez a sus colegas el 27 del mismo mes, dejó para siempre el Ministerio de la Guerra.

El puesto de Beck fue ocupado por el general Franz Halder, quien no se oponía a los fines de la resistencia y también habría de llevar un útil diario. Pero era un hombre muy precavido, meticuloso y atento, por lo que retuvo su cargo en el Estado Mayor.

En esta época se planeó la primera revuelta activa contra Hitler, reducida principalmente al Ejército, aunque con elementos clave civiles, concebida durante los tensos meses del verano de 1938, antes de llegar al acuerdo de Munich. Gisevius nos proporcionó una descripción después de la guerra, al prestar declaración ante el tribunal militar internacional de Nuremberg:

"Beck nos había asegurado en el momento de su dimisión —al decir nos-

otros me refiero a Goerdeler, Schacht y otros políticos— que nos dejaría un sucesor más enérgico que él mismo, y decidido a precipitar la revolución en caso de que Hitler decidiese declarar la guerra. Este hombre en quien Beck confiaba y que nos presentaría, era el general Halder. En efecto, al tomar posesión del cargo, el general Halder inició inmediatamente las gestiones para discutir el proyecto con Schacht, Goerdeler, Oster y todo nuestro grupo. Pocos días después, llamó a Oster y le informó de que consideraba que íbamos hacia la guerra, y que intentaría derrocar al Gobierno. Le preguntó si él, por su parte, pensaba hacer algo para incluir civiles en la conjura... En esa época éramos un pequeño círculo, y Oster contestó que solamente conocía dos civiles de importancia con quienes Halder pudiese iniciar conversaciones políticas; uno era Goerdeler y el otro Schacht. Halder no quiso hablar personalmente con un hombre tan sospechoso como Goerdeler, porque consideraba peligroso para él recibir a una persona a quien aún no conocía. Mientras buscaba alguna razón oficial para una conferencia con Schacht, Halder pidió a Oster que actuase como intermediario en el asunto. A través de mi agencia Oster abordó a Schacht, quien estaba preparado. Era preciso preparar una entrevista privada, y yo previne a Schacht y le dije: "Haz que Halder venga a tu piso de forma que puedas estar seguro." Halder visitó personalmente a Schacht a finales de julio de 1938, y le informó que las cosas habían llegado a un punto en que la guerra era inminente, y que él provocaría un *putsch*. Le preguntó si estaba dispuesto a jugar un papel poltíico de primera fila. Esto es lo que Schacht me contó en su día... Yo actué constantemente como intermediario en estas discusiones."

Abajo: **Hitler en Leipzig, marzo de 1930. El burgomaestre y figura de la resistencia Carl Goerdeler está a su izquierda.** Derecha: **El doctor Carl Goerdeler, burgomaestre de Leipzig.**





Izquierda: **General Blomberg, ministro de la Guerra.** Arriba: **Hitler, Blomberg y Fritsch, con el experto militar inglés J. F. C. Fuller.**

El plan consistía simplemente en que los generales más disidentes en conjunto arestarían a Hitler y le someterían inmediatamente a juicio; la acusación sería que sus actividades constituían un grave peligro para Alemania. Una parte importante de la acusación sería un informe médico sobre Hitler mostrándole como enfermo mental. Para obtener este informe, Hans von Donhnanyi (a quien se le había pedido que colaborase en la preparación del caso para el ministerio fiscal), fue con su amigo Otto John, otro miembro del círculo interior de la resistencia, a visitar a su padre político, el profesor Karl Bonhoeffer, padre del célebre pastor Dietrich Bonhoeffer, y neurólogo distinguido, para pedirle que apoyase la demostración de que Hitler estaba loco. Entregaron al profesor un informe relacionando todas las enfermedades conocidas de Hitler, y el profesor admitió que "basándose en esto parece altamente probable que no esté totalmente cuerdo". El profesor, sin embargo, era demasiado concienzudo para entregar a sus visitantes un verdadero informe médico sobre la locura de Hitler, ya que no podía examinar al paciente en persona.

Con Dohnanyi se introdujo un elemento joven en el núcleo interno de la resistencia alemana. En 1938 tenía solamente treinta y seis años. Estaba casado con un miembro de la distinguida familia Bonhoeffer, la hija del profesor, Cristina, desde 1925. En 1938 era ayudante de Franz Gürtner, ministro de Justicia. Gürtner, si bien había apoyado a Hitler al comienzo de su carrera, constituía ahora un freno para sus extravagancias. Dohnanyi disfrutaba de la confianza de Gürtner, pero en 1938 había sido enviado a Leipzig como juez del Tribunal Supremo, debido principalmente a su negativa a formar parte del partido nazi. Sin embargo, estaba de continuo en Berlín,



Mariscal de campo von Brauchitsch.



Walter Schellenberg.

manteniéndose en estrecho contacto con Oster y Beck. Canaris, entretanto, partió para Hungría para tratar de evitar que los húngaros hiciesen reclamaciones similares a las de los alemanes sobre territorios checoslovacos.

A medida que la confrontación de Hitler con Checoslovaquia se aproximaba a su punto álgido en el verano de 1938, se enviaron otras misiones a Londres bajo la influencia de Beck y de sus asociados. Siguiendo las huellas de Goerdeler aparentemente ineficaces, el comandante Ewald von Kleist-Schmensin, amigo de Beck y Canaris, fue a Londres, habiendo sido preparado el terreno por Ian Colvin, corresponsal berlinés del periódico de Londres *The News Chronicle*, y por sir George Ogilvie-Forbes, de la embajada británica en Berlín.

Kleist partió para Londres en agosto de 1938, y se encontró con Vansittart, lord Lloyd, del Foreign Office, y Winston Churchill. Fue recibido con alguna frialdad en los círculos oficiales de Londres, y se reunió primeramente con Vansittart. Fue muy franco, tal como informó el propio Vansittart:

«Herr von Kleist inició inmediatamente la conversación con la mayor franqueza y gravedad. Dijo (y esto coincide con gran parte de otras informaciones que les he suministrado de fuentes enteramente distintas), que la guerra era actualmente algo seguro a no ser que nosotros la detuviésemos. Pregunté: "¿Se refiere usted a un peligro extremo?" Respondió: "No, no quiero decir peligro extremo, sino absoluta certeza." Pregunté: "¿Quiere decir que los extremistas están ahora arrastrando con ellos a Hitler?" Dijo: "No, no quiero decir eso. Solamente existe un verdadero extremista que es el mismo Hitler. El es el gran peligro y lo hace enteramente por su propia iniciativa. Recibe una gran dosis de estímulo de Herr von Ribbentrop, quien le dice constantemente que cuando llegue la hora de la verdad ni Francia ni Inglaterra moverán un dedo".»

Lo que Kleist trataba de conseguir era el reconocimiento de que, a no ser que Hitler fuese detenido por una verdadera muestra de resolución por Gran Bretaña y Francia, Checoslovaquia (comenzando con los Sudetes) seguiría el destino de Austria. Le dijo a Vansittart que Hitler daba muestras de estar seguro de que Inglaterra y Francia no entrarían en acción a causa de Checoslovaquia.

Vansittart describió en su informe oficial las palabras finales de su interlocutor sobre este asunto:



Hans von Dohnanyi.

"Una gran parte del país está harta del régimen actual e incluso los que no están cansados de él están terriblemente alarmados ante las perspectivas de una guerra, y de las condiciones que traerá consigo, y se muestran unánimemente en contra de ella si encuentran algún apoyo. Desearía que alguno de los principales políticos pronunciase un discurso dirigido a este elemento del pueblo alemán, poniendo el acento sobre los horrores de la guerra y la catástrofe general a que nos conduciría. Para terminar, dijo que su salida de Alemania había sido facilitada por sus amigos en el ejército, sobre cuya compenetración ya había hablado antes, estando en relaciones muy estrechas con ellos. Tanto ellos como él se habían arriesgado a salir de Alemania en este momento crucial, aunque no se hacía ilusiones sobre el destino que le esperaba si fracasaba; pero puso claramente de relieve que ellos solos no podían hacer nada sin la ayuda del exterior sobre las directrices que había sugerido."

Todo lo que Chamberlain hizo como consecuencia de este informe fue llamar a Londres para consulta a sir Nevile Henderson, embajador británico en Berlín y notable partidario de la política de contemporización.

Kleist, sin embargo, fue a ver a Churchill en Chartwell. Churchill, que no era miembro de la administración Chamberlain, se reveló mucho más interesado que el Gobierno británico, y escribió el 19 de agosto de 1938 a Kleist, después de que este último hubiese regresado a Alemania:

"Le he recibido aquí como alguien que está dispuesto a correr riesgos para preservar la paz de Europa y para alcazar una amistad duradera entre los pueblos británico, francés y alemán para su mutua ventaja."

"Estoy seguro de que el cruce de la frontera de Checoslovaquia por los ejércitos o la aviación alemana provocaría una nueva guerra mundial. Estoy tan convencido como estaba a finales de julio de 1914 de que Inglaterra entrará con Francia, y de que los Estados Unidos son en la actualidad francamente anti-nazis. Es difícil que las democracias, de antemano y a sangre fría, hagan declaraciones precisas, pero el espectáculo de un ataque armado de Alemania a un vecino pequeño y la sangrienta lucha que seguiría pondría en pie a todo el Imperio británico y obligaría a tomar las más graves decisiones.

Le ruego que no tenga dudas sobre este punto. Una vez comenzada esta guerra, se combatiría al igual que la última hasta el fin, y uno no debe considerar lo que sucedería en los primeros meses, sino dónde nos encontraríamos todos al cabo de tres o cuatro años. Sería un gran error pensar que la matanza de la población civil mediante ataques aéreos impediría al Imperio británico emplear todo su poderío militar a pesar de que, naturalmente, al principio sufriríamos más que la última vez. Pero el submarino está prácticamente dominado por los métodos científicos y tendremos libertad de navegación y el apoyo de la mayor parte del mundo. En la medida en que los ataques aéreos al principio causen pérdidas, en esa medida será despiadada la guerra. Evidentemente, todas las grandes naciones comprometidas en la lucha, una vez iniciada ésta, lucharían por la victoria o la muerte.

Como supuse que usted querría llevar una respuesta concreta a sus amigos en Alemania que desean preservar la paz y que confían en la creación de una gran Europa en la que Inglaterra, Francia y Alemania trabajen de común



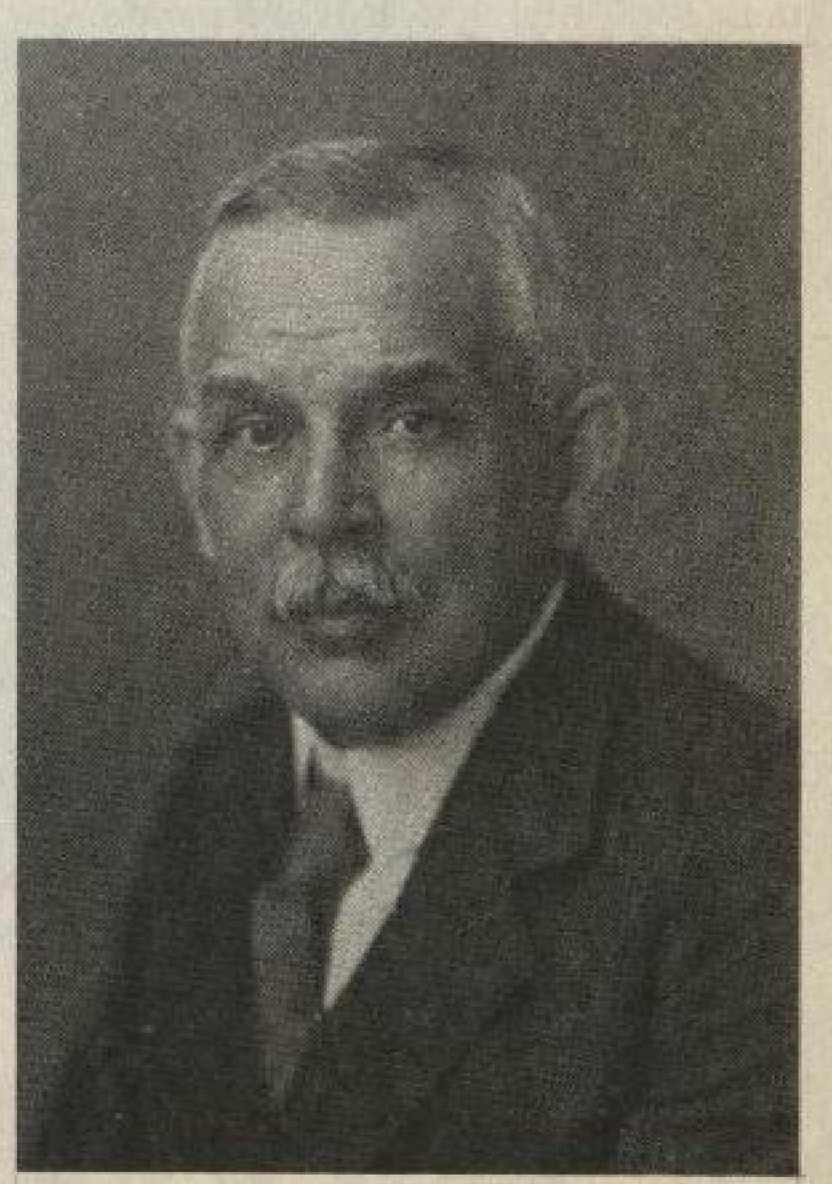
Arriba: **Hitler entre en Viena después del Anschluss, marzo de 1938.** Abajo: **Regreso triunfal de Hitler a Berlín procedente de Viena.** Derecha: **Soldados austríacos reciben la bienvenida de los berlineses en la puerta de Brandenburgo.**





Izquierda: **Vansittart,** centro, **consejero diplomático del Gobierno británico y adversario apasionado del nazismo, con sir Anthony Eden,** izquierda. Arriba izquierda: **Schacht, que pronto disentiría de Hitler.** Arriba derecha: **Gisevius, el ex-miembro de la Gestapo colaborador de la resistencia.** Abajo izquierda: **Arthur Nebe, funcionario de la policía y simpatizante de la resistencia.** Abajo derecha: **Karl Bonhoeffer.**





acuerdo por la prosperidad de la clase trabajadora, me puse en contacto con lord Halifax. Su señoría me pidió que dijese de su parte que la postura del Gobierno de Su Majestad en relación con Checoslovaquia quedaba definida por el discurso del primer ministro en la Cámara de los Comunes el 24 de marzo de 1938. El discurso debe ser leído como un todo, y carezco de autoridad para entresacar cualquier frase concreta fuera del contexto. Pero debo llamar su atención sobre el pasaje final sobre este tema.

"Cuando están en juego la guerra y la paz, no se trata únicamente de respetar las obligaciones legales, y, si la guerra estallase, es poco probable que se limitase tan sólo a quienes han asumido tales obligaciones. Sería totalmente imposible predecir dónde habría de acabar o qué gobiernos estarían implicados. La presión inexorable de los hechos podría muy bien resultar más poderosa que los pronunciamientos formales y en este caso estaría dentro de los límites de la probabilidad que otros países, además de aquellos que participaron en la primera lucha, se verían envueltos de forma casi inmediata. Esto es especialmente así en el caso de Gran Bretaña y Francia, con largas asociaciones de amistad, con intereses estrechamente entrelazados, dedicados a los mismos ideales de libertad democrática, y decididos a mantenerlos."

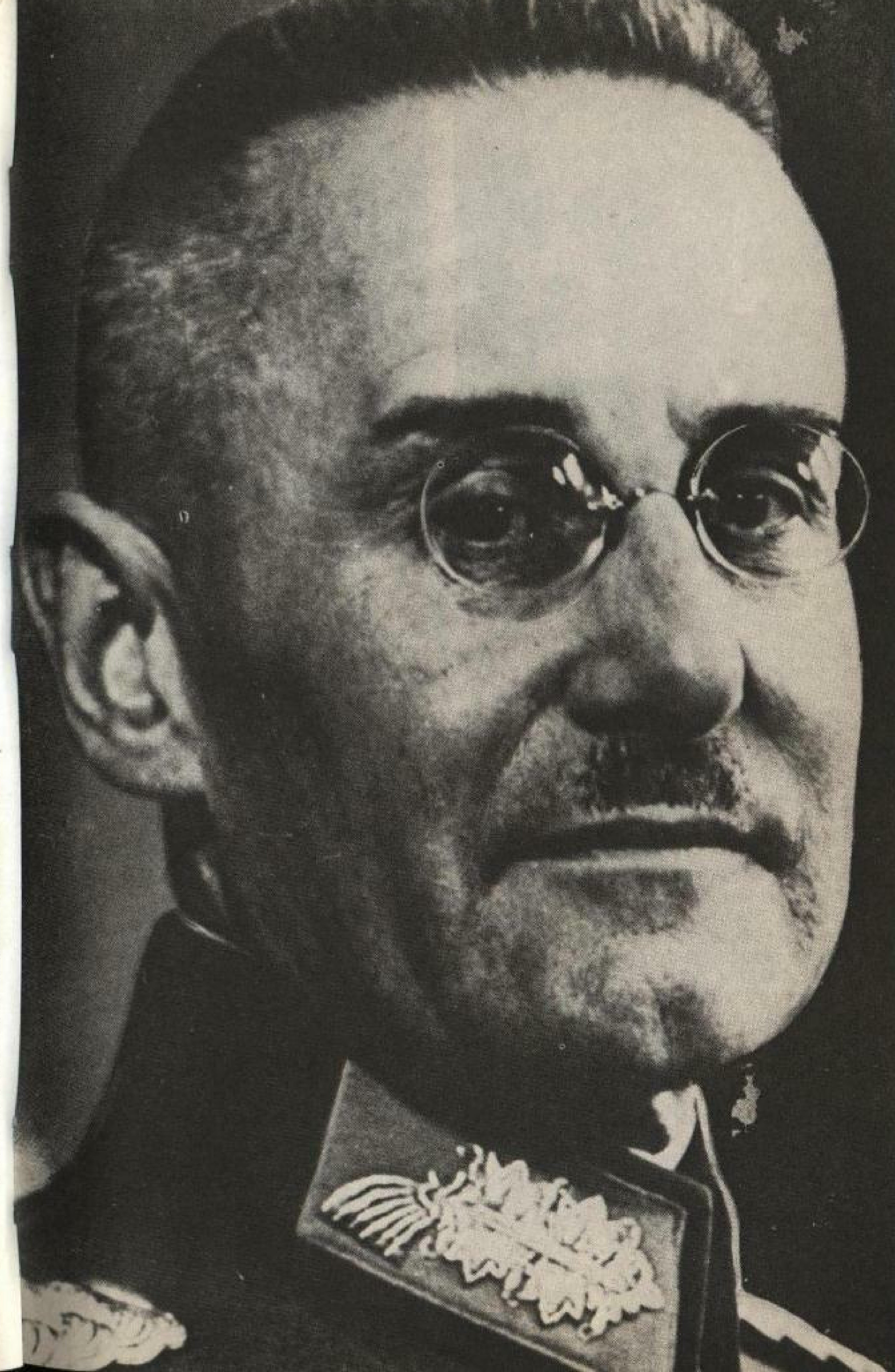
"Añadiré que, hablando por mí mismo, creo que una solución pacífica y amistosa del problema de Checoslovaquia prepararía el camino para una auténtica reunión de nuestros países sobre la base de la mutua grandeza y libertad."

Otros portavoces alemanes siguieron intentando aumentar la resistencia británica a las demandas de Hitler.

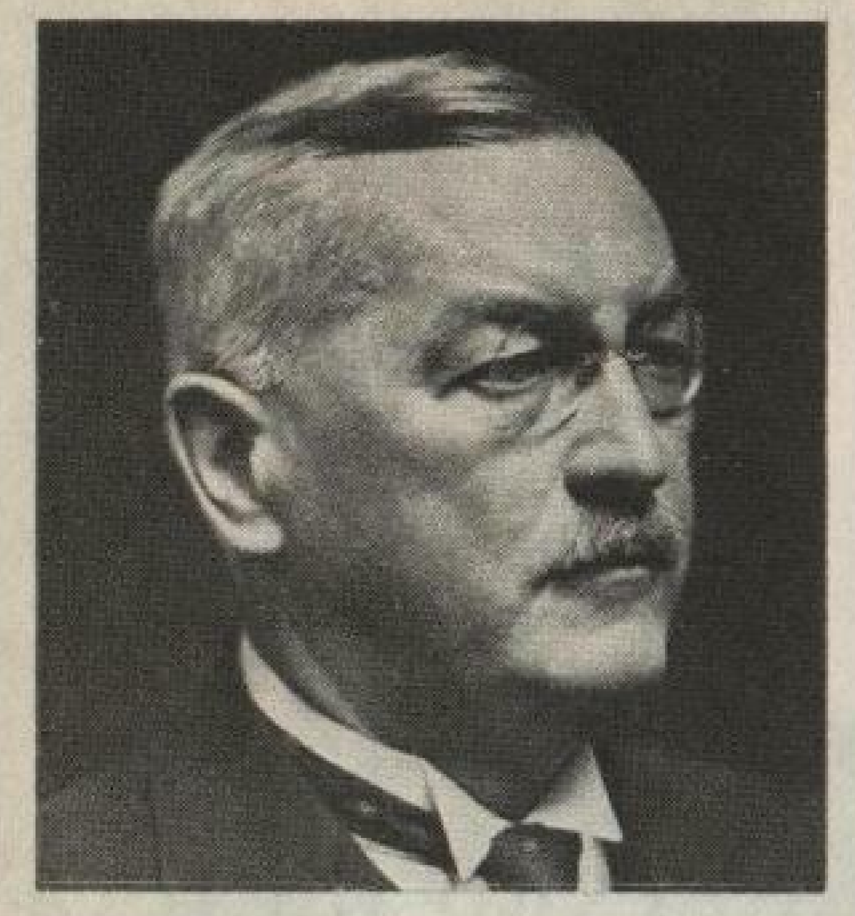
Uno de ellos, Theodor Kordt, consejero de la embajada alemana en Londres, llegó realmente a hablar con lord Halifax, el ministro de Asuntos Exteriores. Pero era el mes de septiembre, y Chamberlain ya estaba empezando a decidir su vuelo a Alemania para negociar personalmente lo que equivalía a la venta de Checoslovaquia. Esto habría de producir un efecto catastrófico sobre la ya quebrantada moral de los generales que vacilaban al borde de una verdadera revuelta contra Hitler.

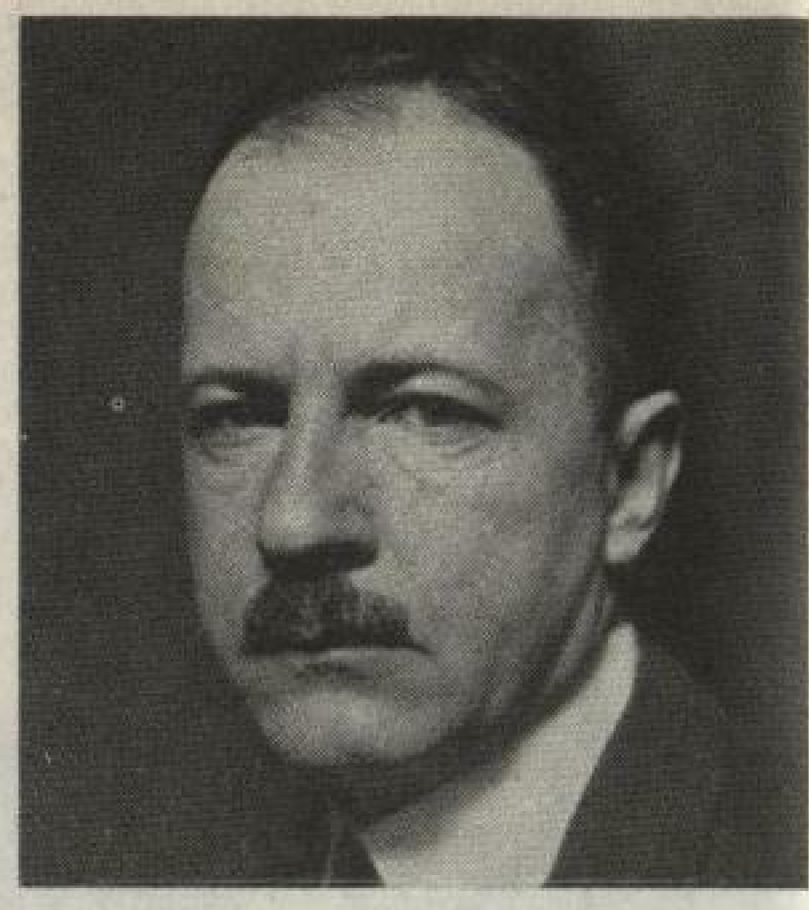
Los generales disidentes que sobrevivieron a la guerra siempre afirmaron que fue Chamberlain quien puso pólvora en sus armas al anunciar de pronto que él, el hombre de estado más antiguo de Europa, iría a Alemania para negociar con Hitler, que llevaba en el poder tan sólo cinco años y medio. Se dice que Beck (recién retirado), Halder, su sucesor el general Erwin von Witzleben (comandante de la zona de Berlín), el conde Wolf Heinrich von Helldorf, presidente de la policía de Berlín, el general Erich Hoepner, comandante de la Tercera División Panzer al Sur de Berlín, y naturalmente Canaris y Oster, estaban a punto de montar un golpe militar contra Hitler que sería el aviso para los demás del Alto Mando que se oponían a sus preparativos de guerra. Un joven de espíritu en el mando de la Abwehr, Friedrich Wilhelm Heinz, fue instruido por Witzleben en septiembre, en casa de Oster, para formar un pequeño grupo de comandos activos en el que se incluían civiles para ejecutar el arresto de Hitler. Se hicieron otros arreglos privados, parece ser, para cerciorarse de que Hitler resultaría muerto en la operación. Hasta qué punto estos planos elaborados en el Alto Mando habrían tenido éxito quedará para siempre en la incógnita. Pero no puede ponerse en duda de que en esta fase en la historia del Reich de Hitler un golpe de estado militar anterior al acuerdo de Munich hubiese tenido muchas más probabilidades de obtener el apoyo general que en cualquier otro momento después.

Lo cierto es que las noticias de que Chamberlain estaba dispuesto a reunirse con Hitler en Berchtesgaden supusieron un tremendo golpe para todos los que planeaban una operación contra Hitler. Les parecía casi como una traición después de los esfuerzos realizados en Inglaterra. Canaris se enteró de la noticia mientras comía, y su amigo de confianza, el coronel Erwin Lahousen, reclutado de la Inteligencia austríaca, afirma que dijo: "¿Cómo,



Halder, jefe del Estado Mayor del Ejército, de 1938 a 1942.





Arriba izquierda: **Hans Gürtner, ministro nazi de Justicia.** Arriba derecha: **Ewald von Kleist-Schmensin, que acometió la tarea de poner a la resistencia en contacto con el Foreign Office británico.** Derecha: **Ribbentrop,** izquierda, **embajador alemán en Londres.**

que *él* va a visitar a ese hombre?" Chamberlain había tenido el gesto apropiado para debilitar el entusiasmo de los generales ante la idea de oponerse seriamente a Hitler, que en verdad les aterrorizaba. De forma que el proyecto se archivó, y se dejó el camino libre para el célebre acuerdo de Munich, en el que las demandas de Hitler sobre Checoslovaquia fueron aceptadas por completo. Nadie en Inglaterra pareció dar importancia al asunto. Hitler, naturalmente siguiendo su camino de coacción, aseguraría que los Sudetes serían su última pretensión territorial en Europa, pero que era imprescindible para la consolidación alemana esta zona. "Aplastaré a los checos", dijo a sir Horace Wilson, quien había venido a Berlín como representante de Chamberlain.

El plazo cumplía el primero de octubre de 1938, y los checos parecían haber movilizado un millón de hombres, mientras que Francia e Inglaterra, por su parte, movilizaban igualmente cuantos hombres pudieron reclutar. Roosevelt, hablando en nombre de los Estados Unidos, levantó una débil voz de protesta contra Hitler. Fue Mussolini quien intervino como árbitro en la disputa, y tanto Chamberlain como Daladier, el primer ministro francés, se apresuraron a ir a Munich. El 30 de septiembre fue firmado el acuerdo, y el primero de octubre las fuerzas de Hitler entraron en el territorio de los Sudetes. ¿Quién podría acabar con un estratega tan brillante como Hitler?

El pueblo alemán estaba encantado de poder celebrar victorias incruentas como el Anschluss austríaco y la ocupación de los Sudetes. A lo que generalmente se oponía era la guerra abierta, y esto se mostró (para enfado de Hitler) cuando el Führer ordenó a Witzleban que hiciese desfilar el Ejército por las calles de Berlín el 27 de septiembre, sólo para mostrar a los checos lo que se les avecinaba. Todos cuantos participaban en la resistencia quedaron asombrados por el éxito de las fanfarronadas de Hitler, ya que Beck y los demás sabían que Alemania no estaba ni mucho menos preparada para arrostrar una guerra en gran escala. "Paz para nuestro tiempo", exclamó Chamberlain a su regreso a Londres, y el pueblo británico se hizo eco de esta creencia. Pero Goerdeler escribió en esta época: "Si Inglaterra y Francia se hubiesen atrevido a enfrentarse con el riesgo de una guerra, Hit-



Arriba: **Sir Neville Henderson, embajador británico en Berlín, sentado. Sus acompañantes son lady Londonderry y la princesa Bibescu.** Debajo: **Churchill, fotografía tomada durante sus años de aislamiento.** Derecha: **Neville Chamberlain.**

ler no hubiese recurrido nunca a la fuerza." Consideraba que aquello era una capitulación absoluta."

Hitler también parecía considerarlo así a juzgar por los acontecimientos del siguiente año.

Habiendo fracasado —o, como ellos pensaban, habiendo sido prácticamente traicionados por Francia e Inglaterra, a quien consideraban haber advertido suficientemente de la situación— el pequeño grupo de resistentes adoptó tácticas de segunda línea durante 1939. Intentó evitar la guerra. Menos de dos meses después de Munich, el 25 de noviembre, tuvo lugar el célebre pogrom a escala nacional contra los judíos. Hassell, retirado recientemente de Roma y tratando de establecer contacto con la oposición en Berlín, escribió en su diario privado:

"Estoy profundamente preocupado sobre la realidad de nuestra vida nacional, dominada incluso más inexorablemente por un sistema capaz de cosas semejantes... Las personas respetables quedaron sorprendidas al leer nombres como Gürtner (ministro de Justicia) y Schwerin-Krosigk (ministro de Finanzas), entre los autores del decreto que prescribía castigos para los judíos. En apariencia estos hombres no son capaces de ver cómo se degradan a sí mismos y en qué medida son utilizados."

Había descubierto, por ejemplo, que Hjalmar Schacht, quien (como hemos visto) acababa de dimitir de su cargo doble de presidente del Reichsbank y ministro de Asuntos Económicos, también se oponía con furia a Hitler. Schacht prefirió encargarse de los viajes por el extranjero, quedando en un segundo plano.

A finales de este año era evidente, excepto para aquellos que estaban completamente ciegos a los asuntos de fuera de Alemania, que Francia e Inglaterra habían comenzado el rearme. Hitler, entretanto, aumentó su prestigio entre los nacionalsocialistas y sus seguidores entrando en Praga el 15 de marzo de 1939. Incluso sir Nevile Henderson, embajador británico (quien en esta época recibía tratamiento de cáncer en la boca), se sintió ofendido por el "incumplimiento de promesas" de Hitler.



Arriba: **Halifax, ministro de Asuntos Exteriores de Chamberlain.** Derecha: **Mariscal de campo von Witzleben.**

Pero Hitler procedía por intuición, no por las reglas tradicionales de la negociación diplomática, con sus delicados equilibrios de toma y daca internacional. Cuando sintió que los muros de la diplomacia comenzaban a resquebrajarse, se apoderaba de lo que deseaba con un golpe fulminante que cada vez tenía más éxito. La diplomacia tradicional quedaba totalmente desarmada ante el *fait accompli* que no dejaba terreno para la negociación. Su ocupación de la zona desmilitarizada del Rhin en 1936, el Anschluss de Austria en 1938, la absorción de los Sudetes en 1938, y ahora la ocupación de Checoslovaquia en 1939, tuvieron lugar sin una sola escaramuza. El pueblo alemán comenzó a pensar que Hitler era un mago con todos los conejos escondidos en su sombrero. Y así lo creía también Hitler, quien a partir de 1938 comenzó a confiar cada vez más en su intuición aparentemente infalible, sin prestar atención a los informes del servicio de inteligencia. Comenzó a no tener en cuenta aquellas informaciones que no le convenían, mientras que sus ministros y sus más serviles generales le suministraban so-









Arriba izquierda: **Hoepner, comandante de las fuerzas acorazadas y futura víctima de la venganza de Hitler.** Arriba derecha: **Conde von Helldorf, presidente de la policía de Berlín y miembro de la resistencia.** Derecha arriba: **Mussolini, Hitler, su intérprete y Chamberlain en Munich, septiembre de 1938.** Derecha abajo: **Chamberlain mostrando el acuerdo de Munich en Croydon.**

lamente lo que pensaban que quería saber. Y lo que ahora quería, en la primavera y verano de 1939, era la capitulación de Polonia.

Canaris, entretanto, concentraba sus energías sobre las tácticas necesarias para evitar que la guerra estallase en Europa como resultado de la megalomanía hitleriana. Adquirió un aliado importante en el joven abogado Fabian von Schlabrendorff, de treinta y dos años en 1939, opuesto al nazismo desde sus días de estudiante, y cuyas opiniones eran sólidamente cristianas y conservadoras. Era uno de los pocos que no sentían temor del régimen, y había ido tan lejos como para publicar artículos oponiéndose a la política de Hitler. Por fortuna, sería uno de los pocos miembros activos de la resistencia que sobrevivirían, si bien a un terrible costo de sufrimientos. Su libro *Revolt against Hitler* (1948), publicado después de la guerra y revisado y publicado posteriormente como *The secret war against Hitler* (1966), es una de las más verosímiles e informativas narraciones de primera mano sobre el movimiento de la resistencia en Alemania, y especialmente durante los años de la guerra. Su comentario de las relaciones entre Canaris y Oster es muy revelador:

"Aunque Canaris odiaba a Hitler y al nacionalsocialismo, personalmente no se sentía capaz de ponerse al frente de un aacción decisiva contra aquél. En vez de ello, protegía a Oster y le consentía usar los medios del contraespionaje, en la medida en que estaba bajo la jurisdcción de éste, para organizar, fortalecer y extender el movimiento alemán de resistencia."

Schlabrendorff sería un severo crítico de ingleses y franceses, a los que consideraba como carentes de todo coraje hasta septiembre de 1939 con relación a Hitler. Cree aún que una actitud más firme habría puesto coto de forma más eficaz a sus ambiciones durante este período clave que después, cuando la guerra ya había comenzado. El mismo Hitler pasó a ser un hombre mucho más aislado, más inaccesible a la razón, rodeado como estaba por personas totalmente entregadas a su servicio, como Brauchitsch, comandante en jefe del Ejército, Wilhelm Keitel, Alfred Jodl y Walther Warlimont. Estos hombres constituían el círculo interior del Alto Mando de las fuerzas armadas (OKW).



Arriba: **Sudetes alemanes saludando a la Wehrmacht.** Derecha: **Hitler y sus guardaespaldas SS entre sudetes, 3 de octubre de 1938.**

Solamente Halder y otro general parcialmente disidetne, Georg Thomas, siguieron más o menos en contacto con Oster.

La primavera y verano de 1939 fueron, por consiguiente, un período en que se hizo poco más que advertencias, a distintos niveles, destinadas a Inglaterra y a los países al Oeste de Alemania de la catástrofe que se cernía en el Este, especialmente en Polonia y Danzig. Entre estas advertencias está la que Ian Colvin logró enviar personalmente el 29 de marzo al primer ministro, con ayuda de la embajada británica en Berlín y del Foreign Office. Colvin recibió de Beck y de Oster esta terrible información de las intenciones de Hitler con respecto a Polonia. La entrevista al menos parece haber logrado su objetivo; el 31 de marzo se anunció en la Cámara de los Comunes que Inglaterra y Francia estarían dispuestas a ayudar a Polonia si su independencia fuese amenazada. Hitler, sin embargo, consideró que no era otra cosa que un *bluff*, ya que éste era el método practicado por él mismo. Sus ataques verbales a Polonia se hicieron cada vez más intensos a medida que sus planes de invasión contra su vecino oriental se discutían con su cuadro de mandos. Al mismo tiempo, entre los meses de junio y agosto, trató de minar los débiles intentos de Inglaterra y Francia para crear una incómoda alianza con Moscú haciendo él lo propio. Stalin era tan cínico sobre estas cuestiones como el mismo Hitler, y ambos hombres, los peores rivales en la lucha por el poder en Europa, firmaron un pacto de no agresión en agosto de 1939 a fin de ganar tiempo para lo que sería el choque definitivo entre ambos.

Entretanto, los mensajeros iban y venían constantemente entre Londres y Berlín. Goerdeler mismo se entrevistó con Churchill en mayo y le in-



Coronel Warlimont, jefe de la seccion de operaciones.

necer realistas y no ceder a las ilusiones. En vista de las dificultades de vivir bajo una tiranía, y al mismo tiempo de trabajar por su eliminación, parecía imposible garantizar el éxito de un golpe de estado; además creo que Churchill comprendía perfectamente estos problemas, y que su pregunta pretendía comprobar mi reacción."

También fueron a Inglaterra en este tiempo Adam von Trott zu Solz, un científico que había estudiado en Oxford, y el conde Helmuth von Moltke, británico a medias y duratne algún tiempo abogado en Inglaterra. Ambos sentían afecto por este país y pertenecían a los círculos intelectuales que despreciaban a Hitler y detestaban lo que estaba haciendo a su patria. Moltke habra de crear su propio centro de oposición en un grupo que se reunía normalmente en Kreislau, su casa de campo. En su mayor parte lo integraban hombres dedicados a la doctrina de la no violencia.

formó sobre la naturaleza de la resistencia alemana. A finales de verano Churchill recibió igualmente a Schlabrendorff, quien visitaba Inglaterra bajo pretexto de llevar a cabo investigaciones y se entrevistó también con lord Lloyd. Churchill, quien aún no ocupaba cargo alguno en el Gobierno, impresionó a Schlabrendorff con su energía:

"La apariencia de Churchill, su forma de llevar la conversación, sus rápidas preguntas y respuestas, todo me impresionó profundamente. Sentía que estaba en presencia de un hombre de estado de estatura histórica. Al contrario que lord Lloyd, evitaba los detalles personales; y tampoco mostraba las dudas de éste sobre la fuerza y determinación de su país. Por el contrario, Churchill parecía confiar en la que la nación inglesa era fundamentalmente sólida y perfectamente capaz de presentar batalla...

Durante el curso de nuestra conversación, mostró gran interés por la oposición alemana. Finalmente, preguntó si podía garantizar una operación con éxito realizada por nuestro grupo. La respuesta a esta pregunta no era fácil para mí, y dudé un momento antes de contestar negativamente, pero pensé que lo más importante era perma-

Tal era la situación cuando Europa iba hacia la guerra. "Praga, dijo Henderson a Hassell en privado, fue la gota que colmó el vaso. Ahora es imposible que Chamberlain vuelva aquí con su paraguas." El pacto de no agresión alemán con Rusia, firmado el 22 de agosto, contenía un segundo acuerdo secreto en el que se definían varias esferas de interés en el Este, incluyendo la división de Polonia entre Alemania y la Unión Soviética. Nada podía detener a Hitler ahora que había arrancado de momento los dientes a Rusia. Las tentativas de Beck y otros de intervenir con el Alto Mando fueron rechazadas secamente. Los ejércitos de Hitler entraron en Polonia a las 04,45 horas del 1 de septiembre, y al cabo de tres semanas todo había terminado para este orgulloso e independiente país.

Para disgusto de Hitler, Inglaterra y Francia declararon la guerra a Alemania. Canaris apenas alcanzó a advertir al agregado militar británico en Berlín que se preparaba un ataque aéreo sobre Londres para el 3 de septiembre, antes de que el personal de la embajada se dispersase. Pero Halder logró hacer anular el ataque, y comenzó la inquieta fase de la "falsa" guerra, durante la cual Oster, con el conocimiento de Canaris, hizo todo lo que esta-



Ian Colvin, el periodista inglés a quien se dirigió la resistencia.



Fabian von Schlabrendorff, otro aristócrata alemán.

ba a su alcance, con gran riesgo personal, para prevenir a los países occidentales de lo que les esperaba. Canaris, en especial, tenía que jugar ahora un doble papel: controlar las actividades reales de la Abwehr, pero empleándola al mismo tiempo para frustrar en cuanto fuese posible los planes de Hitler en el Oeste, a medida que los veía desarrollarse. Estaba horrorizado por lo que ocurría en Polonia. Goerdeler dijo a Hassell que Canaris "había regresado de Polonia completamente deshecho". La natural melancolía de su carácter se itnensificó, y sufría ataques de profunda depresión.

En agosto, cuando la guerra era ya inminente, se apresuró a llamar a Dohnanyi a la oficina central, el departamento Z de la Abwehr, y éste (con el empleo de comandante) y Oster (con el rango de mayor general), se convirtieron en colaboradores en el planeamiento de la futura actividad de la resistencia. Dohnanyi era tranquilo, reservado y preciso; un cristiano liberal, opuesto a cualquier forma de radicalismo. Los jefes de varios departamentos del Abwehr eran de las mismas ideas que Canaris: por ejemplo, el coronel Hans Pieckenbrock, jefe de espionaje exterior, el coronel Georg Hanson, su sucesor el coronel Hans

Grosscurth, jefe de sabotaje en el extranjero, el coronel Erwin Lahousen y otros. Pero incluso estos leales a la resistencia debían realizar sus tareas normales como disfraz de las otras; por ejemplo, fue Pieckenbrock quien condujo las negociaciones sobre la invasión de Noruega con Quisling en Copenhague.

Aunque la idea de un golpe montado por un resuelto grupo de generales en el Alto Mando fue revivida nuevamente por Beck, Canaris y Oster durante algún tiempo, su principal enlace en la OKW, el general Halder, resultó al final inadecuado. Hitler ejercía ahora un dominio completo sobre sus generales, y cada vez temían más sus súbitas exigencias, explosiones de furia y amenazas de despido. Tenían demasiado apego a sus carreras, rango, paga, pensiones y privilegios. Los planes para un golpe de estado se prepararon de nuevo por Oster (el "estudio de Oster", como llegó a llamarse), y se fue montando una pequeña red de mandos en puestos que les capacitaban para desplegar tropas.

Paralelamente con estos planes, que habrían de ser frustrados porque ningún general en los cargos importantes aceptó tomar el mando, se realizaron

varios intentos de establecer conversaciones de paz con Inglaterra. Hassell, trabajando por su cuenta, hizo un intento personal a través de un conocido de lord Halifax, un hombre llamado J. Lonsdale Bryans, con quien se reunió en Suiza en febrero de 1940, y más tarde en abril, después de que la invasión alemana de Dinamarca y Noruega hiciese estas conversaciones inútiles.

De mayor importancia que las especulaciones solitarias de Hassell sobre la paz fueron los prolongados intentos por uno de los agentes de mayor confianza de Canaris, Dr. Josef Müller, abogado de Munich y católico de firmes convicciones, para lograr el consentimiento de Pío XII para actuar como intermediario en unas posibles negociacioes de paz. Müller fue a Roma en octubre de 1939 y operó principalmente a través del padre Robert Leiber, un jesuita alemán en el Vaticano, aunque aquél, de hecho, conocía personalmente al Papa. Pío XII estaba bien informado sobre Alemania, por haber sido nuncio pontificio en Berlín durante los años veinte, y conocía tanto a Beck como a Canaris. Se habían encontrado cuando sacaban a pasear sus caballos, ya que el futuro Papa era un jinete entusiasta durante su misión en Alemania. El Papa era, si acaso, un germanófilo y un hábil diplomático, que antes de su elevación había sido cardenal secretario de Estado de 1930-39. Müller encontró poca resistencia en el Vaticano; sus negociaciones llegaron a ser conocidas en el núcleo interior de la resistencia por el nombre clave de Operación X.

A pesar de sus prejuicios en favor de Alemania, el Papa estaba ya seriamente preocupado por la conducta de las tropas alemanas en Polonia. El ministro británico ante el Vaticano, sir Francis d'Arcy Osborne, fue informado de los gestos no oficiales de paz de Alemania. Al igual que Hassell, Müller trataba de definir las condiciones básicas sobre las que podría establecerse la paz con Alemania, y estas condiciones propuestas recibieron la tácita aprobación del Papa. Estos términos, una vez definidos por escrito, recibieron el nombre de "Memorándum X"; en Roma fueron preparadas copias para Berlín y Londres, y una versión del mismo fue finalmente presentada por Halder a Brauchitsch. "Esto es pura traición", exclamó Brauchitsch, y se negó a prestar mayor atención al documento. La copia alemana fue conservada por un militar en quien la resistencia tenía gran confianza: el coronel Werner Schrader. Pero estos intentos de llegar a unas negociaciones de paz, al igual que los de Hassell, fueron frustrados cuando Hitler invadió Escandinavia.





Izquierda: **Helmuth von Moltke.** Arriba: **Molotov firma el pacto de no agresión de diez años con Alemania, agosto de 1939.**

Oster, entretanto, había hecho cuanto había podido para arreglar la situación. Empleando a su amigo el coronel Jacob Sas, agregado militar holandés en Berlín, como intermediario, previno repetidamente a Dinamarca, Noruega y los Países Bajos, comunicando las fechas previstas para la invasión, que, a causa de los muchos retrasos provocados por Hitler, en principio no fueron exactas. También se hicieron advertencias al Vaticano a través de Müller, quien recibía su información de Oster. Lo curioso es que el servicio de monitores alemán interceptó el mensaje en clave del enviado belga, y tanto el SD como la Abwehr fueron informados de que un agente alemán en el Vaticano estaba transmitiendo información altamente secreta. Canaris, con un rasgo de genio, puso las investigaciones sobre la filtración en manos de Müller. Esta, sin embargo, no fue toda la historia: otro agente oficioso de la Abwehr entregó otro informe que atribuía la indiscreción claramente a Müller, y Canaris se vio obligado a destruir las pruebas. Finalmente, el 3 de mayo Oster dio a Sas la fecha final de la invasión de Holanda; Sas la transmitió debidamente cifrada al Ministerio holandés de la Guerra, en La Haya. La invasión llegó, como se predijo, el 10 de mayo.



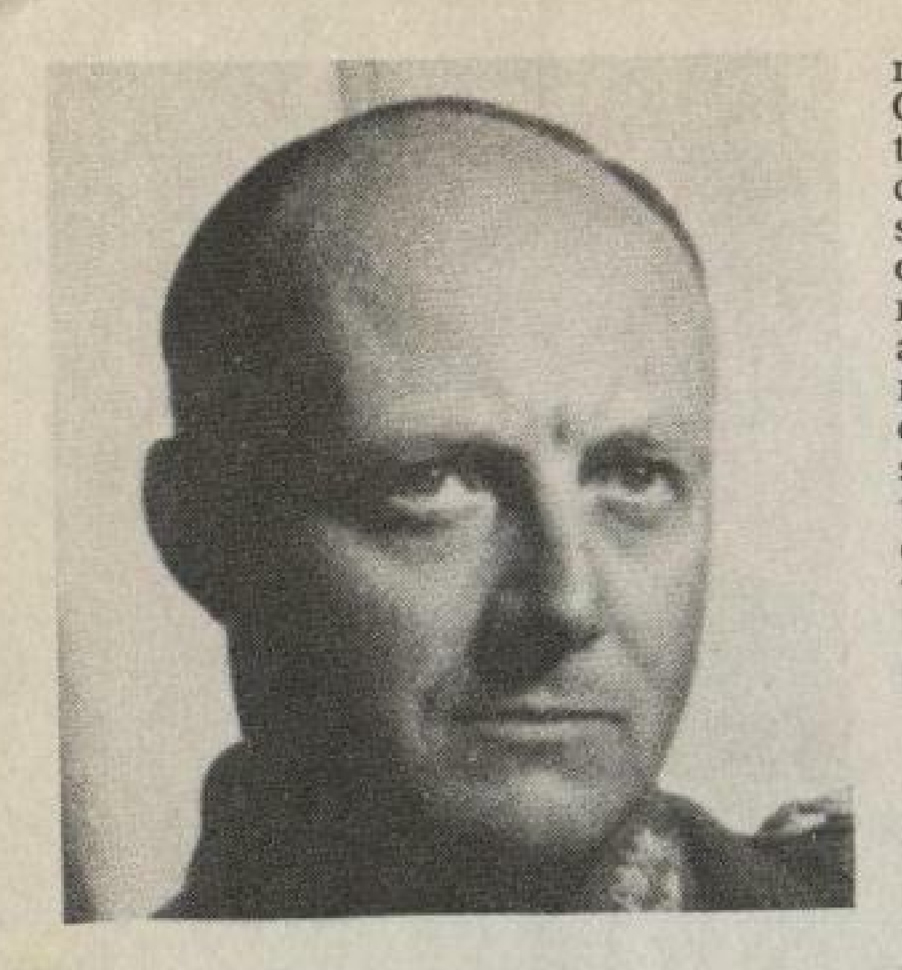
Izquierda: **Adam von Trotz zu Solz durante su juicio.** Arriba: **Hitler pasa revista a sus tropas que avanzan sobre Polonia, en septiembre de 1939.**

Siguió un período de inactividad por parte de los conspiradores. La caída en junio de Francia, Bélgica y Holanda, inmediatamente después de Dinamarca y Noruega en el mes de abril, hizo que Hitler apareciese como invencible. En julio, Rumania, con sus valiosos campos de petróleo, se colocó bajo la protección alemana, como consecuencia de una invasión parcial por parte de Rusia. Rodeado estrechamente por sus generales y protegido por su forma de vida, cada vez más recoleta, parecía imposible seguir pensando en Hitler como vulnerable. Entre junio de 1940 y junio de 1941, el mes de la ofensiva contra Rusia (por el destino de esta última Canaris y sus colegas se preocupaban bastante menos), los planes de los conspiradores se concentraron cada vez más en la simple eliminación del Führer por un solo agente o un pequeño y decidido grupo. El plan anterior de un golpe de Estado militar seguido del juicio de Hitler en audiencia pública ahora se había vuelto totalmente imposible. Una gran parte de Alemania se hubiese unido en su defensa y le hubiese liberado. El ala antigua de la resistencia gradualmente llegó a compenetrarse con la más joven sobre este punto: Hitler debía ser asesinado. Una pequeña minoría, con Goerdeler entre ellos, nunca consideraría justo el asesinato de Hitler, ya que iba en contra de sus tradicionales creencias cristianas. Pero los civiles, en cualquier caso, nada podían hacer; solamente quienes dentro del Ejército tenían de algún modo contacto con Hitler podían tomar acción violenta contra él.

Cuando, durante el verano de 1940, la invasión de Inglaterra se postergó indefinidamente, Hitler concentró toda su atención en los preparativos de una campaña masiva en contra de la Unión Soviética. En el frente del Este, las esperanzas de los conspiradores comenzaron a centrarse alrededor de otro joven militar de Estado Mayor, el mayor



Arriba: **Zapadores de asalto alemanes abriendo paso en una alambrada.** Abajo: **Tropas de reconocimiento alemanas en Francia, mayo de 1940.** Derecha: **Hitler en su visita victoriosa a París, julio de 1940. Nunca volvería a visitar esta ciudad.**



El general Henning von Tresckow.

general Henning von Tresckow. Schlabrendorff, ahora en el Ejército, había sido nombrado su ayudante de campo. Tresckow tenía solamente cuarenta años; era un hombre de gran sensibilidad y profundamente opuesto a Hitler. Como mando de Estado Mayor, se encontraba en estrechas relaciones con el mariscal de campo Von Kluge, quien, a la edad de sesenta años, era comandante de uno de los siete cuerpos de ejército encargados de llevar la inminente guerra relámpago contra Rusia. Sólo dos años antes, durante la época de la crisis Blomberg-Fritsch, Kluge había sido despedido por Hitler, con otros generales, como hostil a sus planes, aunque, naturalmente, ignoraba sus vacilaciones a la hora de adherirse al movimiento de resistencia. Ahora había sido reivindicado con el rango de mariscal de campo, para satisfacción de su orgullo. Del mismo modo que Hitler había dudado en su caso, ahora él dudaba con relación a Hitler, sopesando su propia seguridad e interés en la balanza de la conveniencia. Sin embargo, era el comendante de más alto rango del frente Oriental en contacto con miembros de la resistencia, y Tresckow actuaba como la voz de su conciencia, mientras Schlabrendorff hacía de enlace con Berlín.

Esta era la situación durante el terrible invierno de 1941-42, cuando el Grupo de Ejército de Kluge, en el centro del avance sobre Moscú, quedó condenado a la helada inmovilidad a sólo treinta y cinco kilómetros de sus objetivos. Kluge, a pesar de las órdenes de Hitler en contra, se vio forzado a ordenar una retirada parcial; el mismo Hitler había asumdio el mando ejecutivo del Ejército cuando Brauchitsch sufrió un ataque al corazón. Entretanto, el destino de Alemania se estaba decidiendo; Hitler apenas pareció advertir la declaración de guerra de los Estados Unidos en diciembre, después del ataque japonés de Pearl Harbour. Canaris siguió con éxito la política española de neutralidad; viajaría frecuentemente a España entre 1940 y 1943, actuando ostensiblemente como el representante especial de Hitler para negociar su intervención en la guerra al lado de Hitler. Pero Canaris era un experto del doble juego y sabía cómo negociar con los demás para que practicasen el mismo doble juego. Además, mantuvo en pie sus relaciones con el sucesor de Heydrich, Walther Schellenberg, después del asesinato de Heydrich en Praga en mayo de 1942; se las compuso para mantener su buen nombre con la SS y el SD hasta el último momento. También sabía cómo alejarse de Berlín, donde Oster siempre estaba dispuesto a hacerse cargo de los asuntos. Constantemente estaba viajando, por lo general en la zona del Mediterráneo, calentando su cuerpo al sol. Llevaba abrigo incluso en verano. Uno de sus ayudantes le describía en esta época como un hombre "brillante, animado y hablador como una viejecita". Pero conservaba su sangre fría a pesar del peligrosísimo doble juego que llevaban él y sus asociados. Oster había enviado un aviso secreto a Belgrado en abril de 1941 anticipando el ataque relámpago de Hitler sobre Yugoslavia y Grecia inmediatamente anterior a la invasión de Rusia. Al igual que Canaris, Goerdeler estaba constantemente en movimiento, pero era mucho menos discreto en pregonar sus opiniones, haciendo proselitismo con todos sus conocidos, escribiendo interminables cartas y memorándums y organizando gobiernos-fantasma para tomar las riendas a la caída de Hitler.

Los líderes de la resistencia eran, naturalmente, muy susceptibles a los altibajos de los acontecimientos, en la



Arriba: **Soldados de la Waffen SS muertos en la nieve rusa en diciembre de 1941.**
Abajo: **Patrulla antipartisanos alemana en Rusia.**





Mariscal de campo von Kluge, comandante del Segundo Ejército alemán.



El pastor Bonhoeffer, el gran teólogo que sería ejecutado por sus actividades en la resistencia.



medida en que podían juzgarlos desde su centro de Berlín, complementándolos con los enfoques más internacionales de Canaris y Goerdeler. Aunque la Alemania de Hitler estaba en la cima de su poderío —su imperio se extendía desde la costa atlántica de Francia hasta el corazón de Rusia y el Cáucaso, y desde las latitudes septentrionales de Noruega hasta los territorios ocupados del Mediterráneo y Norte de Africa—, los bien informados sabían que Hitler estaba extendiendo sus efectivos militares más allá de los límites en que podían ser eficaces para la agresión. Los intentos de la resistencia de llegar a un acuerdo con Inglaterra fueron parcialmente frustrados por la determinación de Churchill de que Alemania se había de rendir sin condiciones (algo muy distinto de las condiciones previstas originalmente por Müller y Hassell), y en parte también por el acuerdo aliado de enero de 1942 de que ninguno de ellos firmaría separadamente un tratado de paz con Alemania. Sin embargo, en mayo de 1942, el pastor Monhoeffer, de la Abwehr, representando a la resistencia, se reunió con el obispo Bell, de Inglaterra, en la neutral Suecia y le suministró detalles de la resistencia dentro de Alemania, implorando en vano una señal de reconocimiento oficial y pública por Churchill o el Gobierno británico una vez que Bell hubiese pasado la información.

Por otra parte, las cosas comenzaron a volverse en contra de Hitler entre mayo de 1942, el mes en que los ataques de mil bombarderos de la RAF hicieron estragos en las ciudades y la industria alemanas, y finales de enero de 1943, cuando, en contra de las órdenes explícitas de Hitler, el mariscal de campo Paulus se rindió en Stalingrado. Rommel había recibido su primer revés serio en El Alamein. La resistencia también había experimentado serios golpes: Wilhelm Scjmidthuber, asociado de Müller en las negociaciones con el Vaticano, fue lo bastante estúpido para cometer algunos serios delitos monetarios. Su arresto e interrogatorio llevó a la Gestapo a descubrir que Müller, y más aún, Dohnanyi, habían estado implicados en asuntos que podían considerarse traición. Las investigaciones continuaron lentamente durante el invierno de 1942-43, y con Canaris nervioso como un ratón y Oster manifestando su ansiedad a través de excesiva jactancia, la resistencia pensó que las cosas maduraban para una acción decisiva. El juicio y ejecu-



Arriba: **El cortejo fúnebre de Heydrich atravesando Berlín en junio de 1942.** Abajo: **Funeral oficial de Heydrich. Su asesinato desató terribles represalias.**





ción de Hans y Sophie Scholl, así como de sus compañeros universitarios en febrero de 1943, aumentarían la decisión de los conspiradores de actuar, si bien los Scholl no habían tenido nexo oficial con la resistencia. Había que matar a Hitler, pero ¿cómo?

Se dirigieron a Tresckow y Schlabrendorff como su más firme e inmediata solución, y el modelo del golpe de Estado se constituiría de una forma que después prevalecería durante el período clave de actividad de la resistencia, los años 1943 y 1944. Tresckow y Schlabrendorff tomarían la responsabilidad (posiblemente con el apoyo de Kluge) del asesinato mientras Hitler se encontraba en una de sus raras visitas al frente del Este. Schlabrendorff seguía actuando como enlace entre Berlín y el Frente Oriental y, en caso necesario, con los miembros de la resistencia en el cuartel general de Hitler en Rastenburg, en la Prusia Oriental. En Berlín se unió otro nuevo e importante aliado del Ministerio de la Guerra, el general Olbricht, jefe de suministros de la reserva, bajo el mando del general Fromm, quien, por desgracia, no era de fiar desde el punto de vista de la resistencia. Sin embargo, con hombres del calibre de Beck, Hassell, Schacht y Goerdeler como jefes iniciales del gobierno de transición, se suponía que los generales de todos los frentes darían voluntariamente su apoyo una vez que Hitler hubiera desaparecido. Aparte de esto, la resistencia hizo pocos planes en 1943.

Tresckow (a quien Schlabrendorff solía llamar el relojero, porque tenía que "dar cuerda" todos los días a la vacilante oposición de Kluge contra Hitler) se reunió con Canaris y Dohnanyi a primeros de 1943 en Smolensko, donde estaba estacionado el Grupo de Ejército Centro de Kluge; Canaris encubrió esta reunión organizando una conferencia de oficiales de inteligencia. Se acordó que un grupo de ellos, bajo la dirección del barón Georg von Boeselager, rodearían y asesinarían a Hitler en su visita al frente del Este el 13 de marzo. Todo estaba preparado para el atentado cuando Kluge, aunque quería la eliminación de Hitler por otros medios, se negó a colaborar directamente.

El general von Paulus, comandante del Sexto Ejército que se rindió en Stalingrado.

Se decidió entonces que Tresckow y Schlabrendorff actuarían por su propia iniciativa, introduciendo una bomba en el avión en que Hitler volaría de regreso a Rastenburg. La Abwehr suministró el explosivo: una bomba de plástico capturada a los británicos y activada por un detonador consistente en una cápsula con ácido que iba desintegrando un trozo de alambre. El espesor del alambre determinaba el tiempo entre el contacto primero del ácido con el metal y su ruptura, que provocaba el choque del percutor contra el detonador. Tres espesores del alambre permitían fijar el tiempo en diez minutos, media hora y dos horas entre la activación y la detonación. Cierto número de estas bombas fueron llevadas a Smolensko con ocasión de la conferencia de oficiales de inteligencia. Puesto que ni Tresckow ni Schlabrendorff estaban entrenados en el manejo de tales armas, se realizaron algunas pruebas secretas. Las bombas empleadas resultaron ser notablemente efectivas, si bien la espoleta de tiempo no era muy precisa en el frío intenso del invierno ruso. Sin embargo, la ventaja especial era que el mecanismo de tiempo operaba en completo silencio.

Dos de estas bombas, que en su forma se asemejaban a una botella de Cointreau, se empaquetaron juntas y se escondieron en las habitaciones de Schlabrendorff. Hitler llegó en avión en la mañana del 13 de marzo, juntamente con su médico y varios miembros de su equipo de Rastenburg. El vuelo duró cerca de dos horas. Celebró su conferencia con Kluge antes de comer. Durante la comida, Schlabrendorff pidió a un oficial joven, miembro del séquito de Hitler, que llevase dos botellas de Cointreau como regalo al general Helmuth Siteff, jefe administrativo en Rastenburg. Schlabrendorff envió la señal convenida, "destello", a Dohnanyi, en Berlín, y fue a recoger el paquete de bombas para llevarlas a la pista de despegue. Tresckow estaba allí para supervisar la entrega al ayudante de Hitler, después de que las espoletas hubiesen sido activadas. El avión de Hitler despegó con las bombas a bordo y una escolta

de cazas. Schlabrendorff se apresuró a telefonear a sus colegas de Berlín para que estuviesen alerta.

La catástrofe debía ocurrir cerca de Minsk. Los conspiradores esperaban que la escolta de cazas enviasen el mensaje de la destrucción del aparato de Hitler. Pero los minutos pasaban. Schlabrendorff y Tresckow aguardaban en Smolensko; Beck, Oster y los demás, en Berlín. Transcurrió una hora. Otra media hora. Dos horas más. Pero aún no se recibían mensajes ni señales.

Pasadas dos horas, Tresckow encontró un pretexto para llamar por teléfono a Rastenburg. Supo entonces que Hitler había llegado sin novedad; hasta el momento nada había ocurrido. Era una horrible desilusión. ¿Qué había fallado con las bombas? El paquete debía estar ahora en manos de Stieff. ¿Lo habría abierto? Tresckow se puso en contacto con el oficial que llevaba el paquete. Todavía no había tenido tiempo de entregarlo. Tresckow le dijo inmediatamente que se había cometido un error en Smolensko: le habían entregado el paquete equivocado. ¿Sería tan amable de conservarlo hasta que alguien de Smolensko pasase a por él? Desde luego, contestó.

Al día siguiente Schlabrendorff voló a Rastenburg. Nunca se entregaron con tanta prontitud dos botellas de Cointreau, ni siquiera de las verdaderas. Una vez recuperado el paquete de las bombas, Schlabrendorff partió esa noche en coche-cama a Berlín. En su compartimento se apresuró a abrirlo para comprobar qué había sucedido. Retiró la espoleta y la examinó. Había un pequeño defecto en el mecanismo; el detonador no había funcionado al ser golpeado por el percutor.

El 15 de marzo, Schlabrendorff se reunió con Oster y Dohnanyi en Berlín y les mostró la espoleta, cuyo fallo habría de costar tantos millones de vidas de hombres, mujeres y niños. El holocausto del genocidio de los campos de concentración continuaría a plena marcha, mientras el frente del Este reclamaría incontables vidas alemanas y rusas. En Alemania, decenas de miles de personas morirían en la furia creciente de los ataques aéreos.

Oportunidades como ésta de matar a Hitler eran pocas y espaciadas. Pero ese mismo mes, el barón Rudolf von Gersdorff se ofreció voluntario para una misión suicida. Estaba dispuesto a volar en pedazos juntamente con Hitler mientras el Führer visitaba una exposición de material de guerra capturado a los rusos. Pero no pudo acercarse a Hitler, cuya visita resultó ser corta y de cumplido. Olbrich se quejó, sin embargo, de que aun cuando el atentado hubiese tenido éxito, la organización para apoderarse de la administración en Berlín era aún muy inadecuada. Tresckow viajó a Berlín, oficialmente con permiso por enfermedad, pero en realidad a revisar los detalles de este aspecto del plan. Pronto se asignaría para ayudarle a un joven jefe, el coronel conde Claus von Stauffenberg.

La segunda generación de la resistencia estaba lista para tomar la antorcha de manos de la primera.





From, que trató sin éxito de cubrir sus huellas el 20 de julio.



Olbricht, general del ejército de reserva aliado con los conspiradores.



Arriba: **Hitler, Mussolini y Ribbentrop almorzando en un aeródromo ruso.** Abajo: **Hitler y Mussolini revistando las fuerzas expedicionarias italianas en Rusia, julio de 1941.** Derecha: **Hitler triunfante.**





La Gestapo y la protección de Hitler

El leibstandarte SS cambiando la guardia en el patio de la nueva Cancillería del Reich.

Quienes tratan de asesinar a la cabeza visible de un estado-policía tienen que superar muchos problemas. Algunos de éstos ya se han mencionado en el caso particular de la conspiración para matar a Hitler: el juramento de lealtad que hacía vacilar incluso a los más severos críticos del régimen de iniciar acción alguna contra él, la falta de acceso casi total a su persona por parte de los miembros-clave de la conspiración, el hecho de estar siempre rodeado por un pequeño círculo de hombres y mujeres que le eran incondicionales. Pero además de estos factores tenemos la especial forma de ser del mismo Hitler.

No solamente era el dictador en gran parte de Europa, sino también en muchos aspectos un recluso excéntrico que creó su extraordinario y hermético estilo de vida. Por naturaleza era un pequeño burgués que conservaba muchas de sus costumbres dentro de los imponentes monumentos en los que su encumbrada posición le obligaban a habitar: la Cancillería de Berlín y su retiro de montaña de Berchtesgaden, recargado y lujoso. Dando un mínimo tiempo de preaviso a sus asistentes, viajaba de un lado para otro, con períodos de residencia en su cuartel general del Ejército, cuya sede principal en esa época era Rastenburg, en la Prusia Oriental, a unos 500 kilómetros por el aire de Berlín. Dondequiera que estuviese (y pasaba semanas e incluso meses en Berchtesgaden), frecuentemente confundía el día con la noche, charlando incansablemente hasta altas horas de la madrugada con el pequeño círculo de seres insignificantes que estaban pendientes de sus palabras, incluyendo a su patética y gris compañera, Eva Braun, y durmiendo después hasta tarde, o incluso después de comer. Cada vez se centraba más en sí mismo, confiando menos en los consejos de los expertos que fuesen en contra de sus ideas y siguiendo únicamente su propia intuición, sin prestar atención a la información de los frentes de guerra. Cuando las cosas comenzaron a ir mal, en 1943, odiaba recibir malas noticias, y muchas cosas que hubiera debido conocer y tener en cuenta le fueron ocultadas por Keitel y por otros que temían ser los odiados portadores de malas nuevas.

Por consiguiente, tenía que ser asesinado por los conspiradores bien en la Cancillería, bien en Berchtesgaden o en uno de sus varios puestos de mando, o bien en tránsito entre estos lugares. Y dado que todos los viajes los emprendía repentinamente y sin avisar, de forma que incluso la policía rara vez sabía la ruta que iba a tomar, encontrar la ocasión era muy difícil. Sus visitas a los frentes eran igualmente imprevistas y cada vez más raras. Naturalmente, se daba perfecta cuenta de que podía atentarse contra su vida, y estaba decidido a presentar al asesino las menores ocasiones posibles de penetrar en sus defensas. Normalmente no se anunciaban las fechas de sus llegadas y partidas súbitas.

Además, estaba guardado de cerca por hombres escogidos de la SS, incluyendo sus guardaespaldas personales cuando iba de viaje o en compañía de otras personas. Sacar una pistola oculta, apuntar y disparar era prácticamente imposible, aunque hubo algunos valientes que se ofrecieron voluntarios para acometer esta misión suicida.

La Gestapo vigilaba constantemente, por consiguiente, ante la posibilidad de algún asesino aislado (ya fuese un loco, fanático, comunista o cualquier otro adversario político. La posibilidad de una conjura de base amplia que tratase de arrancar el poder de sus manos no parecía preocupar demasiado. Pero tenían que estar preparados para cualquier eventualidad, incluyendo el tipo de misión comando introducida desde el extranjero que llevó al asesinato de Heydrich cuando marchaba por las calles de Praga en un coche descubierto. Cuando el fracasado intento de acabar con la vida de Goebbels en 1943, llevado a cabo por un tirador aislado y desconocido, Hitler previno seriamente a su ministro de Propaganda e Instrucción Pública que no sirviese como blanco, y por Navidad le regaló un coche fuertemente blindado.

Uno se pregunta la razón de que ciertos individuos pudiesen decir, ya que no hacer, tantas cosas comprometedoras con impunidad. Algunos de ellos como Goerdeler, Stauffenberg e incluso Oster. Los cerebros de la Gestapo se daban perfecta cuenta de que una conspiración contra el régimen era un posible factor con el que algún día deberían enfrentarse. Por tanto, debían

estar vigilando constantemente arriba y abajo. Pero esto no significaba que los sospechosos fuesen arrestados a la menor prueba incriminatoria. Muy al contrario, siempre que los conspiradores se limitasen a eso, a conspirar, y no intentasen una acción inmediata, la Gestapo les consideraba por lo general más valiosos en libertad que puestos en reclusión. Incluso a veces se les estimulaba un poco, a fin de que sus actividades pudiesen ser vigiladas y se pudiese tomar nota de sus contactos. La Gestapo, naturalmente, era célebre por sus incursiones de medianoche. Pero también era una de sus tácticas favoritas el jugar al ratón y al gato con sus principales sospechosos.

Y esto no era todo. Los engranajes se entremezclaban. En su momento, el ala civil de la resistencia consideró seriamente la posibilidad de incluir a Himmler en la conspiración, en cuyo caso el ratón y el gato hubiesen cazado juntos. Los conspiradores se daban cuenta de que los hombres de la cumbre —especialmente Goebbels, Goering y Himmler— se consideraban a sí mismos como el verdadero sucesor de Hitler en caso de que fallase la salud o la razón de éste, muriese o fuese asesinado. Aunque Goering era el sucesor legal, estaba en descrédito ante todo el mundo debido a su fracaso como jefe de la Luftwaffe en proteger a Alemania de los ataques aéreos y a causa de su propensión a las drogas. No cabía duda de que Himmler, con mucho el más fanáticamente consagrado de los tres a los principios nazis, era también el mejor colocado para hacerse con el poder. Tenía toda la policía, secreta o no, a su mando, y los contingentes de SS que servían dentro del Ejército, la Waffen-SS, eran también técnicamente hombres suyos.

En cuanto a Goebbels, no tenía a su disposición fuerzas armadas, y sólo el respeto debido a su lengua viperina y peligrosa inteligencia le granjearían un puesto con los demás en caso de desaparecer Hitler. Cuando los conspiradores civiles estudiaron a sus enemigos, en busca de un aliado útil, aunque provisional, llegaron a la conclusión de que merecía la pena acercarse a Himler de forma cautelosa. Se sabía que muchos oficiales de la SS hablaban cínicamente sobre la guerra, ahora que las tornas se volvían contra Alemania.

El 26 de agosto de 1943 el Dr. Johannes Popitz, ministro de Finanzas de Prusia, uno de los civiles de menor relieve, aunque útil, entre los conspiradores, fue introducido en presencia de Himler. La entrevista fue preparada por Carl Langbehn, miembro al margen de la resistencia, que además había realizado servicios de información para Himmler.

Existen algunos relatos contradictorios de lo que tuvo lugar en esta extraña reunión; pero parece ser que, efectivamente, Popitz pidió a Himmler, como el hombre más "responsable" de la jerarquía nazi, que rescatase a Alemania de su autodestrucción. A pesar del indudable "genio" de Hitler, dijo Popitz con tacto, la guerra no podía continuar con éxito debido a que la corrupción minaba por todos lados los planes hitlerianos. Popitz adelantó estos argumentos de exploración a un Himmler atento, cortés y silencioso, sabedor de que su interlocutor era uno de los sospechosos de la Gestapo. Se le pedía que considerase, por los mismos itnereses de Hitler y de la nación alemana, la iniciación de alguna forma de negociaciones de paz a espaldas del Führer. Es verdad que Himmler, muy evasivamente, había considerado actuar por propia cuenta, y Langbehn lo sabía; pero en estos asuntos peligrosos siempre daba un paso adelante y dos atrás llevado por la indecisión. De hecho estaba sumamente preocupado por el estado de su salud y de sus facultades mentales (¿se atrevería a admitirlo?) de Hitler.

Quizás fueron los largos años de frustración los que condujeron a este contacto fallido con Himmler, acto próximo a la desesperación que Langbehn y Popitz pagarían más tarde con el arresto y la horca, mientras Himmler seguía jugando a las negociaciones de paz con los aliados sin comprometerse realmente a realizar conversaciones en serio.

Lo que, sin embargo, Himmler estaba decidido a hacer era destruir la Abwehr y asumir personalmente el control de la información. Era importante, por consiguiente, apretar la red alrededor de los hombres asociados con aquélla y cuya lealtad al régimen estaba bajo sospecha.

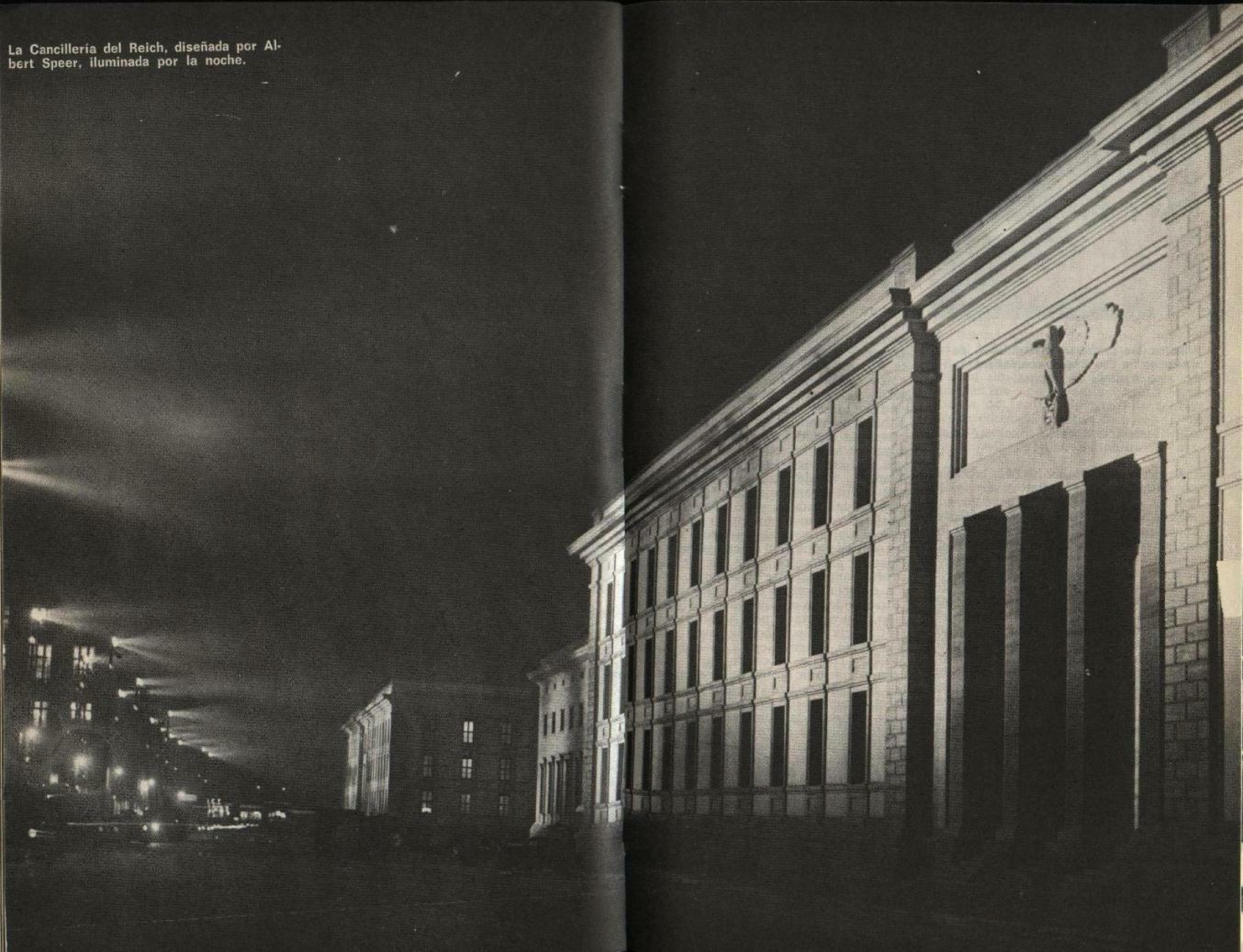
Ya en abril de 1942, Hassell había sido prevenido oficialmente por Ernst von Weiszäcktr, primer secretario de Estado en el Ministerio del Exterior, de que estaba siendo vigilado por la Gestapo. La atmósfera de miedo quedaba reflejada en la forma agitada en que el funcionario transmitió la advertencia, como Hassell nos lo describe en su diario:

"Cerró cuidadosamente puertas y ventanas y anunció con énfasis que tenía que discutir conmigo un asunto muy serio. Rechazó bruscamente una frase jovial por mi parte. Por el momento tenía que pedirme que le evitase mi presencia. Cuando traté de responder me interrumpió abruptamente... Cada vez que pedía explicaciones me mandaba callar... Acto seguido comenzó a amontonar reproches a medida que caminaba arriba y abajo. Había sido increíblemente indiscreto, algo inaudito; de hecho, y «con los debidos respetos», también lo había sido mi mujer. Esto era bien sabido en ciertos lugares (la Gestapo), y pretendían incluso disponer de documentos. Debía pedir con toda energía que corrigiese mi conducta... No prestó atención a mi objeción de que parecía hacerse eco de estas acusaciones sin fundamento. No tenía ni idea, dijo, de la forma en que la gente me perseguía (la Gestapo). Cada paso que daba era observado. Debía quemar todo cuanto tuviese que pudiese constituir un peligro: notas de conversaciones en que uno u otro dijeron esto o aquello... Parece ser que se refería a él mismo. Se opuso a mis intentos de averiguar la realidad detrás de todo ello. Se refería al futuro, no al pasado. Finalmente dijo: Ahora *auf Wiedersehen*, pero no demasiado pronto."

Hassell no era de los que se asustaban fácilmente, pero tomó medidas inmediatas, e incluso dejó de escribir su diario por un tiempo. Otro sospechoso era Goerdeler, a quien la Gestapo vigilaba estrechamente. Sus indiscreciones eran tan conocidas, que, incluso más



Berghof, casa de campo de Hitler en Berchtesgarten.



La Cancillería del Reich, diseñada por Albert Speer, iluminada por la noche.



Una de las primeras instantáneas de vacaciones de Eva Braun, compañera de Hitler y más tarde su esposa.

que Hassell, conocerle o ser su amigo era un auténtico peligro.

Durante el período 1942-43, la Gestapo comenzó a estrechar el cerco. Su primer éxito grande no fue contra la misma Abwehr, sino contra la red de espías comunistas, que llegó a ser conocida como "Rote Kapelle", o banda roja. En cuanto estalló la guerra entre Rusia y Alemania, el objetivo de los agentes comunistas dentro del Reich no fue ya asesinar a Hitler o montar un golpe de Estado, sino colaborar a la victoria final de los ejércitos rojos. Las varias células de la "Rote Kapelle" suministraban información que podía ser de utilidad para los rusos, utilizando emisoras de onda corta. Canaris, de hecho, utilizó a la Abwehr para ayudar a la Gestapo de Himmler a descubrir los agentes alemanes de la "Rote Kapelle", que fueron por fin detenidos en agosto de 1942. Uno de ellos resultó ser un tipo bohemio y pintoresco, llamado Harro Schulze-Boysen, que ocupaba un puesto en la Luftwaffe de Goering. La persona nombrada para investigar a los más importantes de dichos agentes comunistas fue el doctor Manfred Roeder, investigador agudo e implacable, el mismo que más tarde habría de examinar los asuntos de Schmidhuber, Dohnanyi y la Abwehr.

El segundo caso fue bastante más sencillo: la tragedia de Hans y Sophie Scholl, a la que ya nos hemos referido. Representaban a los adversarios más decididos del nazismo entre los jóvenes idealistas de Alemania. En 1942, el año de su arresto y ejecución, Hans tenía veinticinco, y su hermana solamente veintidós, y distribuían su propaganda antihitleriana entre los estudiantes de la Universidad de Munich.

La Gestapo les había vigilado durante algún tiempo y conocía a sus colaboradores más próximos. El 22 de febrero de 1943 fueron juzgados por el célebre juez nazi Roland Freisler, en uno de los denominados tribunales populares de Hitler. Los juicios de Freisler eran poco más que recriminaciones violentas que esperaba redujesen a sus víctimas a un estado de culpable derrota. Gritaba a quienes aparecían ante él; sus interrogatorios no eran sino actos de intimidación. Los Scholl admitieron inmediatamente su culpabilidad a fin de preservar a quienes les habían prestado ayuda; pero un centenar de detenciones siguieron a las suyas, y se producirían otras ejecuciones. Su movimiento, llamado "Rosa Blanca", reveló una extendida oposición a Hitler en los círculos universitarios e intelectuales, y los Scholl se convirtieron, como tantos otros individuos que actuaron espontáneamente en contra del régimen, en mártires políticos. Hassell, particularmente, se conmovió profundamente ante su muerte, de forma especial porque estaba precisamente tratando de enlazar la vieja generación, representada por hombres como él, Canaris y Beck, con la joven de creyentes en la resistencia, sobre todos Molkte, Trott y el conde Peter Yorck, casado con una amiga de la escuela de los Bonhoeffer y de Dohnanyi. Yorck, efectivamente, fue enviado en una misión secreta a la Suiza neutral en enero de 1943 para entrevistarse con Allen Dulles, representante de Roosevelt, y pedirle que los aliados se mostrasen más abiertos y dispuestos a ayudar en respuesta a los esfuerzos de la resistencia. Pero su misión, como la de Bonhoeffer en Suecia el año anterior, resultó un fracaso.

La generación vieja estaba comenzando a sufrir lo que era algo más que una depresión nerviosa. Beck, el hombre que todos consideraban como jefe de la resistencia, fue operado de un cáncer de estómago en marzo de 1943. Según Hassell, era tan sospechoso para la Gestapo que le impuso una guardia secreta incluso en el hospital. Además, interrogó al distinguido cirujano que le operó, el profesor Ferdinand Sauerbruch, amigo suyo. También Canaris debía ser extremadamente cauteloso. Himmler le había dicho que durante un tiempo pensó que un grupo de militares influyentes estaban planeando un golpe; añadía que creyó oportuno aguardar y ver el sentido en que marchaban las cosas. Creía que Beck y Goerdeler eran los responsables; pero aún había tiempo, dijo, de forma que pudiese ser descubierto todo el grupo.

Canaris no solamente quedó muy preocupado por la noticia, sino también por las prolongadas investigaciones en el desgraciado caso de los delitos monetarios de Schmidhuber. Como ya hemos visto, el asunto estaba siendo examinado por el inquisitivo cerebro de Roeder, reciente aún su triunfo con la "Rote Kapelle". El también parecía dispuesto a tomarse las cosas con calma; Schmidhuber parecía dispuesto a confesar. De hecho, resultaría ser un eslabón muy débil en la cadena de la Abwehr. Incluso Oster comenzó a preocuparse. En febrero de 1943, Canaris en persona tuvo que responder al interrogatorio de Ernst Kaltenbrunner, recientemente nombrado por Himmler jefe de seguridad del Reich, relativo a las convicciones políticas de ciertos miembros de su organización. Pudo esquivar el ataque alegando que el deber de sus agentes era mezclarse con elementos sospechosos. ¿De qué otra forma se podría obtener información?

De modo que los meses de invierno de 1942-43 transcurrieron en una atmósfera de tensión y ansiedad, aumentada por la mala salud de Beck, el juicio y la ejecución de los Scholl y, finalmente, en marzo (el mes de la operación de Beck), el fracaso de la tentativa de Tresckow y Schlabrendorff contra la vida de Hitler. Sobre esta última la Gestapo nada sabía, como tampoco de la misión suicida del barón Gersdorff, la cual, como hemos visto, falló por la falta de oportunidad de acercarse personalmente a Hitler. De pronto, el 5 de abril, las investigaciones de Roeder dieron su fruto, y la Gestapo se decidió a actuar.

Roeder, cuyas sospechas de una conspiración de pequeña escala con raíces en la Abwehr no había madurado seguramente antes de marzo, se dio cuenta de que Schmidhuber era un pequeño engranaje dentro de un mecanismo más grande. La Gestapo, como se ha dicho anteriormente, tenía la idea preconcebida de que una posible insurrección tenía más probabilidades de originarse partiendo de individuos aislados que de grupos organizados. Pero Schmidhuber, aterrorizado por meses de reclusión en la prisión militar de Tegel, en Berlín, por la continua presión de sus interrogadores, hurgando en sus pequeños delitos, comenzó gradualmente a revelar algo (pero no todo) de las actividades que habían implicado a Müller, Bonhoeffer y Dohnanyi. Una investigación que al principio se refería únicamente a delitos monetarios se fue convirtiendo en una indagación de tema político. Advertencias procedentes de muchas fuentes, dichas en voz baja, llegaban a los oídos de Canaris, Oster y Dohnanyi.

Beck, meticuloso como era, insistió en que la resistencia conservase todos sus documentos a fin de que cuando llegase el momento oportuno pudiese probar todo cuanto se había hecho para eliminar a Hitler y restaurar la paz, así como los serios enfoques dados a la tarea de formar un gobierno de transición. Los archivos contenían, asimismo, pruebas incontrovertibles contra los peores criminales nazis, de forma que pudiesen ser convictos tan rápidamente como fuese posible y llevados ante un tribunal. Solamente los papeles que se referían a las discusiones del momento se guardaban normalmente en la oficina de Dohnanyi en la jefatura de la Abwehr, dentro de una caja fuerte. El resto se fue acumulando poco a poco en un cofre especial en Zossen, cerca de Berlín, en el edificio del Alto Mando. Cuando Dohnanyi advirtió, a principios de 1942, que estaba siendo vigilado, evitó ir a Zossen. Oster, al igual que Canaris, no quería guardar demasiados documentos acusadores en ningún lugar donde hubiese ni el más remoto peligro de que fuesen descubiertos. Fue a Zossen como por asuntos oficiales y retiró de la caja fuerte todo cuanto no era impres-



Himmler, jefe de la SS, inspecciona a los prisioneros de guerra en el frente ruso.

cindible. Sin embargo, parece que aún quedaron muchas cosas.

El 5 de abril, Roeder, acompañado por un oficial de la Gestapo, Franz Xaver Sonderegger, llegó sin preaviso a las oficinas de la Abwehr. Pidieron ver a Canaris, quien (como Roeder habría de relatar más tarde) les recibió cortésmente. Sacando una orden de registro, Roeder le pidió que le condujese inmediatamente al despacho de Dohnanyi.

Lo que siguió ha sido objeto de variadas versiones. Cuando Heinrich Fraenkel estaba investigando este asunto para nuestro libro, *The Canaris Conspiracy*, comprobó las diferentes versiones con el mismo Roeder, y estamos convencidos de que nuestra relación es exacta. Los detalles que damos aquí parecen ser la realidad. El despacho de Dohnanyi estaba emplazado de tal forma que era preciso pasar por la oficina de Oster para llegar hasta él. Canaris, por tanto, condujo primeramente a Roeder y Sonderegger ante Oster, quien les acompañó a presencia de Dohnanyi. Dohnanyi se puso en pie ante la inesperada intromisión. Mientras Sonderegger montaba guardia y Canaris y Oster podían únicamente actuar como serios y callados testigos, Roeder se adelantó, dijo que tenía orden de registrar el despacho y pidió a Dohnanyi que abriese los cajones de su escritorio y la puerta de su caja fuerte. Dohnanyi vaciló, y debido al nerviosismo, o quizás porque quería tomarse tiempo para pensar, pareció haber perdido sus llaves al principio, extrayéndolas poco después de un bolsillo del pantalón. Roeder comenzó a examinar los papeles de su mesa y caja fuerte. Sonderegger vio cómo Dohnanyi trataba de indicar con la vista a Oster un determinado documento que estaba sobre la mesa. Oster, con muy poca habilidad, trató de apoderarse del mismo mientras Roeder miraba unos expedientes. Sonderegger dio la alarma y Oster tuvo que entregar el papel; en el mismo figuraba escrito uno de los muchos planes para la administración de Alemania después de Hitler. Estaba señalado con una «O» escrita con lápiz rojo. Roeder, viendo algunos lápices de colores sobre la mesa de Oster, los confiscó, después de un registro que duró dos horas. Había suficiente documentación de la resistencia en la oficina de Dohnanyi para proceder a su inmediata detención. Fue llevado a la prisión militar de Tegel.

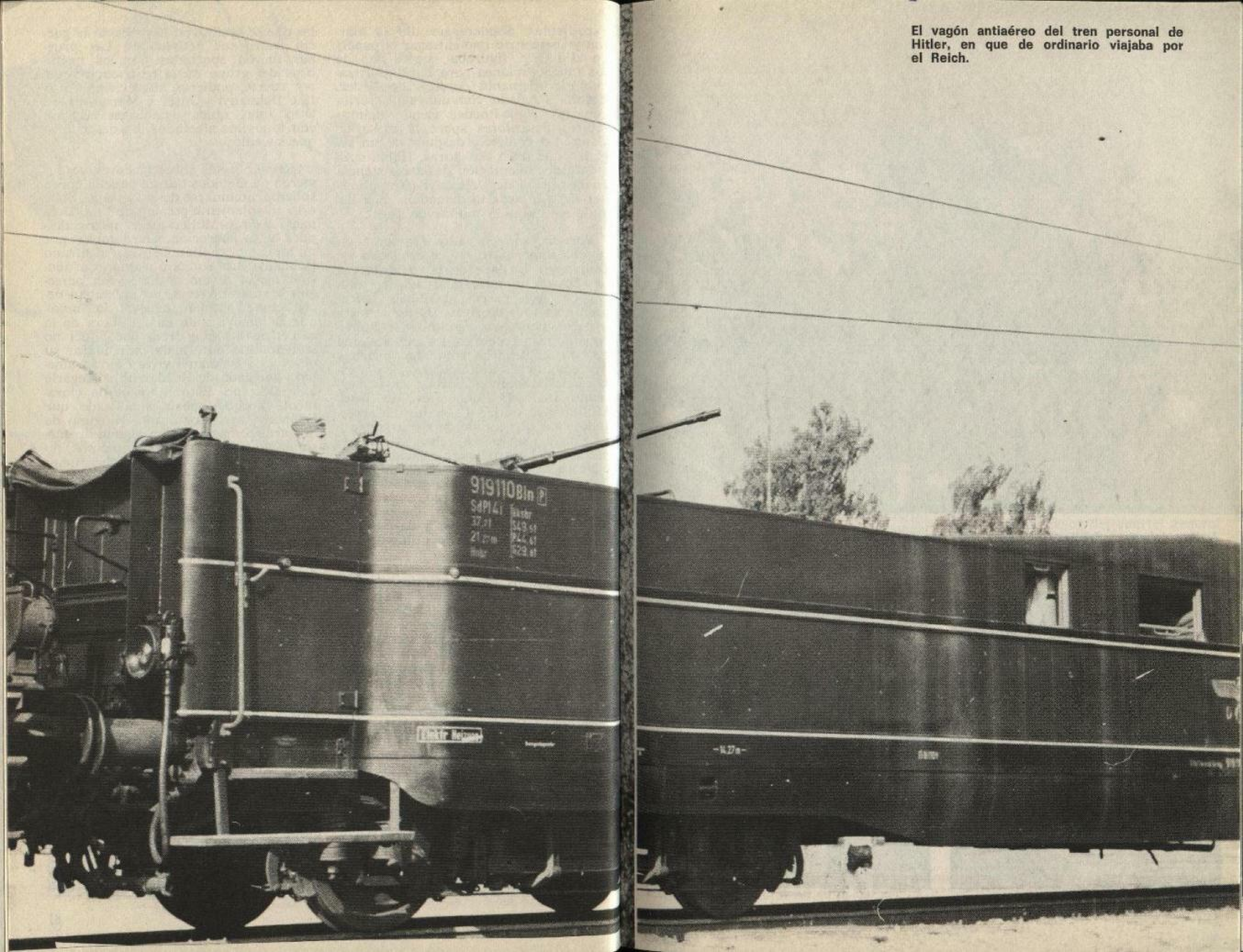
Roeder pasó por alto solamente un objeto importante en el despacho de Dohnanyi: la llave de la caja secreta de Zossen. Estaba guardada en una carpeta que parecía contener únicamente asuntos de rutina. Oster la recobró en cuanto los visitantes se hubieron ido. Sin embargo, los papeles que éstos se llevaron contenían pruebas que condujeron a la detención de la esposa de Dohnanyi, Cristina; de su hermano Dietrich Bonhoeffer, de Josef Müller y su mujer. Oster no fue arrestado, sino suspendido de su cargo y sometido a graves sospechas. Ahora resultaba peligroso tener relaciones con él, y se le prohibió expresamente ir a la Abwehr o ponerse en contacto con sus mandos. Sin embargo, ambas mujeres fueron puestas en libertad después de ser interrogadas y de no obtener resultado alguno de utilidad para el caso.

Los intensos interrogatorios que siguieron constituyeron un caso que Roeder denominaría la "Schwarz Kapelle", o banda negra. Fueron dirigidos por él y por Sonderegger durante el período de abril a agosto de 1943. Otto John, miembro de la conspiración bien informado, prestó después de la guerra la declaración dada más abajo, que pone de manifiesto cómo lo importante para los detenidos era seguir en manos de los militares y evitar a toda costa ser entregados a la Gestapo. Sin embargo, Roeder (quien en realidad pertenecía al cuerpo jurídico de la Luftwaffe, si bien había sido destacado para este caso debido a su experiencia con la "Rote Kapelle") resultó ser un investigador más duro que Sonderegger, de la Gestapo. Gran parte de la información sobre sus métodos fue revelada por las investigaciones oficiales que se realizaron después de la guerra sobre sus actividades. Las pruebas fueron aportadas por los miembros del grupo de la resistencia que, por suerte, pudieron sobrevivir: Christine Dohnanyi y Josef y María Müller. Otto John, quien estaba en relación con todos los afectados, ha descrito lo que sucedió:

"Roeder y sus investigadores se sirvieron de métodos que en aquella época solían denominarse de la Gestapo. Supe esto no solamente por lo que Frau Dohnanyi y Frau Müller me contaron después de su liberación, sino también por mi amigo, el capitán Gehre, y el mismo Dohnanyi. Les sometió a una gran tensión moral al amenazarles con perseguir a sus mujeres si no prestaban declaración. También recuerdo las notas que Dohnanyi pudo enviar fuera de la cárcel en las que decía que aquél no se detendría ante nada para lograr su objetivo... Dohnanyi vivía bajo la amenaza continua de Roeder de entregarle a la Gestapo. Esto lo recuerdo claramente porque habría significado que Dohnanyi sería torturado. Ninguno de nosotros se hacía ilusión alguna de que, sometido a los terribles tormentos, no sería obligado a hacer declaraciones que podrían poner en peligro toda la conspiración contra Hitler.

"Entre los que sufrían al pensar que Dohnanyi pudiese ser entregado a la Gestapo estaban no solamente su esposa, sino el general Oster, el doctor Goerdeler y otros miembros de la conspiración. Recuerdo esto perfectamente porque no se me iba de la mente lo que Dohnanyi me contó poco antes de su arresto, cuando estábamos sin amigos: "Ninguno de nosotros sabe cuánto tiempo podrá resistir la tortura una vez que comience lo peor." Por consiguiente, no es de extrañar que todos los amigos de Dohnanyi hiciesen cuanto estaba a su alcance para sacarle de las garras de Roeder. Lo que Roeder hizo fue no solamente un martirio para sus víctimas sino también para sus amigos."

Todos, desde Canaris al Dr. Karl Sack, jefe del servicio jurídico del ejército, e incluso el coronel Otto Mass, comandante de la prisión de Tegel, hicieron cuanto pudieron por aliviar la presión sobre los detenidos. Se sentían incómodos por la interferencia de la



El vagón antiaéreo del tren personal de Hitler, en que de ordinario viajaba por el Reich.



Arriba: **Johannes Popitz, exministro de finanzas prusiano durante su juicio en 1944.** Abajo izquierda: **Weizsäcker, diplomático y miembro de la resistencia alemana.** Abajo: derecha: **Roland Freisler, presidente del tribunal del pueblo que condenó a los Scholl.**





Gestapo, ya que como policía de seguridad se suponía que su misión eran las investigaciones civiles. Ni aun Himmler estaba muy satisfecho de la actuación de la Gestapo, y dijo a Canaris que no quería que llevase ésta el caso. Pero Roeder tenía las riendas del asunto, y había acumulado pruebas suficientes para mantener la investigación. Lo que preocupaba constantemente a Dohnanyi era el posible descubrimiento del contenido de la caja fuerte de Zossen. Mensajes secretos transmitidos entre Dohnanyi y su mujer, después de la liberación de esta última, urgían a Oster a retirar y destruir los papeles. A pesar de las promesas que llegaron a su celda, aparentemente en nombre de Oster (ya que el general personalmente no podía hacer nada), asegurando que se estaba realizando dicha limpieza, la caja nunca fue vaciada por completo —aunque parece ser que fue efectivamente "purgada". Muchos de los archivos de la resistencia, incluyendo una copia mecanografiada del diario secreto de Canaris, pasaron a poder del coronel Werner Schrader, miembro de confianza de la resistencia empleado en el cuartel general del Alto Mando en Zossen. Schrader escondió los documentos en cajas que trasladó a una granja perteneciente a su cuñado cerca de Brunschwick. Estos papeles fueron destruidos por Frau Schrader después del suicidio de su marido, fracasado el atentado contra la vida de Hitler de julio de 1944, y las pruebas que sobre el tema fueron dadas a Heinrich Fraenkel aparecen en nuestro libro, *The Canaris Conspirancy*. Los documentos que aún quedaban en Zossen, por su parte, habrían de quedar secretos durante algún tiempo.

Esta era la situación, por consiguiente, durante los calurosos meses del verano en Berlín cuando Tresckow, oficialmente de permiso por enfermedad, desarrolló planes más detallados para el asesinato de Hitler y un golpe efectivo. Goerdeler trató de ponerse en contacto con Churchill por cuenta de la resistencia, enviándole un memorándum detallado a través de Suecia sobre las intenciones del Gobierno poshitleriano. Aunque la guerra estaba cambiando cada vez más contra Hitler (los fuertes ataques aéreos que penetraban hasta Berlín, la invasión aliada de Sicilia y la caída de Mussolini en julio de 1943, la invasión aliada de Italia y su rendición en septiembre), fue un período difícil para la resistencia, con Beck enfermo, Canaris y Oster prácticamente inmovilizados, y Dohnanyi detenido. Otro duro golpe fueron los arrestos que siguieron a la penetración por un agente de la Gestapo en otro círculo de disidentes intelectuales y diplomáticos: el grupo de Solf, centrado alrededor de la viuda del Dr. Wilhelm Solf, ex-embajador alemán en Japón, y Elizabeth von Thadden, distinguida directora de escuela. Todos eran amigos de Moltke, y su arresto en el otoño de 1943 llevaría finalmente al del mismo Moltke en enero de 1944.

El mes de octubre de 1943 hubo una renovada actividad por parte de la resistencia. Beck se había recobrado algo, y el círculo interior se agrupó ahora alrededor de él y de Goerdeler, Olbricht, Tresckow y el importante recién llegado, coronel conde Claus von Stauffenberg, de treinta y seis años, dotado de energía y valor extraordinarios. Tenía una larga hoja de servicios antinazis y, al igual que Oster, frecuentemente cometía indiscreciones sobre Hitler en presencia de sus compañeros militares, compartiesen o no sus puntos de vista. Era amigo de Tresckow, a quien había conocido cuando ambos estaban en el estado mayor del cuartel general de Stuelpnagel en París, después de la caída de Francia. Stauffenberg, apuesto y aristocrático, con arraigados ideales cristianos, procedía de una familia que había ya dado varios personajes distinguidos en el pasado. No podía soportar la idea de una Alemania gobernada por Hitler.

Stauffenberg no era desconocido para quienes estaban en las filas de la resistencia. Poseía una experiencia extraordinaria, ya que había servido como militar de estado mayor en los frentes Oriental y Occidental. De la misma forma que Tresckow trató de infuir sobre Kluge, Stauffenberg intentó ganarse al general Fritz Erich von Manstein, comandante de Paulus en el frente Oriental en la época del colapso alemán de Stalingrado. Manstein se había negado a actuar contra Hitler basándose en que era su comandante en jefe. Finalmente, cuando se encontraba en Túnez a primeros de 1943, Stauffenberg fue herido seriamente al ser atacado su coche por aviones en vuelo rasante.



El conde Peter Yorck von Wartenburg, miembro del círculo de resistencia de Kreisau.

Fue sometido a una serie de operaciones críticas que le dejaron con sólo tres dedos en su mano izquierda y la pérdida completa de su brazo y antebrazo derecho. Otras heridas incluían la pérdida del ojo izquierdo. Cualquier otro habría sido dado de baja en el servicio por invalidez. Mientras convalecía había dicho a su esposa que su única ambición era librar a Alemania de Hitler, v arregló las cosas con Olbricht de forma que pudiera quedarse en la reserva del estado mayor. Fue asignado a Olbricht en octubre de 1943, con un despacho en el ministerio de la Guerra, situado en la Bendlerstrasse de Berlín. En realidad, se unió con Tresckow para dar los toques finales a los planes del golne de estado. Kluge mantenía aún bastantes buenas relaciones con la resistencia para visitar a Olbricht y acordar en que el asesinato era la única forma de eliminar a Hitler para poder entablar alguna negociación de paz antes del hundimiento inevitable de Alemania ante los ejércitos de la Unión Soviética.

Los planes del golpe de estado recibieron el nombre clave de Valquiria, y como operación necesaria enmascarados para ahogar en el frente interior una revuelta en masa de los millones de trabajadores forzados por entonces en suelo alemán. Especialmente incluía los necesarios movimientos de tropas a cargo de unidades de la reserva para ocupar las zonas administrativas de Berlín. La reserva, en 1944, era principalmente de hombres cuya edad o condición física les impedía servir en el frente Oriental. No era el mejor elemento humano para enfrentarse a las formidables unidades SS, cuya misión era mantener la seguridad y la disciplina en Alemania. Desde el punto de vista de la resistencia, la situación cambiaba constantemente; algunos jefes militares de Berlín de los que podían desear colaborar estaban, sin embargo, sujetos a ser destinados a otros lugares y reemplazados por otros que pudieran ser menos adictos llegada una situación de emergencia. Pero tales eran los riesgos que debían correr los responsables del golpe.

Con la llegada de Stauffenberg y la partida de Tresckow, quien de mala gana tuvo que regresar al frente Oriental, ya que había agotado su período de "convalecencia", la generación joven puede decirse que asumió el mando. Si bien Stauffenberg aceptaba de buen grado la jefatura de Beck, a quien respetaba y quería, consideraba a Goerdeler como el causante de "una revolución de barbas grises." Incluso Hassell consideraba a Goerdeler como "una especie de reaccionario". De cualquier forma, los hombres de la resistencia sabían que era vigilado por la Gestapo. La reacción de Goerdeler ante Stauffenberg como recién llegado es interesante. Escribió que Stauffenberg "se reveló como un tipo inquieto y obstinado en jugar a la política. Tuve varias discusiones con él, a pesar de estimarle mucho. Quería tomar un rumbo muy dudoso con los socialistas del ala izquierda y con los comunistas, y me hizo pasar malos ratos con su abrumador egoísmo".

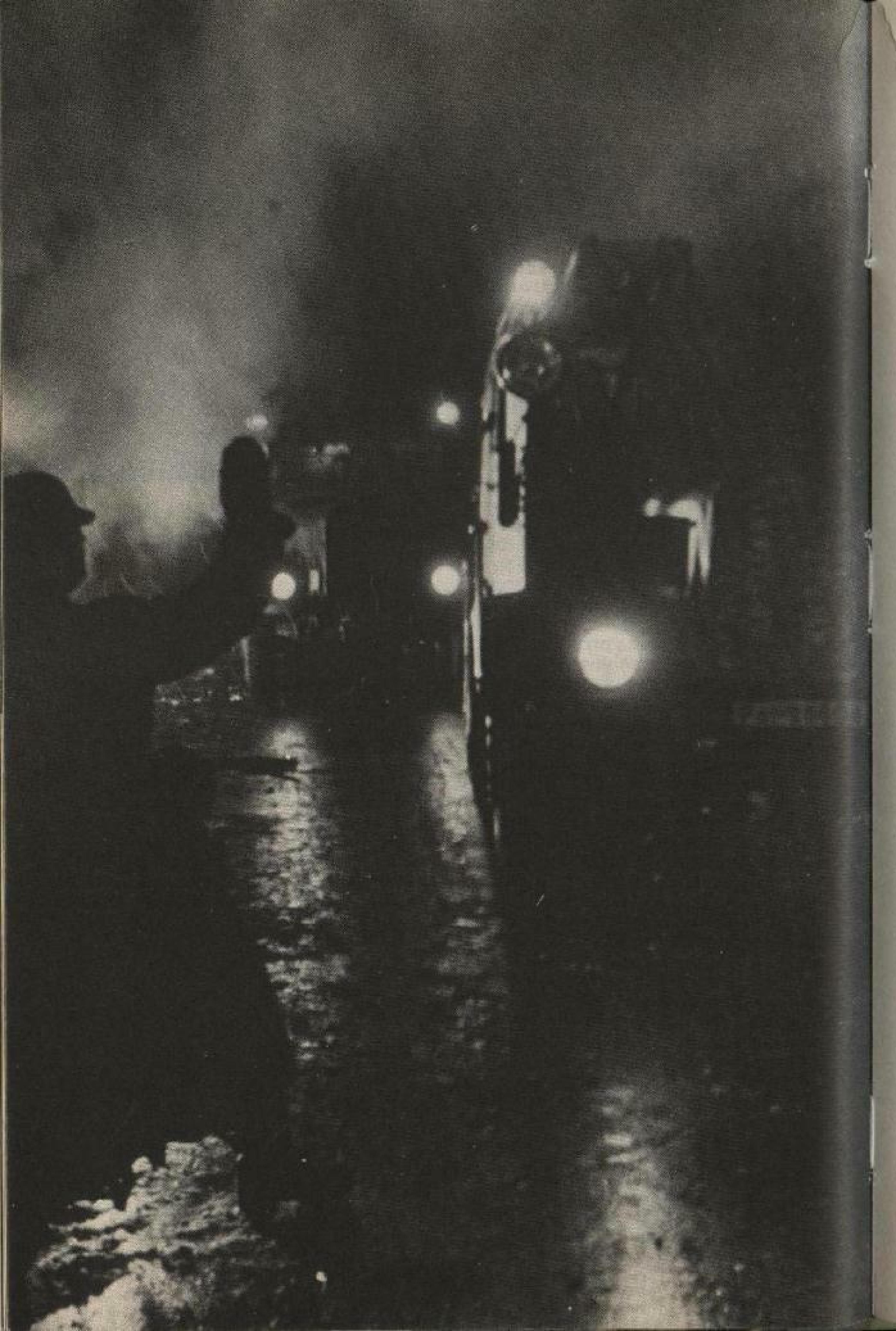
A base de su personalidad y dotes de mando, juntamente con su capacidad para superar las más terribles heridas de guerra, Stauffenberg fue convirtiéndose gradualmente en figura central de la resistencia a medida que ésta pasaba a manos de la joven generación. Estaba apoyado por las facultades ejecutivas de Olbricht, y guiado con afecto por la figura paternal de Beck. Pero indudablemente deseaba encontrar su propio camino. Gisevius habla de él como "un soldado apasionado" que pretendía para sí, "si no el derecho a la jefatura política, al menos la prerrogativa de tomar parte en las decisiones políticas". Representaba "el nuevo dinamismo".

Y dinamismo era lo que le había faltado hasta el momento a la resistencia, en parte debido a la mala suerte cuando el plan de marzo de 1943 fracasó por un fallo de la bomba, pero principalmente (aunque no totalmente) por los demasiados escrúpulos de los jefes. Stauffenberg combinaba el idealismo con su inquebrantable decisión. Si Kluge hubiese accedido al arresto de Hitler, la conjura habría tenido probablemente éxito total. Se necesitaba algo más que valor para destronar a un dictador tan poderoso como Hitler. El valor no faltó nunca. Por ejemplo, en noviembre de 1943 dos jóvenes se ofrecieron voluntarios para misiones suicidas a fin de asesinar a Hitler. Uno era el barón Axel von dem Bussche, escogido para servir de modelo al nuevo capote militar en su presentación a Hitler. Colocó una bomba en el bolsillo del capote, pero cada vez que Hitler debía ver la nueva prenda la sesión se anulaba. Después, cuando Bussche murió en combate, el joven Ewald von Kleist se presentó para reemplazarle, a pesar de sus veinte años. Su misión también fracasó. Entre los que estaban decididos a matar a Hitler de un tiro en su próxima visita al frente Oriental figuraba el mismo Schlabrendorf. Pero el Führer nunca llegó.

El año nuevo trajo un nuevo golpe para la resistencia: la expulsión de Canaris de la Abwehr. Este departamento quedaba absorbido en el servicio de inteligencia de Himmler y Schllenberg, el SD, y Canaris, si bien aún no era sospechoso de otra cosa que de indiscreción e incompetencia, se encontró con que sus movimientos fueron restringidos, al igual que los de Oster. Como consecuencia lo que se perdió para la resistencia no fue solamente la valiosa ayuda y consejo de Canaris, sino también el flujo de importante información que podía proporcionar a través de la Abwehr. Dohnanyi, sin embargo, obtuvo un respiro temporal de la cárcel; su salud empeoraba y sufrió heridas durante un ataque aéreo en el mes de noviembre. Durante casi tres meses fue internado en el hospital de la Charité, donde estaba protegido por el profesor Sauerbruck y podía recibir visitas de sus amigos y familiares. Pero a mediados de febrero de 1944 se vio nuevamente confinado en el hospital militar de Buch; sin embargo evitó los interrogatorios, y su caso quedó postergado. La impaciencia de Stauffenberg se expresaba en su giro hacia la izquierda en demanda de apoyo. Aunque monárquico por educación, pronto se cansó de la falta de respuesta de los aliados occidentales que Trott trataba de conseguir por intermedio de Allen Dulles en Suiza, y Goerdeler a través de sus contactos en Suecia. Ya que los ingleses y americanos volvían sus espaldas a la resistencia, ¿por qué no probar con los rusos? Le unían relaciones de estrecha amistad con hombre de la izquierda moderada y socialista, como Julius Leber y Wilhelm Leuschner, y de hecho animó a Leber a ponerse en contacto con las organizaciones comunistas en la clandestinidad. Pensaba que en lo posible debía realizarse una operación espectacular contra Hitler antes de la inminente invasión del Norte de Europa por los aliados occidentales. Se evitarían muchos daños y la pérdida de



Kaltenbrunner, sucesor de Heydrich como jefe de la seguridad del Reich.



miles de vidas humanas si los alemanes aseguraban por sí mismos la caída de Hitler antes de que los desembarcos aliados hiciesen demasiado precarias las posibilidades de negociación de Alemania. Unos arreglos para una paz negociada con Stalin podrían atascar los cañones que amenazaban desde el Oeste.

Entre tanto, los planes para el intento de asesinato de Hitler debían continuar su marcha. El problema, como siempre, era el de lograr acceso hasta él. Otro voluntario del frente Oriental fue el coronel von Breintebach, que se ofreció a disparar contra el Führer en una reunión de estado mayor, pero se encontró imposibilitado para acercarse lo suficiente a él para poder apuntar correctamente después de extraer con rapidez el arma. Hitler estaba rodeado en esta ocasión por una pantalla protectora de hombres de la SS. Otro jefe, el mayor general Stieff, el receptor de las botellas de Cointreau de Tresckow y Schlabrendorff, guardaba una pequeña provisión de bombas de fabricación inglesa en Rastenburg para uso de la resistencia, y tuvo la mala fortuna de que se activaron solas y explotaron bajo una torre de madera donde las había ocultado. Fue una gran suerte que Schrader, quien como se recordará era otro leal de la resistencia, fuera el encargado de investigar la misteriosa explosión, y se las compuso para disimular el asunto hasta que fue olvidado. Hubo necesidad de conseguir una nueva provisión de explosivos, que estuvieran a tiempo para el atentado del mes de julio de 1944.

Por fin llegó un golpe de suerte: en junio, Stauffenberg fue ascendido a jefe de estado mayor del general Fromm, comandante en jefe del ejército de la reserva. Esto significaba tener que representarle de vez en cuando en las conferencias con Hitler, con lo que lograba el anhelado acceso en el momento en que el Führer estaba menos protegido. Estuvo por vez primera en su presencia el 7 de junio de 1944, el día después de los desembarcos aliados en Normandía. Le contempló cara a cara y no sintió en absoluto el miedo que sentían tantos hombres de alta posición, incluso Goering y Himmler, así como los generales del Alto Mando, y que les hacía temblar al entrar en su presencia por temor de que tuviesen que soportar uno de sus ataques de furia. Cuando Stauffenberg regresó a Berlín supo que debía ser el hombre portador de la bomba contra el Führer.

Lucha contra los incendios en Berlín, bajo los ataques aéreos en 1943.

Con sus graves mutilaciones, la SS no tenía el valor de registrarle en busca de armas ocultas. ¿Qué podría hacer un hombre con un solo ojo y tres dedos para herir al Führer? Stauffenberg fue animado por un mensaje de aliento de Tresckow, quien meditaba en su aislamiento del frente Oriental:

"El asesinato debe ser intentado a toda costa. Aun cuando falle, hay que intentar hacerse con el poder en la capital. Tenemos que probar al mundo y a las futuras generaciones que los hombres del movimiento de resistencia alemán se atrevieron a dar el paso decisivo y a arriesgar en él sus vidas. Comparado con esto, ninguna otra cosa importa."

Beck y Olbricht asintieron. La necesidad de acción se hizo cada vez más urgente cuando Leber fue arrestado después de una reunión con los representantes comunistas de la que se enteró la Gestapo. Los detalles de cómo manejar las noticias de la muerte de Hitler se discutieron asimismo con el general Erich Fellgiebel, jefe de transmisiones del Ejército, y por tanto hombre clave en esta fase de la conjura, ya que podía controlar todos los equipos a través de los cuales llegaban las noticias del cuartel general de Hitler.

El 3 de julio, Stauffenberg se reunió con Stieff en Berchtesgaden, donde Hitler estaba, y se hizo cargo de dos bombas. Su asistencia a una próxima conferencia proyectada para el 11 de julio, también en Berchtesgaden, y en Berlín se acordó que este sería el día elegido para el atentado. Mientras que él sería responsable de colocar la bomba, con una espoleta de tiempo, bajo la mesa de conferencias de Hitler. Olbricht pondría en marcha la operación Valquiria en Berlín, una vez recibida la señal por teléfono de Stauffenberg informando que todo había ido bien. Pero el día señalado, Stauffenberg indicó



Julius Leber, el socialista alemán acusado en el juicio de la conjura de las bombas en 1944.

que se abandonaba el intento porque no estaban presentes ni Goering ni Himmler. Los conspiradores confiaban en matar a los más significativos líderes nazis en grupo; Himmler, en particular, era peligroso a causa de su control de la Gestapo y de la SS. El 14 de julio Hitler, sin previo aviso, se trasladó con su séquito al Norte, a Rastenburg, donde estaba situado su cuartel general, conocido como "la guarida del lobo", oculto en el fondo de los bosques de la Prusia Oriental.

Hitler convocó otra conferencia para el 15 de julio, al día siguiente de su traslado a Rastenburg, y a Stauffenberg se le ordenó nuevamente asistir. Los conspiradores decidieron que Olbricht no pondría las fuerzas del Ejército de reserva en Berlín en estado de alerta Valquiria el 11 de julio, porque no estaban seguros del éxito en la conferencia del Berghof. Confiaban más en las condiciones de Rastenburg, ya que normalmente Hitler celebraba sus reuniones en un bunker a prueba de bombas —es decir, a prueba de bombas exteriores. Se decidió en este caso que Olbricht se arriesgaría a poner a sus tropas en estado de alerta a las 11,00 horas, una antes de la conferencia, sin conocimiento ni autoridad de Fromm, quien, en cualquier caso, volaría también a Rastenburg. Fellgiebel, en Rastenburg, enviaría la señal a Berlín si el atentado tenía éxito. Beck, quien desde su operación sufría de agotamiento nervioso, permaneció aislado en su casita de Lichterfeld, suburbio de Berlín, y Goerdeler fue a acompañarle hasta que les comunicasen la noticia de la muerte de Hitler, para reunirse con Olbricht y sus asociados en el ministerio de la Guerra en la Bendlerstrasse. Gisevius, que había estado trabajando como agente de la resistencia con el cuerpo consular alemán en Suiza, regresó a Alemania para reunirse con los conspiradores.

Llegó la una y después las dos y seguía sin noticias de Rastenburg. Stauffenberg, se supo más tarde, nuevamente no sabía qué hacer, ya que Himmler y Goering estaban ausentes. Abandonó la conferencia para llamar a Olbricht, y acordaron con medias palabras que se intentaría el plan solamente contra Hitler. Sin embargo, cuando volvió se encontró la conferencia a punto de ser disuelta. Olbricht tuvo grandes dificultades para explicar, bajo pretexto de un ejercicio, la alerta Valquiria, de la que tomó responsabilidad personal. Fue reprendido por Fromm.

El 16 de julio Beck, Stauffenberg y Olbricht se reunieron de nuevo. Se discutieron las dificultades a la luz del fracaso del día anterior. La operación Valquiria no podía ser ordenada nuevamente a no ser que Hitler muriese efectivamente, y esto habría de inhibir a los conspiradores más tarde, el crucial 20 de julio. Pese a todo se decidió que Hitler debía morir en la primera oportunidad, en caso necesario aisladamente de los jerarcas nazis, pero que Valquiria sería acometida sólo una vez recibida la señal de Fellgiebel anunciando el éxito del atentado.

El tiempo estaba cada vez más en contra de los conspiradores. Kluge había sido transferido repentinamente al frente Occidental, dejando a Tresckow detrás de sí; el 17 de julio Rommel, el general más popular tanto con Hitler

Claus von Stauffenberg, fotografía tomada en las vacaciones de 1935.



Arriba: **La familia von Stauffenberg: El conde y sus hijos,** de izquierda a derecha: **Bertold, Claus y Alexander.** Derecha: **General von Manstein.**

como con el público alemán, pero a favor de disminuir el poder de Hitler, se convirtió en otra pérdida para la resistencia al sufrir una fractura de cráneo por fuego de ametralladora. Sin embargo, Stuelpnagel, gobernador militar de Francia, seguía adicto a la resistencia, y estaba totalmente dispuesto a coordinar sus acciones en París con las de los conspiradores en Berlín. Kluge, como siempre, permanecía indeciso.

El 18 de julio Stauffenberg tuvo que prevenir a Goerdeler que se ocultase, ya que se rumoreaba que su detención sería inmediata. La amenaza era demasiado grande para el mismo Beck, y para todos cuantos eran vigilados por la Gestapo. La tensión había alcanzado su punto álgido cuando Stauffenberg finalmente recibió su aviso de asistir a una conferencia con el Führer en Rastenburg.

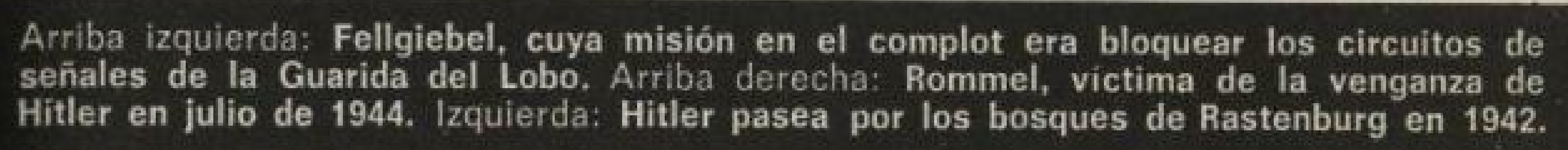
La fecha de esta conferencia era el 20 de julio.

Stauffenberg estaba en su despacho como de ordinario el día antes, 19 de julio. La secretaria que compartía con Olbricht, Delia Ziegler, una de las pocas mujeres que conocían los detalles de la conspiración, sabía perfectamente los peligros de su misión. Poco antes de abandonar la oficina, Stauffenberg bromeaba con ella mientras introducía otro expediente en su cartera, ya abultada por la bomba, que iba envuelta en una vieja camisa. Stauffenberg pasó el día ocupado con la rutina de preparar su informe para Hitler, quien estaba profundamente preocupado por la penetración de los ejércitos rusos hasta la misma frontera de la Polonia de 1939. Stauffenberg debió pensar en esos momentos en todos aquellos del círculo de iniciados de la resistencia que ahora dependían de él: de Dohnanyi, Müller y Bonhoeffer en prisión, Beck en su estado de agotamiento pero deseoso de ocupar su puesto a la cabeza del nuevo gobierno, Canaris, Goerdeler y Oster, viviendo día tras día en la sombra de la sospecha, y las docenas de millares que morían todos los días en los frentes de guerra y en el genocidio de los campos de trabajo. Debió pensar en su mujer, la condesa Nina, quien vivía fuera de Berlín, en su casa de campo de Lautlingen al Sur de Alemania. Estaba embarazada de tres meses.

De camino a su alojamiento, detuvo su coche oficial a la puerta de una iglesia católica en Dahlem. Entró en la capilla y rezó por el éxito de la empresa, de la que dependían la restauración de la paz y la justicia en Europa.







Arriba izquierda: **Fellgiebel, cuya misión en el complot era bloquear los circuitos de señales de la Guarida del Lobo.** Arriba derecha: **Rommel, víctima de la venganza de Hítler en julio de 1944.** Izquierda: **Hítler pasea por los bosques de Rastenburg en 1942.**



El 20 de julio de 1944

Hitler atraviesa el cuerpo de guardia en el anillo exterior de las defensas de Rastenburg.

Stauffenberg se despertó temprano en el dormitorio que le fue asignado en la casa perteneciente a un familiar, en Wannsee. Ya hacía calor. Se afeitó y vistió, usando sus tres dedos con sorprendente destreza. Desde su restablecimiento había insistido en ser tan independiente de ayuda ajena como fuese posible. El coche oficial que debía trasladarle a él y a su joven ayudante, el teniente Werner von Haeften, al aeropuerto de Rangsdorf, debía llegar a las seis. Haeften estaba tan deseoso de tener éxito en la empresa como el mismo Stauffenberg. Llevaría una segunda cartera con otra bomba a fin de llevar adelante la operación en caso de que fallase la primera.

El automóvil llegó puntualmente, y Haeften cuidó de acomodar a Stauffenberg y la cartera. Fueron hasta el aeropuerto, donde Stieff, el militar del séquito de Hitler a cuyo cargo en nombre de la resistencia estuvo el cuidado de la pequeña provisión de bombas, esperaba para unirse a ellos en el vuelo hacia el Norte. Antes de que Stauffenberg se presentase voluntario, Stieff era el candidato para la misión. La condesa Nina Stauffenberg aún lo creía así, y su marido no juzgó conveniente desilusionarla. Pero Stieff parece ser que perdió parte de su sangre fría durante el largo período de espera y tensión. Stauffenberg se enfrentaba a su misión con aire de sosiego, incluso de alegría. No temía a Hitler.

El vuelo a Rastenburg llevó casi tres horas en un avión lento de transporte, un Heinkel, asignado a Stieff y Stauffenberg por el general Wagner de Zossen, quie también estaba al corriente de los hechos. Aterrizaron hacia las diez, y dieron instrucciones al piloto de tener el aparato dispuesto para salir inmediatamente después de mediodía. El resto del viaje consistía en un corto trayecto en automóvil de unos catorce kilómetros por una carretera rural hasta los bosques que ocultaban la Guarida del Lobo.

Para entrar en la sección central era preciso pasar por tres puestos de control consecutivos bajo mando de la SS. Los aposentos de Hitler, sombríos bajo la muralla protectora de los altos árboles del entorno, estaban rodeados de campos de minas y alambradas, algunas de ellas electrificadas. Aquí era donde Hitler, estudiando los mapas de gran escala, planeaba los movimientos de sus ejércitos con una estrategia basada sobre la información que sus consejeros militares le daban más o menos desfigurada.

Los hombres de la SS en los puestos de control pidieron ver los pases especiales de Stauffenberg y Haeften. Esto era normal en el cuartel general. Para que ambos pudiesen entrar no había problema alguno, ya que disponían de los documentos necesarios. Pero salir después de la explosión sería, como ellos bien sabían, una verdadera prueba de velocidad y sangre fría. Una vez eliminado Hitler, Stauffenberg sería requerido urgentemente en Berlín para aportar su energía y experiencia al logro del golpe de estado.

La conferencia de Hitler, en realidad, había sido convocada para la una en punto, de manera que aún había tiempo. Sin embargo, Stauffenberg tenía que hablar con Fellgiebel, aunque quedaba entendido que la contribución de este último se limitaría a transmitir a Olbricht el mensaje de que la misión estaba cumplida y después, como jefe de transmisiones, interrumpir todas las comunicaciones entre Rastenburg y el mundo exterior. Con Hitler muerto y su cuartel general aislado de todo contacto independiente, el golpe tendría lugar rápidamente en Berlín. Las tropas se desplegarían para dominar inmediatamente el sector administrativo de la ciudad, y Beck, asumiendo temporalmente el mando por encargo del nuevo gobierno, anunciaría la nueva de la muerte de Hitler por la radio al público alemán y a las demás naciones.

Solamente Stieff y Fellgiebel sabían algo de lo que se planeaba hacer este día en Rastenburg. Stauffenberg se reunió con Fellgiebel después de desayunar con Haeften. Luego acudió a hacer una visita de cumplido al mariscal de campo Keitel, jefe de Estado Mayor de Hitler. Le encontró deseoso de verle. Hitler había decidido celebrar la conferencia media hora antes, a las 12.30, ya que Mussolini, el depuesto dictador italiano que ahora era poco más que un dependiente suyo, era esperado para visitar Rastenburg a las 14.30 horas. Los informes debían ser breves. Stauffenberg se inquietó por un momento. ¿Hasta qué punto esta contraorden



Hofacker, importante conspirador, en el cuartel general alemán en Francia 1944.

afectaría al transcurso de la conferencia? ¿Sería preciso abandonar nuevamente el intento? Decidió que el cambio de horario no tendría necesariamente consecuencias; el asesinato tendría lugar media hora antes, eso era todo.

En Berlín, Olbricht estaba sentado a su mesa de despacho tratando de matar la mañana con asuntos de trámite. Esperaba la señal de Fellgiebel no más tarde de las 13.30. Después llamarían inmediatamente a Beck al ministerio y pondría en marcha la operación Valquiria. Esto produciría, en cuanto las tropas estuviesen en sus puestos, la ocupación de los ministerios, las estaciones de radio y otros centros, así como la inmovilización de la SS. El ministerio de la Guerra disponía de comunicación telegráfica con todos los comandantes de los frentes, y se podrían enviar nuevas señales en cuanto Beck estuviese dispuesto a autorizarlas. Un factor que favorecía a los conspiradores era que Rastenburg solamente podía ponerse en contacto con el resto del ejército a través del dispositivo de comunicaciones del ministerio. Entre tanto, el general Hoepner (a quien Hitler había relevado del mando por incompetencia) debía llegar esa misma mañana para ayudar a Olbricht, mientras el general Wagner, en el cuartel general de Zossen, estaba a la expectativa para entrar en acción. El general conde Wolf von Helldorf, presidente de la policía de Berlín, un antiguo partidario de Hitler que se había vuelto contra él, mantenía una fuerza de sus hombres en reserva.

El éxito del plan Valquiria dependía en gran medida de la sorpresa: el impacto de la muerte de Hitler debía llevar a todos los comandantes del ejército y sus fuerzas en ayuda de los conspiradores, a fin de poder mantener el orden. De hecho sería un golpe de estado militar que establecería un gobierno de transición en el que se incluiría a civiles prestigiosos. A Stauffenberg se le esperaba de regreso a última hora de la tarde, y un pequeño número de jóvenes militares que gozaban de la confianza de los conspiradores estaban listos para entrar en acción cuando les fuese requerido. Algunas secretarias, bajo la dirección de la secretaria principal de Olbricht y Stauffenberg, Delia Ziegler, fueron llamadas para ayudar con la labor administrativa. Como ya hemos visto, las mujeres en general habían sido excluidas de conocer los detalles del plan debido a sus grandes peligros, pero unas pocas en el ministerio de la Guerra fueron iniciadas en los secretos de la conjura, al igual que algunas de las esposas de los hombres implicados en ella.

En París, el único general con mando directamente involucrado era Sutelpnagel. También estaba rodeado por un grupo de jóvenes militares deseosos de ayudar en el golpe de estado, especialmente Cäser von Hofacker, primo de Stauffenberg. El cuartel general de Stuelpnagel estaba en el hotel Majestic de la avenida Kléber; este era el centro en París equivalente al ministerio de la Guerra en Berlín, que generalmente era denominado por el nombre de la calle en que estaba situado, la Bendlerstrasse. Pero mientras que el general Fromm, comandante de Olbricht y Stauffenberg, estaba en el mismo edificio, y probablemente no les prestaría ayuda a no ser que el éxito del golpe fuese evidente, Stuelpnagel sabía que su jefe, Kluge, probablemente se mostraría deseoso de ayudar una vez que los demás hubiesen completado el trabajo sucio. Pero el puesto de



Arriba: **Stieff sonriendo**, centro, **custodio de las bombas de los conjurados.** Abajo: **Hitler, Brauchitsch y Raeder en la mesa de mapas de Rastenburg.**



mando de Kluge estaba situado en La Roche-Guyon, a alguna distancia de París. Stuelpnagel estaba al cargo de los planes relativos al golpe. Pero por el momento lo único que podía hacer era esperar por la ansiada señal de Berlín ordenándole seguir adelante con la operación cuidadosamente planeada contra los principales mandos de la SS y de la Gestapo.

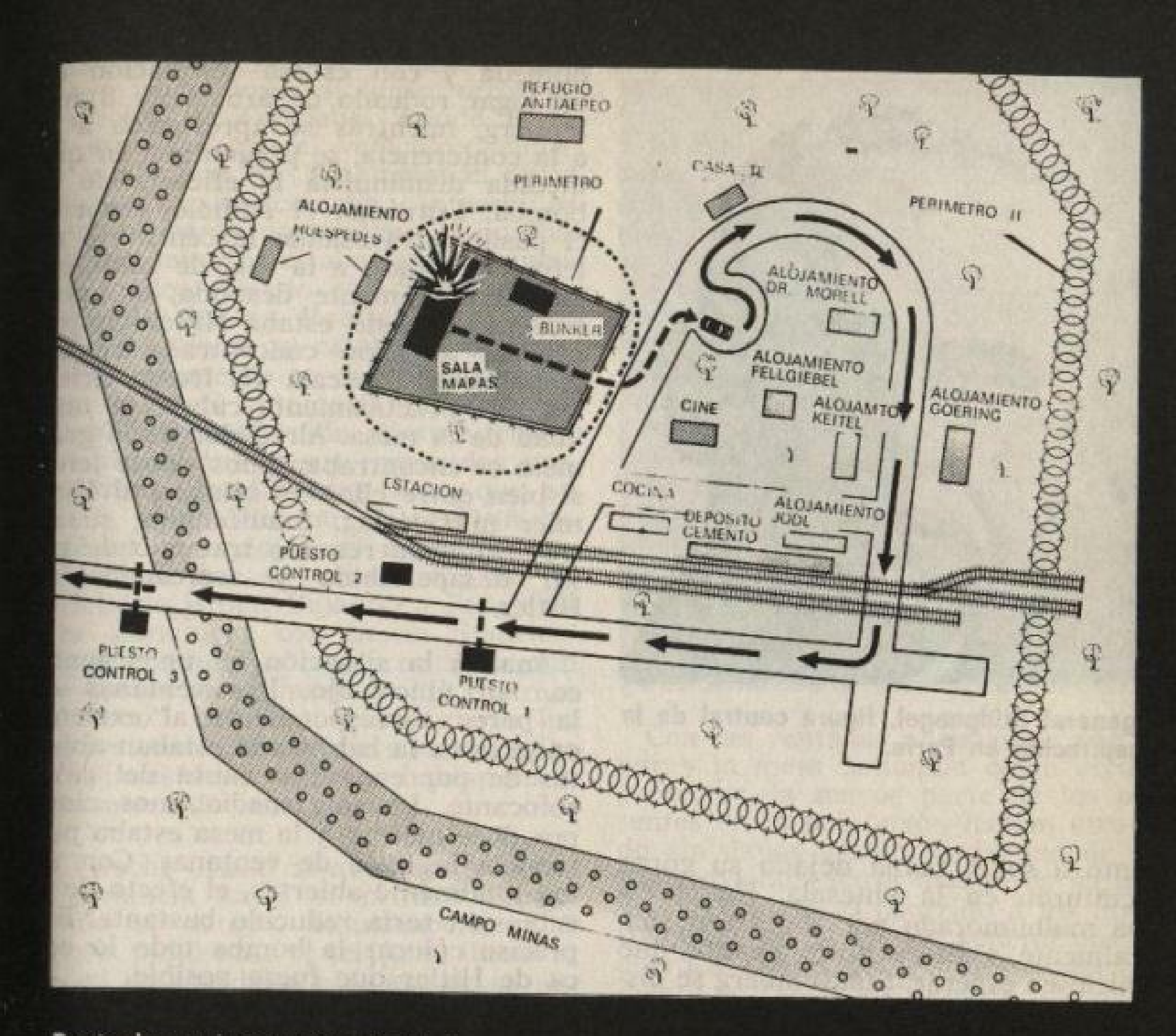
Gisevius acudió a la oficina de Helldorf esa mañana. Al igual que los demás, le costaba trabajo matar el tiempo. El día era realmente opresivo, tanto en Rastenburg como en Berlín. Se presentía la tormenta en el aire. Sin embargo, les distrajo la llegada de un joven oficial bastante nervioso procedente del ministerio de la Guerra, con un mapa de los edificios que debían ser ocupados. Helldorf lo estudió, y a continuación preguntó con sorna por qué los militares que lo habían preparado emplearon un mapa anticuado que no tenía en cuenta los efectos de los recientes bombardeos. Algunas de las zonas marcadas para ocupación habían sido destruidas. Helldorf estaba irritado porque el ejército parecía pensar que, dándole este mapa, estaría dispuesto a actuar por propia iniciativa. Insistió en que los conspiradores del ejército eran quienes habían concebido todo el proyecto, y que por tanto debían actuar los primeros. Una vez que hubiesen rodeado las zonas administrativas, acudiría con sus hombres en su ayuda, pero no antes.

De forma que mientras Stauffenberg, Stieff y Fellgiebel, junto con Haeften, esperaban la conferencia de las 12.30 en Rastenburg, Olbricht aguardaba en el ministerio, Beck en su casa en los suburbios de Berlín, y Stuelpnagel en el Majestic de París. Aproximadamente a las 12.30 (media hora antes del momento en que quienes no estaban en Rastenburg pensaban que comenzaría la conferencia), el general Hoepner llegó al ministerio de la Guerra. Iba vestido con ropas civiles, pero llevaba una pequeña maleta en la que guardaba su uniforme. Habría de actuar como comandante del ejército de reserva en caso de que Fromm se mostrase hostil a la empresa. Anunció que tenía una cita con Olbricht; una vez comprobada su identidad en recepción se le condujo a la oficina de éste. Deseando evitar sospechas por no acudir como siempre a la comida, Olbricht invitó a Hoepner al club de oficiales, donde almorzaron rápidamente, esperando en todo momento ser llamados por teléfono por Fräulein Ziegler, la secretaria de Olbricht, en cuanto llegase la señal de Rastenburg. Brindaron por el éxito del golpe, y por el asesinato que pensaban tendría lugar pronto.

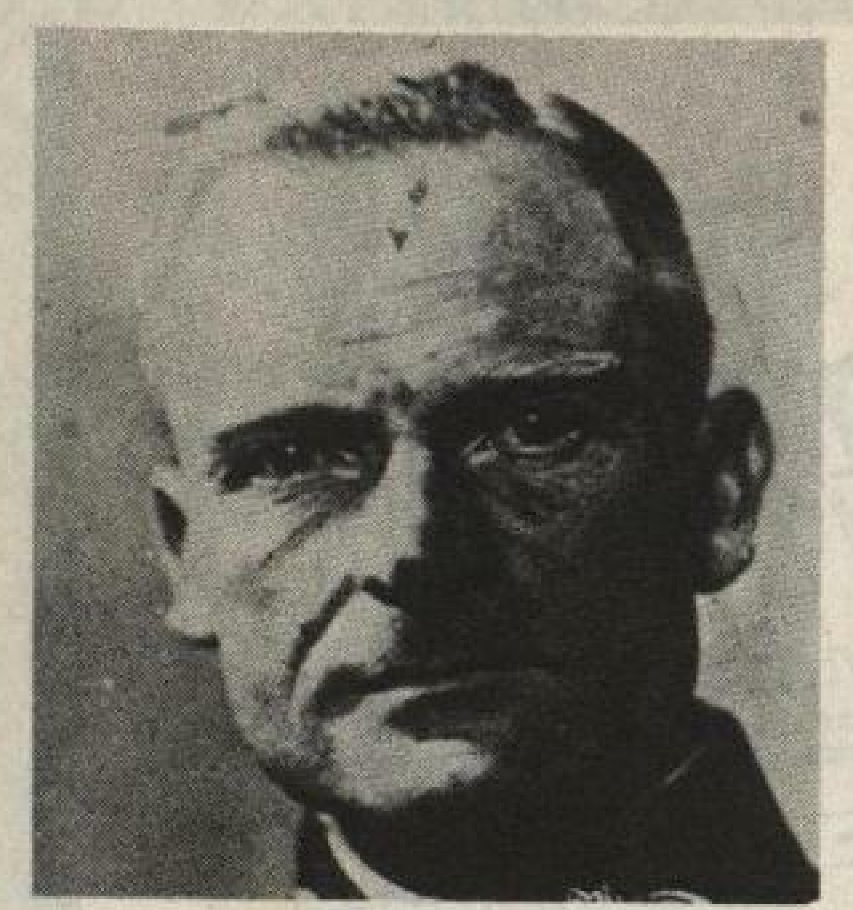
Pero no fueron interrumpidos en su comida. Al terminar se apresuraron a regresar a su oficina. Sus ojos estaban clavados en el reloj, y sus oídos pendientes del teléfono. Pero no hubo llamada alguna. Quizás se les ocurrió pensar en lo frágil que resultaba el eslabón del que dependían por completo. Pero nada podían hacer hasta que sonase el teléfono. Un teléfono silencioso sobre la mesa es algo poco comunicativo. Hace falta que dos personas, por lo demás enteramente independientes entre sí, se pongan de acuerdo para hacer que el teléfono actúe.

Esa misma mañana, en París, otro teléfono había funcionado misteriosamente. El coronel Finckh, un miembro del estado mayor de Kluge, situado en la Rue de Surène, recibió una llamada cuyo origen no se ha podido nunca averiguar; cuando levantó el auricular, una voz anónima anunció que hablaba desde Zossen, vaciló por un momento y a continuación pronunció una sola palabra: "Maniobra". Finckh oyó el ruido del instrumento al ser colgado sin más explicaciones. Estaba involucrado sólo parcialmente en los planes de Stuelpnagel y podía comprender lo que la palabra acaso significaba. El 15 de julio la misma palabra había sonado a través del teléfono. Sintiéndose inquieto, sin embargo, sobre la falta de toda identificación en esta ocasión, informó de este incidente a Hofacker quien, como ya hemos visto, era uno de los más estrechamente asociados a Stuelpnagel en la comunicación. Ciertamente no esperaban una orden de esta clase tan pronto, ni comunicada de forma tan enigmática. Sólo era posible suponer que significaba que debían estar alerta. La inquietud de Finckh era aún más fuerte de lo normal, puesto que estaba ligeramente distante de la conspiración, al no aprobar el asesinato de Hitler.

Se acercaban las 12,30. Stauffenberg, a fin de ganar tiempo y tener un mo-



Rastenburg: La Guarida del Lobo



El general Stülpnagel, figura central de la conspiración en París.

mento a solas, había dejado su gorra y cinturón en la antesala. Keitel estaba malhumorado por el retraso; naturalmente, a Hitler no le gustaba que le hiciesen esperar. Stauffenberg se disculpó, se colocó el cinturón, abrió la cartera y activó la bomba, tal como había aprendido a hacer, manejando con sus tres dedos un par de pinzas. La bomba tenía ahora un detonador de diez minutos, el menor tiempo posible. Stauffenberg tenía ante sí un paseo de tres minutos a través del recinto y otros siete para entrar en presencia de Hitler, depositar la cartera todo lo cerca de él que fuera posible, excusarse apresuradamente con una llamada de Berlín y escapar. Haeften estaba esperando cerca con el coche oficial y el chófer, y con la bomba de reserva dispuesta para ser empleada si la primera fallaba.

La conferencia tenía lugar en una gran construcción de madera reforzada ligeramente con hormigón y conocida como sala de operaciones o de mapas, y otras veces simplemente como sala de conferencias. Esto era una circunstancia desafortunada. Si se hubiese dado la alerta, la reunión se habría tenido que trasladar a uno de los bunkers de cemento que normalmente se usaban para este objeto. La sala era húmeda y con escasa ventilación en un lugar rodeado de árboles, y Stauffenberg, mientras se apresuraba a ir a la conferencia, se preguntaba en qué medida disminuiría la eficacia de la bomba. Entró en el edificio, recorrió el pasillo atravesando la centralita telefónica, y paso a la sala de conferencias, relativamente desnuda, en cuyo extremo opuesto estaba Hitler en pie, con su atención concentrada en un mapa de gran escala del frente Oriental, que prácticamente cubría la totalidad de la mesa. Alrededor de la gran mesa se encontraban unos veinte jefes, si bien entre ellos no estaban ni Himmler ni Goering. Stauffenberg se introdujo en la reunión tratando de pasar desapercibido y acercándose a Hitler.

Analizó la situación en un segundo con su único ojo. Las ventanas de la pared correspondiente al extremo opuesto de la habitación estaban abiertas de par en par a causa del calor sofocante. La sala media unos cinco por doce metros, y la mesa estaba próxima a la línea de ventanas. Con éstas totalmente abiertas, el efecto de la explosión sería reducido bastante. Era preciso colocar la bomba todo lo cerca de Hitler que fuese posible.

Todo el mundo escuchaba atentamente un informe pesimista de la situación en el frente Oriental, que leía el general Heissinger, jefe de operaciones. Se necesitaban más reservas. Para Stauffenberg era éste un momento muy peligroso, ya que podría ser requerido para informar sobre las reservas disponibles mientras el ácido consumía los restos del filamento de la espoleta de tiempo. Pero Hitler, afortunadamente, deseaba acabar de oír antes los informes de posición. Stauffenberg puso su abultada cartera en el suelo, casi a los pies de Hitlor, apoyada contra uno de los pesados soportes de madera que aguantaban la mesa en que aquél, a su vez, se apoyaba. Murmurando unas excusas sobre su llamada de Berlín, pasó por alto cualquier intento que pudiera hacer Keitel o algún otro de retenerle en la reunión y salió, pasando a toda velocidad ante la centralita telefónica, a lo largo del pasillo, hasta el aire húmedo del exterior. Cruzó sin ser interrumpido el puesto de control interior y atravesó rápidamente el recinto —en total una distancia de algunos centenares de metros—, hasta llegar al lugar, cerca de la oficina de Fellgiebel, donde Haeften esperaba con el vehículo. Fellgiebel estaba con él. Contemplaban cómo Stauffenberg se acercaba, contando los segundos para que estallase la bomba. Los diez minutos estaban prácticamente agotados. Viendo que Stauffenberg casi había llegado, Haeften entró en el coche. El motor ya estaba en marcha.

En el momento en que Stauffenberg llegó hasta el automóvil, la explosión retumbó con un ruido enorme, ensordecedor. Juzgando sus tremendas proporciones, Stauffenberg supo que su misión había sido un éxito. Eran las 12,42 en sus relojes, el momento histórico (tal era su convicción), de la muerte de Hitler. Dejando a Fellgiebel para comunicar con Berlín Stauffenberg y Haeften no tenían un momento que perder en su huida de "la Guarida del Lobo". Quedaban por superar los dos restantes puestos de control, y los guardianes de los mismos habían naturalmente oído la explosión.

El coche oficial atravesó velozmente la distancia hasta el primer puesto, donde se detuvo. Stauffenberg saltó afuera, pidió usar el teléfono, llamó al oficial de guardia e hizo uso de su autoridad para obtener el paso franco —sin que el centinela hablase con el oficial. Su hora de salida fue anotada como las 12.44. En el último control trató de emplear el mismo procedimiento. Pero no tuvo la misma suerte; el sargento de la SS al mando se negó a aceptar la versión de Stauffenberg de lo que había dicho el oficial de guardia. Ya se habían dado órdenes de que nadie saliera sin autorización excepcional. Stauffenberg recurrió nuevamente al teléfono, y tuvo la suerte de que el oficial de guardia dio al sargento instruccioens de dejarle pasar. Después de todo era un oficial superior del cuartel general de Berlín, y con sus heridas casi un héroe nacional. Estaba por encima de toda sospecha.

Por fin, Haeften y él estaban a salvo. El coche, rodando a toda velocidad, recorrió rápidamente la distancia al aeródromo. Haeften abrió su cartera, extrajo la segunda bomba, la desmontó en piezas y las fue arrojando una a una entre los árboles y matojos al lado de la carretera. ¿A quién le podía importar ahora que Hitler estaba muerto?

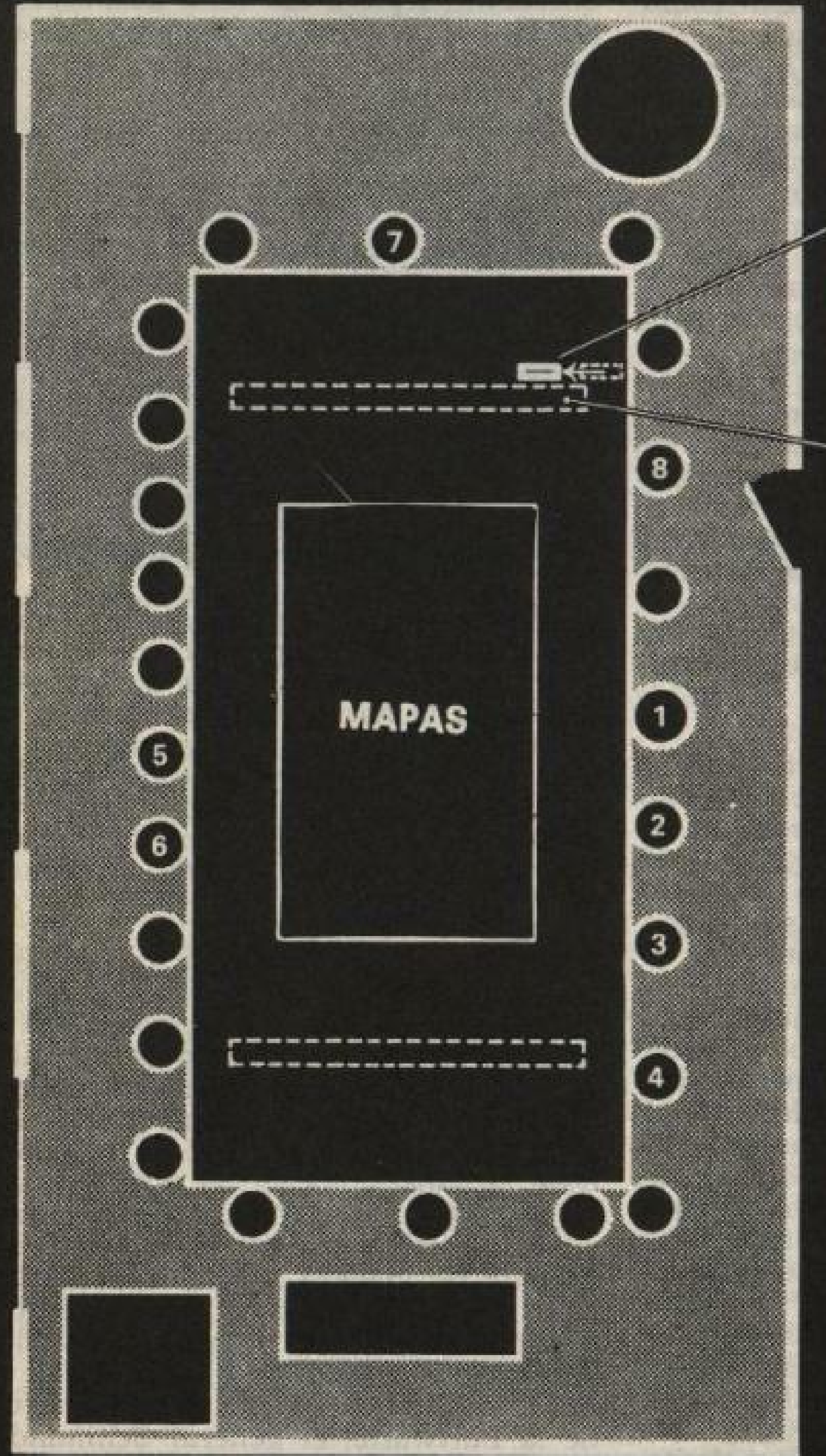
El avión les esperaba. Subieron apresuradamente, y a las 13,15 despegaban con dirección a Berlín. ¡El golpe de estado estaba en marcha!

En cuanto el coche de Staufenberg hubo desaparecido, Fellgiebel corrió hacia el edificio de donde llegó la explosión. Todo el mundo pensaba que había caído una bomba de algún avión ruso que, volando en solitario, se había introducido sin preaviso en vuelo rasante, lanzándola con precisión milimétrica. Esta era también la creencia de Hitler al salir dando traspiés del edificio en ruinas, apoyándose en Keitel. Al llegar a la escena, la primera persona con que Fellgiebel se encontró fue Hitler. Quedó horrorizado. ¿Qué señal iba a enviar a Berlín ahora?

Con las ventanas abiertas de par en par y la mesa actuando como escudo protector, la mayor parte de los presentes en la habitación habían escapado sin daños graves. Cada uno de los supervivientes daría más tarde su propia versión de lo ocurrido a los investigadores de la SS. En general, los recuerdos coincidían, si bien ocasionalmente variaban los detalles.

Algunos creían recordar que el coronel Brandt, jefe de estado mayor de Heusinger, al tratar de aproximarse a la mesa al lado de Hitler para estudiar el gran mapa extendido frente a ellos, había tropezado con una abultada cartera que estaba a sus pies, e inclinándose la había colocado al otro lado de la base de la mesa. La bomba, por consiguiente, había explotado con la gruesa base de madera actuando como escudo y su impacto fue desviado en dirección contraria al Führer. En su lugar mató a Brandt y a otros tres: el general Korten, jefe de estado mayor de la Luftwaffe, el general Schmundt, ayudante jefe de las fuerzas armadas, y un estenógrafo llamado Berger; otros dos, el general Bodenschatz de la Luftwaffe, y el coronel Bergman, uno de los ayudantes de Hitler, fueron heridos de gravedad. Los demás se libraron sin un rasguño o con ligeras heridas o con shock. Hitler escapó sin heridas graves. En el momento de la explosión estaba prácticamente extendido sobre la mesa tratando de exa-

PRINCIPALES PERSONAS PRESENTES EN LA SALA DE MAPAS A LAS 12,42 DEL 20 DE JULIO DE 1944



1 Hitler
2 Mariscal de campo Keitel, jefe del alto mando Fuerzas Armadas alemanas (OKW)
3 General Jodl, jefe Operaciones Estado Mayor OKW
4 General Warlimont, segundo jefe Operaciones OKW
5 Contralmirante Voss, representante del almirante Raeder en cuartel general Hitler
6 SS-Gruppenführer Fegelein, representante Waffen-SS en cuartel general Hitler
7 General Schmundt, jefe adjunto de Hitler en OKW
8 General Korten, jefe Estado Mayor Luftwaffe.

minar un punto alejado del mapa: la zona Nordeste que mostraba el distrito de Kurland. La mesa, al igual que su soporte, habían protegido las partes vitales de su cuerpo. Keitel, indemne, atravesó las ruinas ayudándole a ponerse en pie. Saliendo afuera, le ayudó a llegar a sus habitaciones privadas, distantes unos treinta metros.

Cuando ambos salían del edificio en ruinas, Fellgiebel vio que el cabello de Hitler estaba chamuscado. Al examinarle, se halló que su brazo derecho estaba parcialmente paralizado, su pierna derecha —la más próxima a la bomba— tenía algunas quemaduras, los tímpanos fueron afectados, y las nalgas tan magulladas que, como él mismo diría, fue de irritación por el destrozo causado a sus pantalones nuevos; la onda expansiva los había desgarrado de arriba abajo tan limpiamen que parecía obra de unas tijeras de sastre.

La segunda reacción de Hitler fue ordenar a la SS que cerrasen toda comunicación con el mundo exterior hasta que se hubiese investigado por completo el incidente. Nadie había de saber de este atentado contra su vida que tan cerca estuvo de tener éxito. Fellgiebel, quien sabía que Stauffenberg estaba de vuelta a Berlín convencido de que Hitler había muerto, volvió rápidamente a su despacho para dar alguna señal a sus amigos en Berlín de que el golpe había fallado, expresada en términos que no levantasen sospechas en el momento más difícil. Pero se encontró que el sector de comunicaciones estaba ya bajo control de la SS. Se le dijo que ningún mensaje podía ser enviado sin la autorización expresa de Hitler. No podía hacer nada. Stieff, por su parte, opinaba que la idea del golpe debía ser desechada por completo ahora que Hitler estaba todavía vivo. Cada uno de los conspiradores debería concentrarse en protegerse a sí mismo y a sus compañeros.

Hitler, entretanto, había llamado a Himmler, como cabeza de la SS, para hacerse cargo de las investigaciones del incidente, que aún creía causado por un avión que había logrado atravesar la barrera de seguridad. Himmler, cuyo propio cuartel general se encontraba a unos veinticinco kilómetros, en el lago de Maursee, se apresuró a acudir a Rastenburg con su guarda espaldas Kiermaier; el viaje duró solamente media hora a pesar de las carreteras en mal estado. Stauffenberg estaba a medio camino de Berlín en su lento avión cuando Himmler y los investigadores de la SS dieron comienzo a sus interrogatorios. Himmler ordenó igualmente que ciertos expertos de Berlín viniesen inmediatamente. Entretanto, conociendo Keitel la extraña conducta de Stauffenberg, no se tardó mucho en averiguar que la bomba no había caído del aire, y que la persona que probablemente la había colocado era aquel joven coronel tuerto y con sólo un brazo, que abandonó la conferencia con tanta prisa y a quien no se había vuelto a ver. Las horas en que había pasado los controles estaban debidamente anotadas.

Hitler, con los instintos de un buen propagandista todavía vivos en él, decidió recibir a Mussolini a última hora de la tarde, organizando una recepción oficial después que el ex-Duce hubiese llegado por tren. Había una ramificación del ferrocarril que entraba hasta el mismo corazón de Rastenburg. El Führer se había tranquilizado ya y estaba convencido con su estilo místico, de que su vida estaba protegida por un sortilegio. Consideraba el hecho de haber salido indemne algo milagroso, una señal cierta de que la Providencia estaba de su parte, que le preservaría hasta conducir a Alemania a la victoria, esta era una ilusión que siempre mantendría, a pesar de los más duros reveses. Esta era su decidida reacción ante el fracasado intento. El hecho de que el tren privado de Mussolini llevaba retraso le proporcionaba más tiempo para recobrarse del shock de la explosión, dando ejemplo para el resto de su séquito.

En Berlín, la tarde avanzaba sin señal alguna de Rastenburg que guiase a los conspiradores que aguardaban en la Bendlerstrasse. La única persona en Berlín a quien se comunicó el dato escueto de que una explosión había tenido lugar fue Joseph Goebbels. Se le había comunicado esto (y nada más), alrededor de la una, al mismo tiempo que a los demás ministros: Himmler, Goering y Ribbentrop. El 20 de julio, Goebbels era el único jerarca nazi en Berlín. El resto estaba en Ras-



Agitado y envuelto en un capote, Hitler regresa a la escena del conato de asesinato. Himmler está a su lado, Mussolini y Goering detrás.

tenburg o en las cercanías, como Himmler. Goebbels, si bien aún lo ignoraba, era el único líder nazi de responsabilidad residente en el lugar donde fue planeado el golpe, e incluso desconocía completamente el papel jugado por Hitler hasta que le fue enviado posteriormente otro mensaje.

En cuanto a los mismos conspiradores, estaban totalmente a oscuras. Su desasosiego era extremado. A Gisevius le llegó una porción de información incompleta e inquietante. Cuando él y Helldorf no pudieron soportar por más tiempo la incertidumbre, se arriesgaron a tratar de telefonear a su amigo Arthur Nebe, jefe del departamento de investigación criminal alemán y, lo mismo que Helldorf, simpatizante con la conspiración. Nebe debía llamar a Helldorf en caso de que hubiese recibido independientemente alguna información de Rastenburg. Todo lo que Nebe pudo averiguar durante las primeras horas de la tarde, alrededor de las dos, fue que se había producido una explosión en la "Guarida del Lobo", y que Himmler había ordenado que investigadores SS partiesen inmediatamente para hacer pesquisas sobre el terreno. No se mencionaba el nombre de Hitler. Nebe ni siquiera se atrevió a decirlo por teléfono; simplemente murmuró que "algo extraño había ocurrido en Prusia Oriental" y, con singular ineficacia, Gisevius y Nebe, que convinieron en encontrarse para hablar en privado, entendieron mal el lugar de la cita, de modo que gastaron un tiempo precioso esperándose mutuamente en lugares diferentes.

El teléfono, con sus insinuaciones y medias verdades, siguió funcionando como el principal medio de incomunicación. También en París una misteriosa llamada telefónica llegó hasta Finckh alrededor de las dos en forma de llamada personal de Zossen. La misma voz anónima que había hablado antes dijo una sola palabra "Abgelaufen": lanzado. Se repitió la misma palabra, y antes de que Finckh pudiese hablar, el interlocutor colgó con un golpe seco.

Finckh observaba estrictamente su h o r a r i o de instrucciones: una vez transmitida la señal de iniciar el golpe en Francia, debería ir inmediatamente a los cuarteles del estado mayor del mando occidental, fuera de París, y presentarse al jefe de estado mayor de Kluge, el general Blumentritt, para informarle de que un golpe de estado acababa de ser "lanzado". Dado que Blumentritt no estaba implicado en la conspiración, solamente podrían dársele los hechos escuetos. De manera que al llegar a presencia de Blumentritt, algo después de las tres de la tarde, Finckh sin saber que era el primero en pronunciar estas memorables, aunque incorrectas palabras, se detuvo nerviosamente ante la corpulenta y amistosa figura de aquél y dijo: "Herr general, ha habido un *putsch* de la Gestapo en Berlín. El Führer está muerto. Un gobierno provisional ha sido constituido por los generales Witzleben y Beck y el doctor Goerdeler."

Blumentritt se tomó su tiempo para digerir tales palabras. Después dijo que se alegraba de que concretamente esos hombres se hubiesen hecho cargo del poder porque tratarían de lograr la paz. Nadie en el frente Occidental se hacía muchas ilusiones sobre la marcha de los acontecimientos después del desembarco de Normandía seis semanas antes, y la situación en el Este era catastrófica. Sin embargo, Blumentritt preguntó a Finckh sobre sus fuentes de información. Finckh, sabiendo el riesgo que corría, dio la respuesta que tenía preparada: "el gobernador militar", es decir, Stuelpnagel, como jefe de la conspiración en París, había sido informado al mismo tiempo que él mismo, si no antes; nadie, incluyendo a Stuelpnagel, usaba el teléfono si podía evitarlo, ya que se suponía que todos los teléfonos estaban intervenidos por la Gestapo.

Blumentritt aceptó la afirmación de Finckh sin hacer más preguntas. Hizo una llamada prioritaria al mariscal de campo Kluge, su jefe y comandante del Grupo de Ejército de Francia. Solamente pudo hablar con Speidel, ayudante de Kluge, quien le dijo que éste estaba ausente, girando una visita al frente, y no regresaría hasta la noche. Como Blumentritt también temía los oídos de la Gestapo, no sabía qué decir cuando Speidel comenzó a preguntarle. Aclaró: "Están ocurriendo cosas en Berlín", y se arriesgó a murmurar la palabra "muerto". Pero esto únicamente dejó aún más perplejo a Speidel. Si le hubiesen dicho lo mismo a Stuelpnagel, habría entendido algo más. Los conspiradores en Berlín no se pusieron en contacto con él hasta las cuatro treinta para decirle que Hitler debía considerarse muerto, que el golpe estaba en marcha en Alemania. Stuelpnagel quedó encantado y puso inmediatamente en marcha sus propios planes de acción.

La noticia le fue transmitida como consecuencia de las decisiones desesperadas que fueron tomadas en el ministerio en Berlín durante la tarde. Solamente a las tres treinta las comunicaciones con Rastenburg se habían reestablecido momentáneamente. El general Franz Thieler, jefe de transmisiones de Olbricht, logró penetrar el silencio que rodeaba la Guarida del Lobo y recibió una respuesta confusa y nerviosa a su pregunta. Simplemente que se había practicado un atentado sobre la vida de Hitler. Ni más ni menos. Ninguna información sobre si Hitler estaba vivo o muerto. Corrió al despacho de Olbricht con la noticia.

Si el golpe tenía éxito, Olbricht sabía que debería ser lanzado con el menor retraso posible. Las fuerzas leales a Hitler debían tener pocas oportunidades de unirse al gobierno nazi del Tercer Reich.

Olbricht se enfrentaba con un grave dilema. ¿Había tenido éxito Stauffenberg? Parecía ser que sí, de otra forma la extraña actitud de Rastenburg resultaba inexplicable. De acuerdo con los cálculos de Oster, la bomba no podía haber explotado antes de las 13.15 —es preciso recordar que ignoraba por completo el cambio de horario de la conferencia. Stauffenberg, si había escapado, no podría estar de vuelta en el aeropuerto de Rangsdorf antes de las 16,45, si no las 17,00. El al menos les traería la verdad, si es que llegaba. Pero dejar sin lanzar la operación Valquiria hasta entonces sería probablemente fatal para el éxito del golpe; era posible que su neutralización ya podía estar en marcha. Olbricht, en efecto, llevaba la responsabilidad principal en la iniciación y organización del golpe, de la misma forma que Stauffenberg llevaba la responsabilidad del asesinato; solamente tenía a Hoepner para aconsejarle, y éste estaba nervioso y cauto. A las 15,45, Olbricht sintió que debía asumir la responsabilidad suprema y tomar una decisión. Una vez más, sin consultar a From, quien estaba a pocos metros de él en otro despacho del ministerio, Olbricht comenzó a enviar las señales Valquiria, que empezaron a transmitirse a las 15,50. A las 16,00, varios puestos de mando del ejército de reserva ya las habían recibido, bien por teléfono o por teleimpresor. Pero llevaba tiempo. A Viena llegaron a las 16,45.

Aproximadamente a las 16,00 Stauffenberg y Haeften aterrizaron en Rangsdorf, media hora antes de lo esperado. Aquí se presentó otro problema: no había ningún automóvil esperando para llevarles al ministerio. Llenos de ansiedad, telefonearon a la Bendlerstrasse. Entonces supieron que las señales de la operación Valquiria se estaban enviando, y que Fellgiebel no había telefoneado. Stauffenberg quedó de una pieza; olvidando la necesidad de secreto, exclamó: "Hitler ha muerto" Logró reunirse con sus colegas del ministerio.

Animado por el sonido de la voz de Staufenberg y su afirmación de que el Führer estaba muerto, Olbricht decidió que plantearía el asunto sin dilación a Fromm, quien era sabido que sólo se uniría a la conspiración si estaba absolutamente seguro de que le convenía hacerlo y de que Hitler había muerto. Fromm escuchó sombrío y con aire de sospecha lo que Olbricht le dijo, y le preguntó en la autoridad de qué persona se basaban las noticias. En la de Fellgiebel, dijo Olbricht. En tales circunstancias, añadió con resolución, proponía enviar las señales en clave de Valquiria a todas las unidades de la reserva del ejército.

Pero Fromm era totalmente opuesto a actuar de forma tan precipitada. Declaró que antes de enviar las señales quería una confirmación en toda regla de Keitel. Olbricht, con las palabras alegres de Stauffenberg aún resonando en sus oídos, y creyendo que era imposible que Rastenburg respondiese al teléfono, hizo una llamada de prioridad "blitz". Quedó petrificado cuando Fromm fue puesto en comunicación casi inmediata con Keitel.

"¿Qué está sucediendo en el cuartel



Goering inspecciona el devastado interior de la sala de conferencias.

general?", preguntó Fromm. "Hay extraños rumores aquí en Berlín."

"Qué dicen que está ocurriendo?", preguntó a su vez Keitel. "Aquí todo es normal."

"Me han informado que el Führer ha sido asesinado", declaró Fromm.

"Tonterías", replicó Keitel. "Es verdad que se ha atentado contra su vida, pero afortunadamente fracasó. El Führer está vivo y ha sido herido muy levemente. Pero, ¿dónde está su jefe de estado mayor, Stauffenberg?"

"Stauffenberg no ha regresado aún", dijo Fromm.

Cuando la conversación hubo terminado, Fromm dijo secamente a Olbricht que no había necesidad de enviar las señales Valquiria. Olbricht estaba aturdido ante lo que había oído. Solamente le quedaba suponer que Keitel mentía. Se retiró del despacho con embarazo, dejando que Fromm descubriese por sí mismo que las órdenes de la operación Valquiria ya se habían dado. El golpe debía continuar. Sobre todo, Olbricht necesitaba hablar con Stauffenberg en cuanto éste llegara. También Beck y Witzleben llegarían en cualquier momento, y se las entenderían con Fromm.

En cuanto Olbricht regresó a su despacho —que se había covertido por el momento en el puesto de mando del golpe militar— todo el mundo relacionado con la conspiración en Berlín pareció llegar al mismo tiempo: Beck, con aspecto cansado y tenso, aunque resuelto ahora que el tiempo de la prueba había llegado por fin, y sobre todo Stauffenberg, quien irrumpió junto con Haeften, ambos excitados y dispuestos a la acción. Los vientos de la liberación soplaron en las austeras salas de la Bendlerstrasse, y el ambiente opresivo provocado por la humedad y las largas horas de espera pareció disolverse inmediatamente. La joven generación de militares también acudió a la oficina de Olbricht para ofrecer su ayuda y escuchar a Haefter el relato de lo acontecido en Rastenburg. Allí estaban Ewald von Kleist, Hans Fritzsche, von Hammerstein y von Oppen; estuvieron esperando en el restaurante del cercano hotel Esplanade a que les convocasen. Witzleben, sin embargo, que debía tomar el mando de las Fuerzas Armadas en conjunto, no llegaría hasta las siete y media. Beck llegó a preocuparse enormemente por su ausencia continuada. Stauffenberg telefoneó personalmente a París para dar la buena noticia de la muerte de Hitler a la oficina de Stuelpnagel; habló con el ayudante de éste, Hofacker, y le dijo que podían actuar contra los líderes de la SS y de la Gestapo, ya que era ésta su tarea principal en esta fase de la operación. Entonces llegaron Helldorf y Gisevius. "Está en marcha", exclamó Helldorf, animado. Por lo menos Stauffenberg parecía irradiar energía.

Beck estaba intranquilo por la afirmación de Keitel de que Hitler seguía vivo en Rastenburg. "Es claro que miente", seguía insistiendo Olbricht. Pero Beck quería que sus dudas fuesen tenidas en cuenta, y repitió que Helldorf, para ser honrados, debería estar enterado de ello. Supuso que la actitud de Keitel sería la misma tomada por los líderes nazis cuando se hiciesen declaraciones, si es que se hacían. Rastenburg tendría que tomar alguna medida ahora que las órdenes del golpe de estado estaban siendo enviadas a todas partes, incluyendo París y Viena. Pero Stauffenberg se oponía a todas las dudas de que Hitler estuviera muerto. ¿Acaso no le había *oído* morir? ¿No había visto el humo procedente de la explosión?

"He visto personalmente todo lo ocurrido", afirmó. "Estaba con Felgiebel. Fue como si un obús de 150 mm. hubiese estallado en la casa. Es imposible que nadie haya sobrevivido."

Beck estaba naturalmente dispuesto a aceptar la palabra de Stauffenberg. Lo que le preocupaba profundamente era cualquier intento que pudiese hacer la oposición de pretender que Hitler estaba vivo, a fin de provocar confusión en las Fuerzas Armadas y la opinión pública alemana. Ello podría conducir a dudas y dificultades que podrían ser cruciales para el éxito del golpe. Le preocupaba también el tardío comienzo de la operación. La mayor parte de las unidades de las que dependían tenían bastante distancia que recorrer hasta alcanzar el centro de Berlín; en el mejor de los casos serían las cinco o las seis antes de que pudieran ser efectivas. Entretanto los ministerios y centros de control tan vitales como las estaciones de radio aún no estaban ocupadas por leales a la resistencia. Gisevius, en especial, estaba inquieto por no haber cogido las emisoras desde el primer momento. El mensaje inicial de Beck al pueblo alemán ya debía haber sido transmitido. Y además estaba Fromm, una evidente fuente de peligro en el ministerio de la Guerra. Gisevius consideraba que si no se unía a ellos debería ser fusilado. Stauffenberg no prestó atención a estas sugerencias. A las cinco, cuando las órdenes Valquiria ya habían sido dadas, y las unidades (así se esperaba al menos) de camino a Berlín, Stauffenberg y Olbricht, apoyados por Kleit y Haeften, fueron al despacho de Fromm para la confrontación final.

En estos momentos algo parecido a una ceremonia estaba teniendo lugar en Rastenburg. Era como si se celebrase una peregrinación de los líderes nazis a fin de conmemorar la salvación de su Führer: la formaban Himmler, Goering, Ribbentrop, Doenitz, todos los de cierto renombre excepto Goebbels que permanecía en Berlín, aunque estaba en contacto telefónico con Rastenburg. A las cuatro Hitler estaba en el andén de la estación de ferrocarril en el interior de la "Guarida del Lobo" para recibir el tren privado de Mussolini. Estaba decidido a sacar el mayor partido posible de su salvación. El Duce escuchó con ojos desorbitados su relato del atentado, ya que su apariencia confirmaba ciertamente la historia. Estaba en pie, en medio del calor que ahora amenazaba convertirse en lluvia, con una capa sobre los hombros. Su rostro estaba blanco, tenía el brazo en cabestrillo y algodón en los oídos. El pelo quemado había sido cortado y arreglado. Pero estaba eufórico, y se apresuró a mostrar a su huésped la destrozada sala



Goering y Himmler fueron de los primeros en llegar para reafirmar su lealtad.



Kluge, comandante del Grupo de Ejército B en Normandía.

de conferencias y los restos de su uniforme. Mussolini, cuya propia decadencia era absoluta, tenía que ser testigo de la mágica supervivencia del Führer.

"El cielo ha tendido su mano protectora sobre ti", le dijo solemnemente. A continuación pasaron a discutir la situación bastante menos milagrosa de los frentes de batalla. A las cinco fueron, acompañados por sus respectivos séquitos, a ocupar sus puestos en la mesa del té, que fue servido por ordenanzas SS con guantes blancos.

A estas alturas las investigaciones de Himmler empezaban a aclarar la situación. Sus expertos estaban de camino desde Berlín; en realidad su avión se cruzó con el que transportaba a Stauffenberg. Hasta última hora de la tarde, Himmler y los oficiales SS que trabajaban en el lugar del hecho estaban convencidos de que el atentado no había sido otra cosa que el acto de locura de un militar aislado a quien identificaban con Stauffenberg. Himmler telefoneó y ordenó la detención del mutilado jefe, en el aeropuerto o en la Bendlerstrasse. El coronel de la SS Piffraeder se cruzó en su coche, camino al aeropuerto de Rangsdorf, con el que llevaba a Stauffenberg al ministerio.

Cuando a última hora de la tarde se descubrió en Rastenburg que se habían dado órdenes de la operación Valquiria, resultó evidente que estaba en juego algo más que un intento aislado de asesinar al Führer. Antes de tomar asiento para el té, Hitler dijo a Himmler que dejase las investigaciones en Rastenburg en manos de sus subordinados. Su presencia era necesaria en Berlín; debía hacerse cargo de la situación que aparentemente estaba un tanto confusa. Sospechando que Fromm podía estar involucrado de algún modo, Hitler nombró a Himmler comandante en jefe del ejército de reserva, cumpliendo de este modo la ambición del SS Reichsführer de tener un mando en el ejército. Himmler siempre había deseado ser soldado; ahora de pronto, a la hora del té del 20 de julio, se encontraba convertido en comandante en jefe sin haber servido un solo día en el campo de batalla ni haber pasado un año en el ejército, ni siquiera en su juventud.

El *tea-party* que siguió degeneró hasta convertirse en un manicomio. En la mesa central estaba sentado Hitler con sus huéspedes principales, emulando entre sí para rendir tributo al gran líder y maldecir a todos los jefes que, cuando no estaban conspirando para asesinarle, le apuñalaban por la espalda al ceder ante los enemigos en los campos de batalla. Uno por uno le aseguraron que al menos sus corazones le estaban consagrados, y que el partido y la nación estaban todos detrás de él. A continuación, en un gesto que se puede considerar como una explosión de histerismo, todos estos hombres, aunque ninguno de ellos estuviese presente en el momento del atentado, comenzaron a incriminarse mutuamente: Doenitz contra Goering, Goering contra Ribbentrop, y Ribbentropp contra Goering. Olvidándose de la presencia de Mussolini, se insultaban unos a otros hasta que Hitler, levantándose como el protagonista de la escena en el momento del desenlace, les redujo al silencio con su voz airada. Sus ojos emitían destellos de ira. "Aplastaré y destruiré a los criminales que se han atrevido a oponerse a la Providencia y a mí", gritó. "Estos traidores a su propia gente merecen una muerte ignominiosa, y esto es lo que tendrán. Esta vez, todos los que estén implicados pagarán, lo mismo que sus familias y todos cuantos les han ayudado. El nido de víboras que han tratado de sabotear la grandeza de mi Alemania será exterminado de una vez para siempre."

Mussolini fue el único que conservó su dignidad, quizá porque le quedaba poco que perder. Se levantó, hizo su despedida y se retiró a su tren. No volvería a ver a Hitler. Antes de que transcurriese un año ambos habrían muerto.

Casi en el mismo momento Fromm se levantaba de su silla para denunciar a sus mandos subordinados: Stauffenberg, su jefe de estado mayor, y Olbricht, su jefe de aprovisionamientos. Stauffenberg se negó a dejarse intimidar. Dijo a Fromm que había sido testigo del asesinato en Rastenburg; Keitel, por consiguiente, mentía. Olbricht intervino para decir que las señales de la operación Valquiria fueron emitidas durante la pasada hora —las señales en clave, recordó a Fromm, de un levantamiento nacional. Fromm se enfureció tanto que golpeó la mesa con los puños, pidiendo el nombre de la persona que se había atrevido a enviar las señales en su nombre y sin su autorización. Se le dijo que el coronel Mertz von Quirnheim. Cuando Quirnheim fue convocado admitió inmediatamente que él lo había hecho. Fromm estaba a punto de arrestarle cuando Stauffenberg intervino y dijo que había sido él quien había realizado el atentado de Rastenburg. "Yo hice explotar la bomba durante la conferencia en el cuartel general de Hitler", dijo. "Nadie que estuviese en la habitación podría haber sobrevivido."

Fromm se enfrentó con él. "El asesinato ha fallado", tronó. "Tiene usted que pegarse un tiro." Pero cuando advirtió que se hallaba frente a un grupo organizado de conspiradores, les amenazó a todos con arrestarles. Olbricht contestó que no podía hacerlo, puesto que eran ellos quienes tenían ahora el mando. "Somos nosotros quienes le arrestamos", declaró.

Fromm montó una escena de obstinada resistencia, pero hubo de ceder ante la fuerza. Cuando Haeften y Kleist le colocaron sus pistolas en su grueso estómago no tuvo otro remedio que ceder. Se le puso bajo custodia en la oficina de su ayudante. Haciendo uso del lavabo privado de Olbricht, Hoepner se había cambiado y puesto el uniforme que había traído consigo. Se le informó debidamente que ahora era comandante en jefe del ejército de reserva. Al mismo tiempo Himmler, disponiéndose a partir para Berlín en avión, pedía a Hitler una orden escrita autorizándole a asumir el mismo cargo, que el Führer le había conferido poco antes. De forma que esa tarde había tres hombres que se consideraban a sí mismos comandantes en jefe de la reserva. Nadie en el cuartel general parecía considerar necesario informar al ministerio de la Guerra del cambio de nombramiento efectuado por el hombre que aún era dueño de Alemania. Pero Hoepner, meticuloso como el mismo Himmler, sabía lo que significaba tener las cosas por escrito. Cuando Witzleben llegó finalmente al ministerio de mal humor, a las siete y media de la tarde, Hoepner obtuvo un nombramiento similar del que se suponía era su comandante supremo. Su nombre, al igual que los de Witzleben y Beck, se usaba ahora para dar órdenes en el cuartel de los conspiradores. Hoepner era tan detallista que pasó gran parte del resto de la tarde preocupándose por el bienestar de Fromm, su predecesor, encerrado

General Schmundt, ayudante militar de Hitler, muerto a su lado.





Izquierda: **Reliquias del atentado: Los pantalones de una víctima exhibidos ante el fotógrafo.** Arriba: **Speidel,** derecha, **jefe de estado mayor de Rommel.**

ahora en el despacho de su ayudante; se aseguró de que le fuesen enviados alimentos y vino. Mejor hubiera hecho en asegurarse de que estaba bien guardado.

Fromm y su ayudante, Heinz Ludwirg Bartram, otro mutilado de la reserva a quien faltaba una pierna, conocían la existencia de una segunda puerta sin guardianes en la parte trasera de las habitaciones donde estaban confinados. Bartram, por tanto, tenía una libertad de acceso limitada al resto del ministerio, desde el momento en que supo la hora de las comprobaciones rutinarias del centinela. Gisevius, que permaneció en el ministerio después de que Helldorf se hubiese retirado exasperado por la forma en que estaban ocurriendo las cosas, criticó la blandura del tratamiento aplicado a Fromm. Beck incluso había pensado en dejarle ir a su casa, con tal de que diese su palabra de honor de no actuar en contra de los miembros del golpe de estado. Sin embargo, tal grado de clemencia fue finalmente desechado.

Alrededor de las 16,45 se había proclamado la ley marcial, y ahora, entre las 17,30 y las 18,00, empezó a llegar una avalancha de preguntas que mantenían a Olbricht y Stauffenberg moviéndose constantemente de un teléfono a otro, para informar, animar y despistar a los interlocutores, simpatizantes, escépticos o decididamente opuestos con relación al nuevo régimen. La oficina central del golpe de estado se había trasladado a lo largo del corredor a la antigua oficina de Fromm, más cómoda y mejor equipada para la emergencia, ya que muchas de las llamadas telefónicas del exterior aún iban dirigidas personalmente a aquél, Beck habló con Stuelpnagel: fue el primer contacto directo del ge-



Ministerio de la Guerra alemán en la Bendlerstrasse.

neral con los conspiradores de ese día, a excepción de la anterior llamada de Stauffenberg a Hofacker. Stuelpnagel aseguró su apoyo a Beck, y le pidió que hablase directamente con Kluge en su puesto de mando de La Roche-Guyon, adonde se dirigía en ese momento Blumentritt con las importantes noticias que Finckh le había comunicado.

En medio de la atareada escena de la Bendlerstrasse, hizo su aparición el coronel de la SS Piffraeder, acompañado por dos de sus hombres. Aparentemente no tuvo problema alguno en introducirse en el ministerio. Después de entrechocar los talones y levantar el brazo al estilo nazi, declaró que siguiendo órdenes del jefe de Seguridad del Reich tenía que hablar privadamente con el coronel Stauffenberg. Gisevius temía que fuese el precursor de un raid de la Gestapo. Era el único de los presentes que conocía la peligrosa reputación de Piffraeder, y logró prevenirle a Stauffenberg, quien por su parte estaba dispuesto a enfrentarse con los intrusos con la animosa jactancia con que despachaba cualquier clase de oposición. Sin embargo, fue lo bastante prudente para llevar consigo a Fritzsche, Kleist y Hammerstein, y enseguida regresó para decir a Gisevius y a los demás que había puesto bajo arresto a los hombres de la Gestapo. Según Fritzsche, Piaffraeder les insultó y se comportó de mala forma. "¿Por no matarles?", había preguntado Gisevius. Pero Stauffenberg creyó mejor ocuparse de ellos más tarde.

Los temores de Gisevius iban en aumento. ¿Dónde estaban las unidades que se suponía debían rodear las zonas administrativas hacía tiempo? ¿Quién había arrestado, o mejor aún asesinado a Goebbels, Kaltenbrunner y Müller, jefe de la Gestapo? Nadie parecía tener idea de lo que estaba ocurriendo fuera de los despachos de Fromm y Olbricht. ¿No sería mejor formar una pequeña unidad aquí, en el mismo ministerio, al menos para entendérselas con Goebbels y ocupar la principal estación de radio? Stauffenberg y Olbricht parecían demasiado ocupados con sus teléfonos para prestar atención a estos asuntos básicos. Y tampoco querían emplear a los hombres de Helldorf, ya que eran policías y no soldados. El golpe debía permanecer en la medida de lo posible como asunto del ejército. En medio de todas estas discusiones incluso una llamaad de Keitel fue descuidada y se perdió. Nadie se molestó en tratar de volver a establecer contacto con él.

Otro intruso molesto fue el general von Kortzfleisch, comandante de distrito en Berlín, quien llegó en persona para enterarse de lo que estaba sucediendo. Se negó a ver a Hoepner cuando le dijeron que ahora ocupaba el puesto de Fromm, y tampoco quiso aceptar las explicaciones de Beck. Los ánimos comenzaron a excitarse, y acabó uniéndose al grupo de los detenidos. "No se atreva a tocarme", gritó a Hammerstein, a quien se había ordenado acompañarle. Era un mal presagio para la eficacia de las unidades Valquiria de las que dependían los conspiradores, y que empezaron a las seis horas a hacer acto de presencia en las zonas adyacentes a la Bendlerstrasse. Entre ellas estaba el Batallón de Guardias al mando del comandante Otto Ernest Remer (un nazi entusiasta), algunas unidades del servicio de entrenamiento de los bomberos militares y de la Escuela de Intendencia del Ejército, así como también unidades de las Escuelas de Entrenamiento de Infantería de Doeberitz, de Caballería en Krampnitz y de Artillería en Jüterborg; también estaban los blindados de Wansdorf. El superior de Remer era el geenral von Haase, comandante militar de Berlín, simpatizante con la conspiración. Las órdenes comunicadas a estas varias unidades eran bastante específicas. El problema estaba en que quisieran y fuesen capaces de ejecutarlas bajo el mando de Hasse. Entretanto los hombres de Helldorf permanecían ociosos en espera de ser llamados. La responsabilidad clave de ocupar las emisoras de radio seguía sin resolverse. Aunque varias unidades llegaron ciertamente a Berlín y ocuparon las posiciones asignadas, en general la ocupación de la capital fue realizada de forma intermitente y mal coordinada. Los conspiradores simplemente supusieron que sus órdenes serían ejecutadas. Pero tal no era ciertamente el caso. Y en las provincias la situación no era mucho más alentadora. Por ejemplo, el Gauleiter de Hamburgo, Karl Kaufmann, dijo al colega del autor Heinrich Fraenkel, que él y el comandante militar del distrito, un buen amigo suyo, estuvieron juntos durante esa tarde de verano bromeando sobre quién debía arrestar a quien a medida que llegaban las órdenes y las contraórdenes.

Remer, para dar un ejemplo, se encontró con la responsabilidad de arrestar a Goebbels. Quedó profundamente emocionado por la noticia de la muerte de Hitler. Era el mando más eficiente de toda la operación fuera de la Bendlerstrasse, de la misma forma que Stuelpnagel en París era, con mucho el miembro más eficaz de la resistencia activa, el que sabía exactamente la clase de acción que había de emprenderse contra la SS y la Gestapo en Francia y podía desplegar en número adecuado los hombres de confianza para llevarla a cabo. Pero los conspiradores en Berlín se enfrentaban ahora con su primer oponente de envergadura: el mismo Goebbels.

Hitler había hablado con él por teléfono alrededor de las cinco, previniéndole de que en Berlín parecía estar fermentando una especie de *putsch* militar, y que era preciso efectuar una emisión radiofónica para poner fin a los rumores de que había sido asesinado. Dejaba en sus manos la redacción del discurso y la organización de la transmisión. Antes de hacerlo, Goebbels llamó a Speer, el joven ministro de Armamentos de Hitler, a su casa, donde había decidido permanecer toda la tarde. Dijo que necesitaba su avuda y su consejo en esta crisis, pero Speer creyó que la razón podría muy bien ser que deseaba vigilarle en caso de que también él estuviese implicado en la conjura. Goebbels telefoneó igualmente al comandante del leal Leibstandarte, Adolf Hitler, los guardaespaldas SS de Hitler estacionados en Lichterfelde a ocho kilómetros de Berlín. Pidió al comandante que pusiese a sus hombres en situación de alerta.



Speer llegó a casa de Goebbels, cerca de la puerta de Brandeburgo, lo antes que le fue posible, reuniéndose con él en su despacho del segundo piso. Le encontró hablando incesantemente por teléfono, con una actividad que seguramente rivalizaría con la que tenía lugar en ese mismo instante en la Bendlerstrasse. La casa de Goebbels, de hecho, se convirtió en el centro del contraataque destinado a frustrar el golpe de estado que Hitler había prevenido. Poco después de llegar Speer, las tropas comenzaron a ocupar posiciones abajo en las calles; Speer advirtió a Goebbels de ello.

Al mismo tiempo un escritor llamado Hans Hagen, que actuaba como consejero nacionalsocialista de los guardianes y era ayudante de Remer, llegó a casa de Goebbels a fin de advertirle sobre los movimientos de tropas y aconsejarle que hablase con el propio Remer, en quien podía confiar como fiel adicto de Hitler. Hagen había estado con él esa misma tarde y ambos quedaron sorprendidos cuando

Arriba: **Hitler en Rastenburg la tarde del atentado, dando la bienvenida a Mussolini.** Derecha: **Mostrándose a sus colaboradores.**

la alerta Valquiria fue dada. En realidad, era Remer quien enviaba a Hagen para prevenir a Goebbels, ya que era conocido de éste, y además para cerciorarse sobre los informes de la muerte de Hitler. Goebbels accedió a ver a aquél inmediatamente, y Hagen fue a buscarle. Luego diría a Heinrich Fraenkel que la situación podría haber sido distinta para él y para Remer si Hitler hubiese estado efectivamente muerto. En este caso habrían obedecido las órdenes dadas desde la Bendlerstrasse arrestando a Goebbels.

Hagen podría ser considerado ahora como un agente doble, al expender la noticia de que Hitler estaba vivo, recibida en casa de Goebbels, de donde partió en una motocicleta prestada en busca de Remer. Haase, quien al reconsiderar el asunto decidió no confiar en Remer, había dado contraorden en el asunto del arresto de Goebbels. Sin embargo, Remer estaba decidido a entrevistarse con el ministro, quien estaba hablando nuevamente por teléfono con Hitler, excusándose de no haber realizado aún la emisión. Goebbels se apresuró a redactar el texto con la información de que Hitler había sobrevivido al atentado contra su vida.

La declaración fue finalmente transmitida a las 18,45, y oída en toda Europa a través de las poderosas ondas de la Deutschlandsender:

"Se ha perpetrado un atentado contra la vida del Führer con explosivos. El Führer no ha resultado herido, aparte de algunas ligeras quemaduras y magulladuras. Ha reanudado inmediatamente el trabajo y, tal como estaba anunciado, ha recibido al Duce para una prolongada conversación. Poco después del atentado, el mariscal del Reich se reunió con el Führer."

Una transcripción de este texto fue colocada en el despacho de Kluge en La Roche-Guyon en el mismo momento en que Beck le pedía que se uniese al golpe de estado. Mientras escuchaba a Beck, Kluge leyó la copia. Acto seguido interrumpió a su interlocutor con la pregunta:

"¿Pero cuál es la verdadera situación en el cuartel general del Führer?" Beck era demasiado honrado para negar que las cosas estaban un tanto inciertas en Rastenburg. Era demasiado para Kluge, que había pasado años vacilando, y que no estaba dispuesto a correr riesgo alguno.

"Ante todo debo discutir esto con





El almirante Doenitz, quien llegó rápidamente a Rastenburg para reafirmar su lealtad.



Coronel Quirnheim, uno de los principales conspiradores de la Bendlerstrasse.

mis subordinados", dijo. "Después llamaré." Prometió a Beck que le haría saber su decisión, pero éste sabía que, con una persona de su temperamento, aquello equivalía a perderle.

Los conspiradores de la Bendlerstrasse, naturalmente, también habían oído la transmisión. Aunque esperaban el anuncio de algo por el estilo, contribuyó a renovar su ansiedad. Inmediatamente enviaron una declaración oficial en contrario a los varios mandos con quienes estaban en contacto:

"El comunicado transmitido por la radio no es correcto. El Führer está muerto. Las medidas ya ordenadas deben ser ejecutadas con la máxima rapidez."

Los teléfonos, como aves de presa, no cejaban en sus ataques contra los hombres de la Bendlerstrasse después de anunciarse por la radio que Hitler aún vivía. Beck, Stauffenberg y Olbricht seguían corriendo de aparato en aparato para dar órdenes, o en muchos casos para argumentar con mariscales de campo, generales y coroneles que, en distintos estados de ánimo entre la duda y la incertidumbre, no sabían qué hacer ni qué creer. Con voces roncas y energías casi agotadas, los líderes de la resistencia estaban en una difícil situación. La emisión era una mentira, aseguraban. Keitel está detrás de todo ello. Goebbels está mintiendo. Todo el mundo menos nosotros está mintiendo.

Era evidente, sin embargo, que, muerto Hitler o no, la jerarquía nazi seguía intacta y que los medios de comunicación como la radio estaban firmemente en su manos. Los conspiradores tenían demasiado que explicar. Hoepner estaba a punto de perder su aplomo. Incluso Olbricht empezaba a acceder con Beck a la posibilidad de que, después de todo, Hitler estuviese vivo a pesar de las continuar protestas de Stauffenberg de lo contrario. Los únicos mensajes alentadores procedían de Stuelpnagel en París. Cuando Fitzleben llegó, trayendo consigo su bastón de mariscal de campo, símbolo de la máxima autoridad militar dentro de la conspiración, tuvieron que hacer frente a su ira. Todo el mundo se había puesto en pie, incluido Stauffenberg. El ambiente informal de antes se abandonó. Se entrechocaron





Arriba izquierda: **Mayor Romer, comandante del batallón de la guardia de Berlín.** Arriba derecha: **General Falkenhausen.** Abajo: **Goebbels sondeando la opinión pública.**



los talones. Witzleben se negó a prestar atención a nadie excepto a Beck, regente titular de Alemania y, por tanto, superior en el castillo de naipes levantado por los conspiradores. "Menudo lío que es esto", fue el comentario de Witzleben. Poco podía hacer Beck para tranquilizarle. Abajo, en las calles, las unidades de protección estaban comenzando a disolverse, y los conspiradores no podían hacer nada para detenerlas. Algunos de sus mandos consideraban que ya era la hora de la cena. Para conseguir apoyo, Olbricht y Quirnheim habían celebrado una conferencia en el ministerio para informar a éstos, pero únicamente sirvió para consolidar la posición de los militares jóvenes leales a Hitler, en cuya supervivencia confiaban plenamente. Dirigidos por dos entusiastas nazis, los coroneles Franz Herber y Bode von der Heyde, seguían sobre las armas a fin de iniciar el contraataque. Incluso se quejaron amargamente a Delia Ziegler, quien trató de calmarles y de conservarles leales a Olbricht.

Llamado por Hagen, el mayor Remer llegó a casa de Goebbels. Aún ignoraba si Hitler estaba vivo o no. El ministro de Propaganda le recibió en el acto, y le preguntó si era absolutamente leal a Hitler. Remer le aseguró que sí, sin reserva alguna. Goebbels insistió en que era un momento histórico. Hitler estaba vivo, pero el futuro del Reich dependía de aquel joven mando. Goebbels no en vano era ministro de Propaganda; sabía cómo influir sobre los sentimientos. Speer le observaba en su trabajo, convirtiendo a Remer en su esclavo. "Nos dimos la mano durante largo rato", dijo Remer después, "mirándonos a los ojos". Era como una comedia en la que él, un activo aspirante, hubiese logrado el papel estelar de sus sueños. El mayor Remer era el David nazi, el valiente militar con su cruz de caballero con hojas de roble enfrentado con los monstruosos Goliat de la subversión, Beck, Stauffenberg, y los demás. Goebbels, para consolidar el efecto que había conseguido, cogió el teléfono y pidió tranquilamente que le pusieran en comunicación con el Führer. Tenía una línea directa con Rastenburg. Remer estaba de pie anonadado. "Hable usted mismo con el Führer", dijo Goebbels, alargándole el auricular. Remer lo tomó, tenso de emoción. La áspera y seca voz era sin lugar a dudas la de Hitler.

Hitler también tenía un agudo sentido de la oportunidad. Puso a Remer bajo su mando personal y le ordenó que hiciese todo lo posible por frustrar los designios de los malvados que buscaban la destrucción del Reich. La seguridad de Berlín estaba en sus manos en tanto llegaba Himmler, nuevo comandante en jefe. Acabó ascendiendo sobre la marcha a Remer a coronel. Hitler sabía cómo ejecutar una notificación por teléfono.

Remer, colmado de emoción y de sacrificio, salió inmediatamente para reunir a cuantos hombres pudiese a fin de contraatacar. Pero a las ocho de la noche la oposición en las calles comenzaba a disolverse. Al caer la noche, Goebbels, con las luces iluminando la escena, pronunció uno de sus célebres discursos ante la pequeña cohorte que Remer introdujo en el jardín de la casa del ministro. Realmente ya no le quedaba nada por hacer a Remer.

Entretanto Kluge, extenuado por la gira al frente, se sentaba a descansar en el hermoso castillo de La Roche-Guyon, sede del ducado de la Rochefoucauld, cuya familia seguía residiendo en una parte de la mansión, el resto fue requisada por los invasores. Estaba anocheciendo, y ya había cesado el calor y desaparecido el polvoriento ambiente diurno. Kluge era un hombre que siempre había sentido gran respeto por su deber. Contaba sesenta y dos años de edad. Estaba profundamente preocupado, y un poco resentido, por los hechos en que se había visto envuelto durante la tarde. Las acusadoras llamadas telefónicas de Beck le alarmaban. Sin duda algo muy serio había sucedido en Rastenburg, pero fuese lo que fuese había salido mal. Además de la insistente presencia de Beck en el teléfono, había recibido una inquieta llamada de su amigo el general von Falkenhausen, quien hasta hacía poco era comandante militar de Bélgica y apoyaba táctitamente un golpe del mismo tipo. Flakenhausen quería saber la verdad de lo que estaba sucediendo. Pero como la Gestapo tenía controlados los teléfonos en París, Kluge estaba intranquilo por la atención que se le dedicaba en todo este asunto.

Aún le esperaba un contratiempo peor para estropear la velada tranquila que esperaba. Blumentritt llegó en su automóvil alrededor de las siete para comunicarle una de las órdenes detalladas firmadas por Wizleben antes de que este último llegase a la Bendlerstrasse. Decía así:

"Una banda irresponsable de líderes del partido, personas que jamás han estado en el frente, ha tratado de usar la situación actual para apuñalar por la espalda al Ejército, sometido como está a severas presiones, al tratar de asumir el poder para sus rapaces fines. En esta hora de mortal peligro, el gobierno del Reich, a fin de mantener la ley y el orden, ha proclamado el estado de emergencia militar..."

Seguía solicitando que Kluge arrestase a todos los mandos de la SS y funcionarios importantes del partido en el Oeste. La mención de Witzleben animó el cansado espíritu de Kluge. Ese nombre significaba aún más para él que para Beck. Seguramente hombres como él no podían equivocarse. Confiaba en él más que en Keitel. Quizá Hitler estaba realmente muerto como él afirmaba. Pero en el mismo momento en que estaba dudando si dar o no las órdenes de ejecutar las detenciones, se recibió un mensaje telefónico de Keitel en Rastenburg asegurando que Hitler estaba vivo y activo, que Himmler era el nuevo comandante en jefe del ejército de la reserva, y que cualquier orden dada por Fromm, Witzleben o Hoepner no era válida y quedaba sin efecto. La autoridad estaba ahora en manos de Keitel y de Himmler, que actuaban por encargo expreso de Hitler. Kluge advirtió cuán afortunado había sido al no iniciar ninguna acción precipitada en favor del motín. También se dio cuenta de la necesidad de averiguar la verdad y seguir investigando. Dijo a Blumentritt que telefonease a Rastenburg. Pero no pudieron hablar con nadie de rango suficiente; se estaba celebrando una reunión de jefes superiores. Finalmente logró hablar con Stieff, a quien conocía bien. Pero Stieff hacía tiempo que había dejado de colaborar con la resistencia, ya que en su opinión el atentado había muerto antes de nacer. No hizo más que asegurar a Kluge que Hitler estaba vivo y que el informe transmitido por radio era cierto. Tuvo cuidado de no comprometer su persona ni la de los demás en los sucesos. Kluge colgó totalmente desilusionado. "Este maldito asunto se ha ido al diablo", fue su comentario privado. Al igual que Stieff, estaba dispuesto a actuar solamente si Hitler moría. Pero deseaba que el golpe hubiese tenido éxito, porque él sabía mejor que muchos lo mal que la guerra iba para Alemania.

Pero esto no fue ni con mucho el fin de la acción en París. Stuelpnagel, que no aceptaba las órdenes de Keitel y había dado su palabra a Beck de que seguiría con el plan estuviese vivo o muerto Hitler, a punto estuvo de convencer a Kluge, como su comandante, de que debía confirmar las acciones que estaban realizándose a sus espaldas en París. Para reforzar sus argumentos, Stuelpnagel traía consigo algunos de sus más leales e íntimos colegas a La Roche-Guyon. Fue de hecho una delegación la que acudió a visitar a Kluge al caer el sol estival.

Stuelpnagel llevaba consigo al coronel Hofzcker (quien era un abogado experimentado) y al Dr. Max Horst, cuñado del general Speildel. Caía el día en el momento en que el automóvil atravesó la verja del castillo de Kluge.

Kluge les recibió cortésmente en el hermoso salón que empleaba para las conferencias de estado mayor, decorado normalmente con bellos tapices que se habían guardado para evitar los destrozos de la guerra. Todo parecía elegante y civilizado en aquel desesperado momento para los asuntos alemanes, aunque la elegancia era un tanto ominosa y melancólica. Kluge invitó a Blumentritt a unirse a la conferencia, y se sentaron a discutir todos los problemas relacionados con este fastidioso asunto. Hofacker, a causa de su profundo convencimiento y de su elocuencia de abogado, así como al



Hitler muestra a Mussolini, reciente aún la prisión de este último, los resultados de la explosión.


Otto Skorzeny, jefe del comando de la SS que liberó a Mussolini del cautiverio.

hecho de ser primo de Stauffenberg, había sido escogido para resumir los hechos y presentar el caso a Kluge. Habló seriamente sobre la necesidad de librar a Alemania de Hitler. Kluge escuchó atenta y sobre todo seriamente un discurso que, al parecer, duró un cuarto de hora.

Era casi de noche en los campos fuera de los altos ventanales. Kluge no dijo nada, aunque seguía dispuesto a escuchar, de la misma forma que había escuchado durante años a Beck y a Tresckow. Nadie podía decir que no era razonable, si bien su decisión en este asunto ya había sido tomada con firmeza. Ahora estaba seguro de que Hitler vivía. Hofacker continuó, subrayando la importancia de la conspiración en Francia, y su reflejo sobre Berlín. Kluge debía recordar que era el dueño en el Oeste. Alemania, por tanto, esperaba de él la misma actitud que Beck había tomado en Berlín. Hofacker dejó de hablar, y esperó la respuesta de Kluge. Este se levantó. "Caballeros", dijo. "Todo ha fracasado."

Stuelpnagel le preguntó con ansiedad si sabía de antemano lo que iba a ocurrir.

"Naturalmente que no", respondió aquél. "No tenía la menor idea."

Stuelpnagel advirtió, igual que anteriormente lo hiciera Beck, que Kluge estaba perdido para la causa, y que por consiguiente él se encontraba en una situación que podía costarle fácilmente la vida. Ya en París los hombres a sus órdenes habían efectuado una redada entre los mandos clave de la SS y la Gestapo, colocándoles bajo vigilancia. Confiaba en que Kluge aceptaría el hecho consumado; después de todo le habían asegurado que el golpe de estado estaba en marcha en Alemania. Se puso en pie y, sin pensar en lo que hacía, salió por las puertas que daban a la terraza sumido en sus pensamientos.

... Entonces oyó la voz de Kluge llamándole.

"Caballeros", dijo éste. "¿Quieren cenar conmigo?"

En la Bendlerstrasse no había gran cosa que se pudiese hacer excepto escuchar la radio que no se había podido capturar. La orquesta resonaba con música de Wagner. De vez en cuando se anunciaba que Hitler hablaría a la nación en algún momento durante la noche. A estas alturas, las fuerzas del Tercer Reich estaban en acción: la SS fueron incluso tan lejos como para sacar a Otto Skorzeny (el mando de comandos que dirigió la acción de rescate de Mussolini, trayéndole de Italia) del tren en que viajaba a Viena, a fin de tener a mano sus expertos servicios para contrarrestar las débiles fuerzas de la insurrección. Regresó para hacerse cargo de la dispersión de algunas tropas o carros que todavía pudiesen acechar por Berlín a las órdenes de los conspiradores. Cuando Himmler llegó de Rastenburg (después de medianoche, según Speer que aún estaba con Goebbels), tuvo cuidado de evitar la Bendlerstrasse, aunque técnicamente se encontraban allí los cuarteles de su nuevo mando. Prefirió unirse a Goebbels y montar un centro de investigación sobre el golpe abortado en la misma casa de éste. Afirmó que sería mucho más eficaz si se llevaba desde allí. Pero dejaba a Fromm libre para llevar a cabo su propia venganza personal en la Benderlstrasse.

La cena en La Roche-Guyon fue una ocasión solemne, a la luz de los candelabros. Kluge representó el papel de anfitrión con aparente ecuanimidad. Speidel, quien estuvo presente durante un rato, fue obligado a partir por algún asunto urgente. Al final, la honradez innata de Suelpnagel le exigió revelar a Kluge la verdad. Le preguntó, mientras aún estaban en la mesa, si sería posible hablar un momento a solas. Se retiraron a una habitación próxima.

Pocos minutos después Kluge apareció en un estado de ira desusado en él, llamando a gritos a Blumentritt, sentado aún a la mesa. Estaba exasperado por la insubordinación de Suetlpnagel y por los arrestos de mandos SS y de la Gestapo. Se hicieron las cosas más horribles sin tenerle en cuenta para nada, siendo él el comandante en jefe. Ordenó personalmente a Blumentritt que deshiciese lo ordenado por Stuelpnagel, ahora, inmediatamente, antes de que los daños fuesen más graves.

"De otro modo no seré responsable de nada, de nada en absoluto", exclamó con la voz entrecortada por la ira.

Blumentritt llamó por teléfono a París, y regresó con las noticias que Kluge más temía. Las detenciones se estaban efectuando. Habían comenzado poco después de las diez.

Kluge estaba estupefacto. Se volvió a Stuelpnagel, un hombre al que siempre había apreciado.

"¿Por qué no me telefoneó?", preguntó.

"No puede establecer contacto con usted", respondió Stuelpnagel.

Kluge se calmó y se sentó a la mesa. Comió y bebió en silencio. Después se levantó, y las velas fueron apagadas. Mientras abandonaban el comedor, se volvió a Stuelpnagel.

"Debe usted regresar a París. Debe poner en libertad a esos hombres. La responsabilidad es suya", le dijo.


Albert Speer, ministro de Armamentos de Hitler, su arquitecto personal e íntimo de su círculo.

"Los hechos han hablado, herr mariscal de campo", replicó Stuelpnagel, "no podemos retroceder ahora".

"Si al menos esos cerdos estuviesen muertos", dijo Kluge con tristeza, mientras acompañaba a aquél a su automóvil. "Debe usted considerarse suspendido en sus funciones. Lo mejor es que desaparezca."

Stuelpnagel saludó. Kluge simplemente se inclinó, dio media vuelta v regresó al castillo. Se daba cuenta de lo que podían significar para él los acontecimientos de aquella noche.

En París, lo mismo que en Berlín, los sucesos tenderían a confundirse a medida que se recibían órdenes y contraórdenes. En la redada se capturaron unos 1.200 mandos principales de la SS y de la Gestapo, con eficacia ejemplar. No se disparó un solo tiro.

En la Bendlerstrasse la desesperación ya había cundido. Con la partida de las unidades que se suponía debían apoyar la revuelta, los conspiradores quedaron solos. A las 10,30, Olbricht advirtió que los simpatizantes con el golpe estaban complemetamente aislados. En el ministerio de la Guerra, los militares leales a Hitler habían emprendido por su cuenta la oposición. Herber ponía abiertamente en entredicho la autoridad de Olbricht; entretanto sus compañeros habían logrado introducir sin ser advertidos algunas armas procedentes del arsenal cercano. Estaban decididos a liberar a Fromm.

A las diez y media Herber, von der Heyde y los demás lanzaron un ataque armado contra el puesto de mando de los conspiradores. Irrumpieron primeramente en el despacho de Olbricht, donde estaba reunido con algunos amigos civiles, miembros de la conjura que habían acudido aquella tarde: Eugen Gerstenmeier, Peter Yorck, el hermano de Stauffenberg, Berthold. (Otto John, otro civil que había permanecido algún tiempo en la Bendlerstrasse, partió para asuntos relacionados con la conspiración poco después de las nueve.

Apuntando con su arma a Olbricht, Helyde le dijo que estaban produciéndose actos de deslealtad al Führer, y pidió ser conducido ante el general Fromm. Olbricht se limitó a pasar los intrusos a Hoepner, afirmando ser éste su comandante en jefe. Delia Ziegler, entretanto, corrió atravesando el pasillo para advertir a Beck y a Hoepner, que se encontraban alejados en el despacho de Fromm. Por el camino encontró a Stauffenberg y a Haeften, quienes inmediatamente corrieron en auxilio de Olbricht. Fueron recibidos a tiros y tuvieron que retirarse al pasillo. Stauffenberg fue herido de gravedad en el brazo izquierdo, el único que le quedaba.

Los disparos alcazaron también al pasillo, librándose una corta e intensa refriega entre los hombres leales a la conspiración y los leales a Hitler. Beck, Hoepner, Olbricht, Stauffenberg y Haeften fueron rodeados, pero unos pocos de los menos prominentes miembros de la conspiración lograron escapar del edificio. El resto quedaron encerrados bajo guardia.

Fromm, liberado por los leales a Hitler, pudo gozar de su hora de venganza. Naturalmente ignoraba que había sido relevado de su mando. Montó un consejo de guerra sumario alrededor de las once. Estaba deseoso de demostrar que no tuvo parte en la conspiración contra el Führer. Enfrentándose con los líderes del golpe, les ordenó deponer las armas. Beck solicitó inmediatamente su derecho como jefe de conservar el arma, ya que se suponía que la emplearía para suicidarse. Cansado y nervioso, despidiéndose de sus amigos con una mirada en su dirección, falló el primer tiro, rozándose solamente la sien. Cuando los hombres de Herber trataron de arrancarle la pistola de la mano, rogó le fuese permitido un segundo intento. Fromm accedió. También accedió a que Hoepner, que se negó a suicidarse, fuese enviado a prisión pendiente de la investigación y el consiguiente consejo de guerra.

Pero a los otros les dijo secamente que si tenían algún último mensaje que escribir a sus esposas, era el momento de hacerlo. Olbricht obedeció y Hoepner se sentó también a escribir. Fromm, entretanto, organizó un pelotón de ejecución abajo, en el patio, reclutando entre los hombres de Remer. Beck, sangrando y casi inconsciente, se disponía a quitarse la vida por segunda vez. Stauffenberg, herido de gravedad, se había derrumbado sobre una silla. Sangraba profusamente y era atendido por Haeften. Fromm, con la vista fija en el reloj en vez de en sus víctimas, sentenció a cuatro de los conspiradores a ser ejecutados inmediatamente: Stauffenberg, Olbricht, Quirnheim y Haeften. Diez hombres aguardaban abajo preparados para llevar a cabo la sentencia a la luz de faros camuflados de automóviles. Para este propósito se reunieron apresuradamente coches y camiones.

Beck logró recuperarse lo suficiente para intentar otro disparo. Pidió ayuda para el caso de fallar también esta vez. Fromm estuvo de acuerdo, y ordenó a un sargento de los guardias que le despachase si fallaba el tiro. Parece ser que así fue, y que Beck falleció finalmente como consecuencia de un tiro en la nuca los demás fueron arrastrados escaleras abajo ante el pelotón de ejecución, Stauffenberg apoyado en Haeften, sangrando y apenas consciente. Se recuperó momentáneamente al enfrentarse con los fusiles. Se dio la orden de fuego.

"¡Viva nuestra sagrada Alemania!", gritó al morir junto con sus amigos mientras sonaban los disparos en el patio, bajo las ventanas de Fromm.

En ese momento, como en represalia, las sirenas de la alarma aérea sonaban en Berlín.

En el hotel Raphael, residencia de los jefes en París, los compañeros más inmediatos de Stuelpnagel aguardaban con desesperación su regreso de La Roche-Guyon. La radio estaba funcionando y anunciaba repetidamente que Hitler hablaría durante la noche. Sabían que el golpe había fracasado y que los hombres que arrestaron debían ser puestos en libertad, y, en la medida de lo posible, apaciguados. Se trataba de una situación sin salida. Los "bastardos negros", como los SS eran llamados por los militares a causa de sus uniformes, estaran en condiciones de vengarse en cuanto estuviesen en libertad. Los hombres de Stuelpnagel ahogaron sus penas con champán. Uno de ellos, el coronel Linstow, que padecía del corazón, se desplomó después de hablar por teléfono con Stauffenberg. Este le había dicho que las fuerzas de la oposición se estaban concentrando y estarían sobre ellos en cualquier momento.

Stuelpnagel llegó después de medianoche. Nada podían hacer por él excepto darle champaña y esperar el mensaje de Hitler.

Por fin Hitler habló a la una de la madrugada del 21 de julio. La música militar fue disminuyendo, y la áspera voz del Führer, desfigurada casi hasta la incoherencia por efectos del shock, dejó caer las palabras de venganza más temidas por los simpatizantes con el golpe de estado:

"Un pequeño grupo de militares ambiciosos, sin honor y criminalmente estúpidos han formado una conjura para eliminarme y al mismo tiempo derrocar al alto mando de las fuerzas armadas alemanas. Una bomba colocada por el coronel conde von Stauffenberg explotó a dos metros a mi derecha, hiriendo muy seriamente a algunos miembros leales de mi séquito. Uno de ellos ha muerto. Por mi parte salí absolutamente indemne, excepto por algunos rasguños y quemaduras sin importancia. Considero esto como una confirmación de los designios de la Providencia para que continúe el objetivo de mi vida tal como he venido haciendo hasta ahora..."

Los conspiradores que escuchaban se preguntaban si sería éste el Führer. ¿No podría ser la voz de un actor entrenado para imitar al muerto?

"Los conspiradores se han empeñado a sí mismos. La pretensión de estos usurpadores de que no estoy vivo se contradice con el hecho de estar hablando aquí, a vosotros, queridos camaradas. El círculo de los conspiradores es muy reducido. No tiene nada en común con el espíritu de las fuerzas armadas alemanas, y, sobre todo, nada en común con el pueblo alemán. Se trata únicamente de una pequeña banda de elementos criminales que será exterminada sin piedad..."

Era, sin lugar a dudas, la voz obsesionante del Führer.

"Por consiguiente, ordeno que ninguna autoridad civil obedezca instrucciones provinientes de cualquier departamento que los usurpadores traten de controlar; que ninguna autoridad militar, jefes, oficiales ni soldados rasos obedezcan las órdenes de estos hombres. Por el contrario, es el deber de cada uno arrestar o, si se resiste, disparar a cualquiera que dé o cumpla tales órdenes..."

Goebbels, a la escucha en Berlín, maldecía por la ineptitud del mensaje de Hitler. ¿Por qué el Führer, en este momento crucial, desdeñaba sus servicios profesionales al no pedirle que redactase y ensayase el discurso? Era evidente que le necesitaban en Rastenburg tanto como en Berlín. Desgraciadamente no podía estar en los dos lugares al mismo tiempo.

"Para restablecer el orden, he nombrado al ministro del Reich Himmler comandante de la reserva... estoy convencido de que con la desaparición de este grupo de traidores y conspiradores estamos finalmente creando en nuestra patria el ambiente que necesitan las tropas que combaten en el frente."

El discurso de Hitler se emitió de forma que pudiese ser escuchado en todo el mundo. En todas partes sería noticia de primera plana, dentro y fuera del cada vez más pequeño imperio alemán, cuyas fronteras eran empujadas por los ejércitos victoriosos de americanos, ingleses y rusos.

"Es inconcebible que en el frente centenares de miles, o mejor dicho millones de hombres valerosos lo entreguen todo mientras una pequeña banda de ambiciosos y miserables trata aquí de sabotear sus esfuerzos. Esta vez arreglaremos cuentas con ellos de la forma que los nacionalsocialistas sabemos hacer..."

Los hombres que habían huido escuchaban: Goerdeler escondido, Otto John en casa de su hermano y el hermano de Bonhoeffer esperando que la Gestapo llegase en cualquier momento, Gisevius con algunos amigos en su piso de los suburbios de Berlín. Tresckow, lejos en el frente Oriental, se marchó a la cama desesperado. Schlabrendorff le trajo la noticia de que Hitler estaba vociferando por la radio. Todo lo que Tresckow pudo decir fue: "Tendré que pegarme un tiro."

"Probablemente sólo unos pocos pueden imaginarse lo que habría ocurrido a Alemania si la conjura hubiese tenido éxito. Doy gracias a la Providencia y al Creador, pero no por haberme conservado con vida. Mi vida está consagrada a mi pueblo. Más bien le agradezco haber hecho posible que siga asumiendo estas responsabilidades, trabajando lo mejor que sé y de acuerdo con mi conciencia..."

Los que estaban en prisión no pudieron oír el discurso, ya confinados como Dohnanyi, Müller, Bonhoeffer y otros, así como quienes acababan de ser encarcelados escasamente una hora antes, entre ellos Hoepner, Gerstenmaier, Peter Yorck y el hermano de Stauffenberg, Berthol. La mayor parte de ellos estaban encadenados en las celdas de la Gestapo, resignados a las largas horas de interrogatorio. Hitler concluyó:

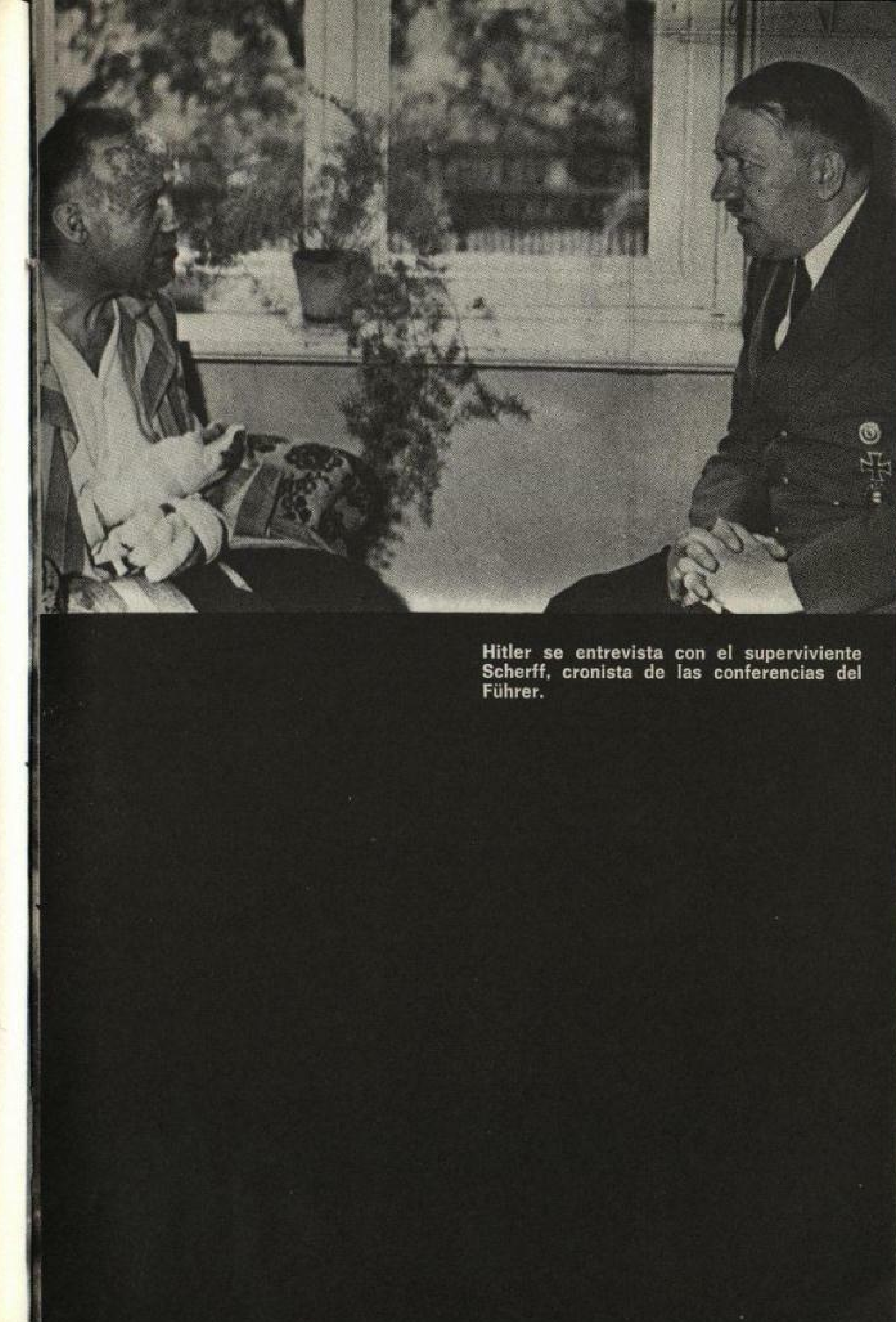
"Nuevamente os saludo con gozo, viejos camaradas de batalla..., veo en esto un anuncio de la Providencia de que continuaré con mi trabajo y así lo haré."

La Bendlerstrasse, en la madrugada del viernes 21 de julio, estaba iluminada por los reflectores después del ataque aéreo y protegida por hombres de la SS y de la Gestapo. Kaltenbrunner, jefe de seguridad del Reich, se había personado allí antes de la medianoche, y su presencia evitó que Fromm continuase las ejecuciones de los hombres que habían intentado implicarle en la conspiración. Ignorando aún que fue relevado por Hitler, Fromm había enviado este largo mensaje a los diferentes mandos:

"El *putsch* intentado por generales irresponsables se ha repelido sin compasión. Los principales cabecillas han sido fusilados. Las órdenes dadas por los generales Witzleben, Beck y Olbricht, y el coronel general Hoepner no deben ser obedecidas. He asumido nuevamente el mando después de mi arresto temporal por la fuerza de las armas."

Cuando la SS montaron su guardia en la Bendlerstrasse, Fromm se dio cuenta de que ya había llegado el momento de marcharse. Decidió que sería conveniente visitar a Goebbels para informarle sobre lo sucedido, ya que no estaba seguro de hasta qué punto podía considerársele implicado.

Cuando llegó a la casa de Goebbels, le arrestaron de nuevo. "Se ha dado usted una prisa endiablada en enterrar a sus testigos", fue todo lo que Goebbels le dijo.



Hitler se entrevista con el superviviente Scherff, cronista de las conferencias del Führer.



Epílogo

Freisler, centro, presidente del tribunal popular, abre el juicio contra los conspiradores del complot de la bomba.

Los teléfonos funcionaban activamente en casa de Goebbels durante las primeras horas del viernes 21 de julio. Uno por uno de los prisioneros fueron llevados o, como en el caso de Fromm y de Helldorff, acudieron por su propia cuetna con la esperanza de que al presentarse para ayudar en las investigaciones podrían librarse de toda implicación en la conjura. Entre los detenidos durante la noche se encontraba Haase, comandante de Berlín. Speer observó a Fromm mientras éste intentaba convencer a Goebbels para que le dejase hablar por teléfono a Hitler; en vez de ello Goebbels simplemente le arrestó. Según Speer, Goebbels siempre había odiado a Fromm.

Goebbels se sentía triunfante, envanecido por la habilidad con que resolvió él solo esta peligrosa rebelión. Cuando Himmler llegó finalmente de Rastenburg, Goebbels no dejó de recalcar este hecho. Himmler tuvo cuidado para que no pudiesen llamarle por teléfono durante la noche, volando a Berlín a última hora de la tarde. Incluso evitó aterrizar en Rangsdorf, llegando a un aeropuerto no especificado. Escuchó pacientemente mientras Goebbels hablaba con desprecio de los métodos de aficionados empleados por los conspiradores. Cuán estúpidos fueron al dejarle a él, evidentemente su más peligroso enemigo en Berlín, libre para llamar por teléfono a Hitler, libre para planear la ofensiva sin ser molestado. Solamente Stauffenberg, entre los disidentes, mereció su admiración. Goebbels y Himmler se separaron a las cuatro de la mañana con un apretón de manos. "El *putsch* ha concluido", dijo Goebbels. "Ha sido como una tormenta. Ha aclarado el ambiente."

Durante las primeras horas del 21 de julio en París, los mandos de la SS y de la Gestapo que estaban detenidos y confinados en el hotel Continental fueron puestos en libertad. Sutlpnagel había resistido cuanto pudo, pero finalmente cedió a las presiones de personas como el almirante Krancke, leal a los nazis, quien amenazó con emplear a los infantes de marina para liberar a sus compatriotas en caso de que el ejército no lo hiciese así. Fue una suerte que el general Karl Oberg, jefe de la SS en París, fuera un antiguo militar. Stuelpnagel envió al general Hans von Boineberg, comandante de la ciudad, uno de los responsables de las detenciones, para que invitase a Oberg al Raphael a tomar algo después de su liberación. Boineberg fue al Continental, se colocó el monóculo en el ojo, saludó a Oberg al estilo nazi, le presentó sus respetos, informándole de que estaab en libertad e invitándole al Raphael para celebrarlo. Oberg, debiendo investigar una situación bastante complicada, aceptó, aunque naturalmente solicitando una explicación. Cuando llegaron al Raphael, Stuelpnagel trató de apaciguarle diciéndole que los arrestos fueron realizados con fines de protección, debido al golpe que el ejército intentaba llevar a cabo, los mandos de la SS y de la Gestapo podían haber resultado muertos. No se sabe si Oberg lo creyó todo o no, pero en cualquier caso aceptó el champaña ofrecido por Stuelpnagel e incluso le estrechó la mano. Para ser un jefe de la SS, resultaba un investigador muy considerado.

Blumentritt, siguiendo órdenes de Kluge, llegó de La Roche-Guyon a las tres de la madrugada para asumir el puesto de Stuelpnagel. Quedó sorprendido, por no decir estupefacto, al encontrarse a su llegada una especie de fiesta y a Stuelpnagel y Oberg bebiendo champaañ juntos. En la medida de lo posible los mandos del frente Occidental estaban decididos a pasar por alto los sucesos de la noche y a vivir pacíficamente. Todos eran alemanes en un territorio ocupado, y al menos debían mostrar un frente común.

Tanto Kluge como Stuelpnagel decidieron quitarse la vida. Stuelpnagel abandonó la fiesta para ir a su oficina en el Majestic y destruir todos los papeles que pudiesen ser acusadores. Su secretaria, la condesa Podewils, le encontró allí cuando llegó a las ocho de la mañana del viernes. A las nueve fue llamado por Keitel a Berlín. Después de un temprano almuerzo partió en automóvil. A última hora del día, ordenó al chófer que hiciese un rodeo en la dirección de Sedán, el lugar de la batalla decisiva de la guerra franco-prusiana en 1870. Aquí, donde en su día habían muerto tantos jefes, oficiales y soldados de su regimiento, salió del coche y trató de matarse aunque al



principio creyeron que fue herido por los partisanos, que infestaban esta parte del país. Su cuerpo fue sacado inconsciente del río, y el conductor le llevó a toda prisa al hospital militar de Verdún. Uno de sus ojos fue arrancado por la bala, que penetró en la cabeza por la sien derecha. Después de una rápida operación y transfusión de sangre, sobrevivió para ser juzgado junto con los demás conspiradores en Berlín a finales de ese mismo mes.

Kluge trató al principio de desentenderse del golpe de estado enviando a Hitler un informe completo de las acciones de los conspiradores el 20 de julio. Solamente sirvió para que sospechasen de él tanto los nazis como los demás conspiradores. Desalentado, comenzó a sentir que la culpa de todo cuanto había sucedido en Francia era suya. Tres semanas más tarde su sucesor en el mando, el mariscal de campo Walther Model, llegó de Alemania trayendo la destitución oficial de Kluge; de forma característica, Hitler ni se molestó en informarle de lo que le esperaba, y de que se le llamaba a Alemania para ser interrogado. Con el ruido de los cañones enemigos aproximándose a La Roche-Guyon, partió para Alemania el 18 de agosto en un vehículo oficial. Mientras almorzaba a la sombra de un árbol, ingirió un veneno y murió.

Cuando Tresckow, en el lejano frente Oriental, se despertó en la mañana del 21 de julio, también decidió morir. Schlabrendorff trató de disuadirle, pidiéndole que esperase a descubrir si se sospechaba de él o no. Pero para Tresckow la vida había cesado de tener sentido. Pidió un auto y fue conducido hasta el frente. Bajó del coche y anduvo por la tierra de nadie entre las líneas alemanas y rusas. Aquí trató de imaginarse que resultaba muerto por las balas rusas: disparó algunos tiros al aire, y después hizo saltar una granada de mano.

Es muy poco probable que Tresckow hubiese salido con bien de no haberse suicidado. Schlabrendroff permaneció en su puesto con tranquila determinación, aguardando la inevitable llamada. Pero ésta no llegó hasta el 17 de agosto. Estuvo a punto de seguir el ejemplo de su amigo suicidándose, pero, según diría más tarde, un impulso poderoso le impidió hacerlo. Es el único conspirador de primera fila que sobrevivió a aquellos terribles días. Fue llevado bajo custodia al cuartel general de la Gestapo en Berlín, la célebre prisión de la Prinz Albertstrasse.

Entre los demás miembros destacados de la conspiración, Fellgiebel y Stieff fueron conducidos rápidamente bajo arresto a Rastenburg; en los días que siguieron al atentado, Hofacker y Finckh fueron de los primeros en ser detenidos y llevados a Alemania para el juicio. Witzleben, que vivía en la casa de un amigo juntamente con su hija casada, a unos ochenta kilómetros de Berlín, como ya hemos visto, estuvo destinado algún tiempo en el ministerio de la Guerra, marchándose cuando el golpe parecía fracasado. Llegó a su casa hacia las diez de la noche del 20 de julio. "Mañana", dijo amargamente, "el verdugo estará aquí". Fue arrestado a mediodía del 21 de julio Goerdeler, por otra parte, había escapado y pasaba rápidamente de refugio en refugio, permaneciendo en una de las casas de sus muchos amigos en Berlín; el 20 de julio había abandonado temporalmente la ciudad, aunque regresó el 25. Como la Gestapo ya sabía que había sido designado como Canciller de la nueva Alemania después del golpe, se puso el precio de un millón de marcos a su cabeza. Se daba cuenta de que únicamente significaba un gran peligro para quienes le cobijaban, y que inevitablemente un día u otro sería arrestado. Finalmente partió de Berlín a pie el 8 de agosto con una mochila a la espalda, decidido a visitar el hogar de su familia en la Prusia Oriental. Llegó a Marienburg el 10 de agosto, durmiendo por la noche en la sala de espera de la estación. Atravesaba una de las zonas donde había más probabilidades de ser reconocido. Y así sucedió el 12 de agosto, siendo reconocido por una mujer de unfiorme que conocía a su familia, siendo arrestado mientras trataba de huir a través de los bosques. Más tarde esa mujer lamentaría profundamente lo que hizo, y apenas tocó la recom-

El almriante Krancke, que precipitó el enfrentamiento con los conspiradores.

pensa que le fue entregada personalmente por Hitler.

Muy pocos de los conjurados lograron escapar. De entre los jóvenes mandos que tomaron parte en los acontecimientos de la Bendlerstrasse, Fritsche huyó de la escena del fracasado golpe de estado y tomó el último tren para su ciudad natal, Potsdam; Hammerstein también logró escapar, si bien tuvo que ocultarse. Kleist, desgraciadamente, fue arrestado, mientras Delia Ziegler era sometida a rigurosos interrogatorios. Gisevius, buscado por la Gestapo, estuvo oculto en Berlín con sus ropas civiles de verano durante todo el invierno, padeciendo un frío indecible. Finalmente logró cruzar la frontera a Suiza al verano siguiente con la ayuda de una documentación falsa. Otto John, que era consejero legal de Lufthansa, tomó tranquilamente el avión para Madrid el 24 de julio, saliendo de Alemania sin dificultad alguna.

El 22 de septiembre los conjurados sufrieron otro terrible revés. La caja fuerte secreta de Dohnanyi en Zossen, llena aún de documentos incriminatorios, fue abierta por un cerrajero en presencia de Sonderegger, el investigador de la Gestapo que había arrestado a aquél. Estos papeles dispersaron cualquier sombra de duda en el ánimo de Huppenkothen sobre la culpabilidad del grupo de conspiradores de la Abwehr, y aquellos que aún no habían sido arrestados —particularmente Canaris y Oster— fueron rápidamente añadidos al distinguido grupo de personas en reclusión solitaria en la Prinz Albrechtstrasse, como Goerdeler, Müller, Oster, Canaris y Hassell, arrestado por la Gestapo el 28 de julio. Otros hombres próximos al círculo de la Abwehr, como Schrader, prefirieron suicidarse.

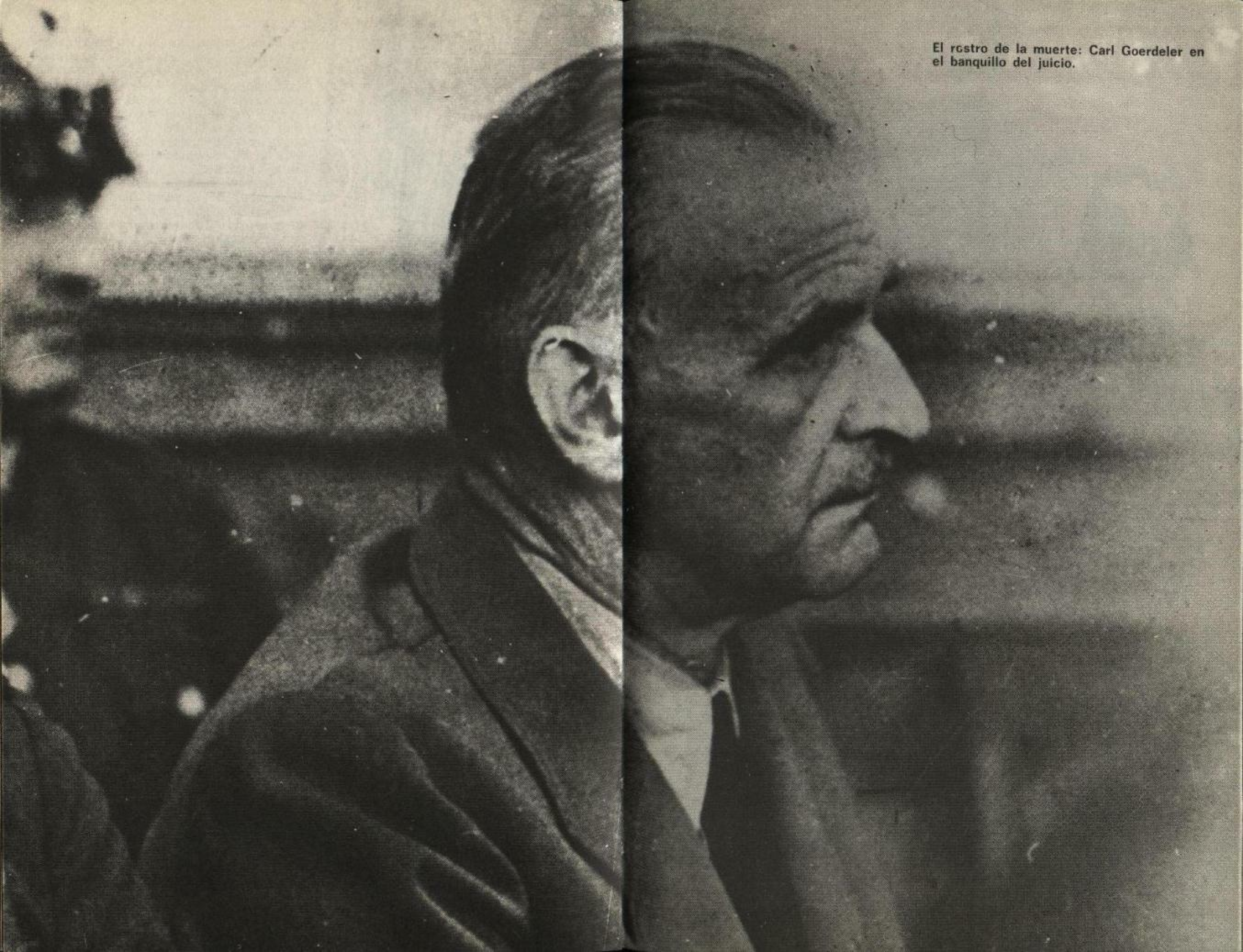
Hitler estaba decidido a que los despiadados interrogatorios culminasen en una serie de juicios espectaculares. Kaltenbrunner tenía a su cargo el recoger las pruebas, mientras su gran equipo de interrogadores y funcionarios (se dice que llegó a alcanzar los cuatrocientos) estaba dirigido por Huppenkothen. Se calcula que en total unas siete mil personas fueron detenidas e interrogadas. El período intensivo de los interrogatorios, no cesando ni durante la noche, fue desde finales de julio hasta septiembre, mientras que los juicios dirigidos por el famoso presidente del tribunal popular Roland Freisler, comenzaron el 7 de agosto como actos de venganza pública en nombre del Führer. Por lo menos doscientos fueron ejecutados. Hitler quedó tan horrorizado por la extensión de la oposición a su dominio que prohibió que muchas de las pruebas fuesen presentadas en los juicios.

Los interrogatorios fueron conducidos a varios niveles de intimidación, según las prácticas extremadamente cuidadosas de la Gestapo. No era en absoluto normal que la Gestapo tuviese a su cargo casos militares, que debían presentarse en consejo de guerra. Pero los militares prisioneros fueron degradados, y aparecerían en el juicio en ropas civiles toscas y mal cortadas, sin cinturones a fin de que fueran deliberadamente humillados. Los juicios se realizaron a la luz cegadora de los reflectores, y fueron filmados y grabados en cinta, en principio para diversión de Hitler, e igualmente fueron filmadas las ejecuciones. La Gestapo podía hacer cuanto se le antojase con los prisioneros, si bien los confinados bajo supervisión militar en la prisión de Tegel, por ejemplo, fueron tratados bastante mejor que quienes estaban totalmente en manos de la Gestapo tras los muros de la Prinz Albrechtstrasse. Algunos de los prisioneros, sobre todo Schlabrendorff, fueron torturados. La mayor parte fueron encadenados en sus celdas, sin comer y sin poder dormir por estar las luces constantemente encendidas. Se les sometió a constantes interrogatorios a cualquier hora del día o de la noche que escogiesen sus captores.

Los primeros en sentarse en el banquillo, los días 7 y 8 de agosto, fueron Witzleben, Hoepner, Stieff, Haase y Peter Yorck, entre otros cuya implicación en la conjura había sido totalmente establecida. Freisler estaba decidido a que estos juicios fuesen el clímax de su carrera. Como otros mu-

El general Helmuth Stieff, ante el tribunal popular.





El rostro de la muerte: Carl Goerdeler en el banquillo del juicio.



chos, guardaba un esqueleto en su armario que le hacía aún más virulento; durante algún tiempo fue un comunista, antes de formar parte del partido nazi en 1925. Era un hombre de considerable inteligencia; en los juicios empleaba el sarcasmo y las invectivas como sus principales armas de intimidación, agarrándose a las respuestas que obtenía de sus víctimas para volcar sobre ellas todo su desprecio. De pronto se ponía a gritar con la furia calculada y fría de un profesor sádico; igual que Goebbels, era un profesional, antes que un sádico por naturaleza

La mayor parte de los acusados dejaron pasar su "examen" dando el mínimo de respuestas posibles; los más sensatos sabían que cualquier otra respuesta distinta de "sí" o de "no" solamente daría a Freisler la ocasión de un ataque. Witzleben y Hoepner, especialmente, proporcionaron a Freisler innumerables oportunidades de sarcasmo. El ama de llaves de Beck fue llamada a prestar declaración y atestiguar que el lecho de aquél frecuentemente estaba húmedo de sudor durante el período de los atentados, en el mes de julio. En conjunto fueron los intelectuales quienes salieron mejor parados. La razonada oposición de Yorck al nacionalsocialismo resultó ser tan eficaz como la invectiva de Freisler, mientras que una curiosa batalla dialéctica que casi equivalía a un debate intelectual tuvo lugar más tarde entre Freisler y Moltke en el juicio de este último, celebrado tras muchas demoras en el siguiente mes de enero. Moltke dejó a su mujer una descripción detallada del juicio en cartas secretas, en las que pone de manifiesto un cierto placer en su duelo con Freisler.

La primera fase de los juicios llevó a las inevitables sentencias de muerte. Los prisioneros fueron exhibidos públicamente para recibir los salvajes ataques de Freisler, y después arrastrados a la prisión de Plötzensee, donde fueron ahorcados bajo la implacable luz de las cámaras de cine. Uno de los testigos presenciales de la ejecución nos ha descrito lo sucedido:

"Imaginad una habitación con el techo bajo y las paredes encaladas. Por debajo del techo se había clavado en las paredes una viga de acero, de la que pendían seis grandes garfios como los empleados por los carniceros para colgar las reses. En una esquina había una cámara de cine. Los reflectores arrojaban una luz cegadora... Contra la pared una mesa pequeña con vasos y una botella de coñac para los testigos de la ejecución... El verdugo sonreía y hacía chistes sin cesar. La cámara no dejaba de funcionar, porque Hitler quería ver y oír cómo morían sus enemigos... Había llamado al verdugo y arreglado personalmente los detalles de la ejecución: "quiero que sean colgados como animales descuartizados". Esas fueron sus palabras.

Después de juicios similares, muchos de los simpatizantes de la resistencia fueron exhibidos y colgados. Entre ellos Trottzu Stolz y Helldorf en agosto, Hassell en septiembre, Hofacker en diciembre y Nebe mucho más tarde, en marzo de 1945. A Rommel, el general más prestigioso de Hitler, cuya culpabilidad el Führer no se atrevía a hacer pública, se le ordenó que se suicidara en cuanto se hubiese recuperado lo suficiente de sus heridas. Murió por su propia mano el 14 de octubre delante de los dos generales enviados para presenciar la auto ejecución, y a continuación, para cumplir los fines de la propaganda, fue celebrado un funeral con todos los honores el 18 de octubre. "Su corazón pertenecía al Führer", proclamó Rundstedt durante la oración fúnebre.

Pero no era costumbre de la Gestapo desprenderse de sus víctimas de forma tan expeditiva. Los más astutos de los prisioneros consiguieron de una manera o de otra despertar la curiosidad de sus interrogadores lo bastante para mantenerse vivos. Goerdeler era uno de estos; aunque sentenciado a muerte el 8 de septiembre, desarrolló su propia técnica de resistencia dentro de la prisión, haciendo largas y complicadas declaraciones a fin de prolongar el período de su interrogatorio, y escribió interminables

Sin corbata y esposado a un policía, el general Stieff es llevado de regreso a su celda.



memorándums. En una ocasión estuvo incluso empleado por los "intelectuales" de la SS para prescribir ciertas mejoras administrativas que podrían beneficiar al estado bajo el sistema nazi. Hizo todo eso en la esperanza de prolongar su vida hasta que hubiese concluido la guerra y fuese liberado. Palabras y más palabras eran su protección, y sus interrogadores debieron descubrir al fin sus tretas, ya que de repente fue ejecutado en febrero, poco después de Julius Leber y el conde Moltke, quienes murieron en febrero.

El caso de Dohnanyi fue más notable aún. Su método de ganar tiempo consistía en que su mujer le enviaba a la cárcel productos infectados con gérmenes de difteria. Esperaba que mediante esta enfermedad crónica se libraría de los peores efectos de la prisión y, sobre todo, seguiría en poder de los militares en vez de ser entregado a las garras de la Gestapo. Después de los sucesos de juilio fue llevado al pabellón de enfermos del campo de concentración de Sachsenhausen. El descubrimiento de los documetnos de Zossen, sin embargo, significaba que las artimañas y disimulos de Dohnanyi no servirían de nada. En enero de 1945 fue transferido a la prisión de la Gestapo, donde padeció un trato aún peor que en el campo de concentración. Por entonces estaba paralizado.

Dietrich Bonhoeffer se encontraba confinado en la cárcel de Tegel en los días del atentado de julio. En octubre fue conducido a la prisión de la Gestapo. A lo largo de su prolongada reclusión se comportó de manera ejemplar, irradiando buen ánimo y fe en sus doctrinas cristianas. Su innata bondad constituía una recomendación incluso para sus interrogadores y guardias, y, aunque nunca lo deseó, fue tratado con una mayor medida de clemencia que los demás prisioneros. Pero debió sufrir igualmente de hambre, su principal calamidad. Así pudo servir de consuelo a sus compañeros, especialmente a Dohnanyi, su cuñado, y a Müller, Canaris y Schlabrendorff.

Dr. Otto John, conspirador que escapó a la venganza de Hitler.

Canaris también había aprendido las técnicas de evasión parcial bajo los interrogatorios, y su presencia era un estímulo para los reclusos, debido al sexto sentido que seguía poseyendo para recoger información. Igual que Goerdeler, sus reacciones a los interrogatorios al presentarles pruebas contradictorias que no hacían daño a nadie, pero exigían una investigación intensiva y largas confrontaciones de testigos, produciendo lo que uno de sus compañeros llamó "una artística distorsión de la verdad".

Schlbrendorff recibió probablemente el peor trato de todos los prisioneros relacionados íntimamente con la conspiración. Estaba totalmente desprotegido en la prisión de Prinz Albrechtstrasse; había escrito una confesión completa de todo lo sucedido. Su principal interrogador fue el comisionado Habecker, de la policía criminal. Schlabrendorff, con su mente disciplinada y experiencia jurídica, así como sus largos años de vivir en continuo peligro, advertía que Habecker sabía mucho menos sobre sus actividades de lo que pretendía al pedirle una confesión completa. Conocía las técnicas de la Gestapo, como por ejemplo su empleo de documentos falsificados con el fin de obligar a los prisioneros a firmar lo que ellos querían. Lo negó todo, aumentando la frustración de sus interrogadores con cada negación que hacía y que pudiera implicarle a sí mismo y a los otros.

De forma que la Gestapo le sometió a tortura. Como todos los prisioneros, estaba medio muerto de hambre, encadenado día y noche de pies y manos. Cuando le conducían para ser interrogado, se le sometía a largos períodos de espera, y de repente se le enfrentaba con varios interrogadores que intentaban romper su resistencia con frases alternativamente tranquilizadoras y razonables que de pronto se convertían en explosiones de furia salvaje. Habecker le golpeaba frecuentemente en la cara cuando estaba esposado y animaba a una joven que aparentemente era su secretaria para que también le golpease y escupiese. Schlabrendorff conservó la calma, como si esperase un tratamiento así de una gente semejante, al tiempo que les recordaba tranquilamente que tales acciones eran ilegales.



Kaltenbrunner, cuyos servicios de seguridad hallaron las víctimas para el juicio por traición.



Arriba **Freisler**, derecha, **y el general Reinecke en el estrado en uno de los juicios.** Derecha: **Freisler condujo por sí mismo la acusación.**

Pero a los ojos de la Gestapo esto no aparecía como tortura. Por eso una noche Habecker ordenó que fuese torturado de verdad, mientras la muchacha observaba atentamente. Sus brazos fueron encadenados a la espalda, y se sujetaron sus manos en una especie de prensa de tornillo que iba introduciendo pinchos en las yemas de los dedos. Cuando esto resultó ineficaz, se le sujetó a una cama con la cabeza envuelta en una manta mientras otros aparatos infernales atravesaban con clavos sus piernas. Pero también tuvo el valor de soportarlo. A continuación fue atado en un artefacto de origen medieval que distendía sus miembros con tirones bruscos o bien poco a poco. Finalmente, fue atado hasta convertirle en un paquete humano y golpeado con bastones, de forma que su cabeza quedó completamente destrozada. Cuando cayó en la inconsciencia se le arrastró a su celda y fue arrojado sobre el camastro, empapado en sangre. Después de una de estas sesiones de tortura sufrió un ataque al corazón. Y no fue el único prisionero tratado de esta forma. Tal como él nos dice:

"Todos descubrimos que un hombre puede soportar mucho más dolor del que estamos acostumbrados a creer. Quienes no habíamos aprendido a rezar lo hicimos, y descubrimos que la oración y solamente la oración puede aportar algún consuelo en tales terribles angustias, y que significa más que lo que el hombre puede aguantar. Aprendimos que las plegarias de nuestros amigos y parientes pueden transmitir corrientes de fortaleza a nuestro ser."

Solamente cuando se le amenazó con ser tratado peor aún, Schlabrendorff empezó a considerar la idea del suici-



Arriba: **El conde Peter Yorck von Wartenburg.** Abajo: **El general Witzleben, al igual que los demás acusados, fue privado de su cinturón incluso en el juicio.**





Arriba: **Hitler estaba decidido a convertir a Witzleben, principal militar acusado, en una figura ridícula.** Abajo: **Hoepner, desprovisto de su uniforme de general, se enfrenta a la justicia nazi.**



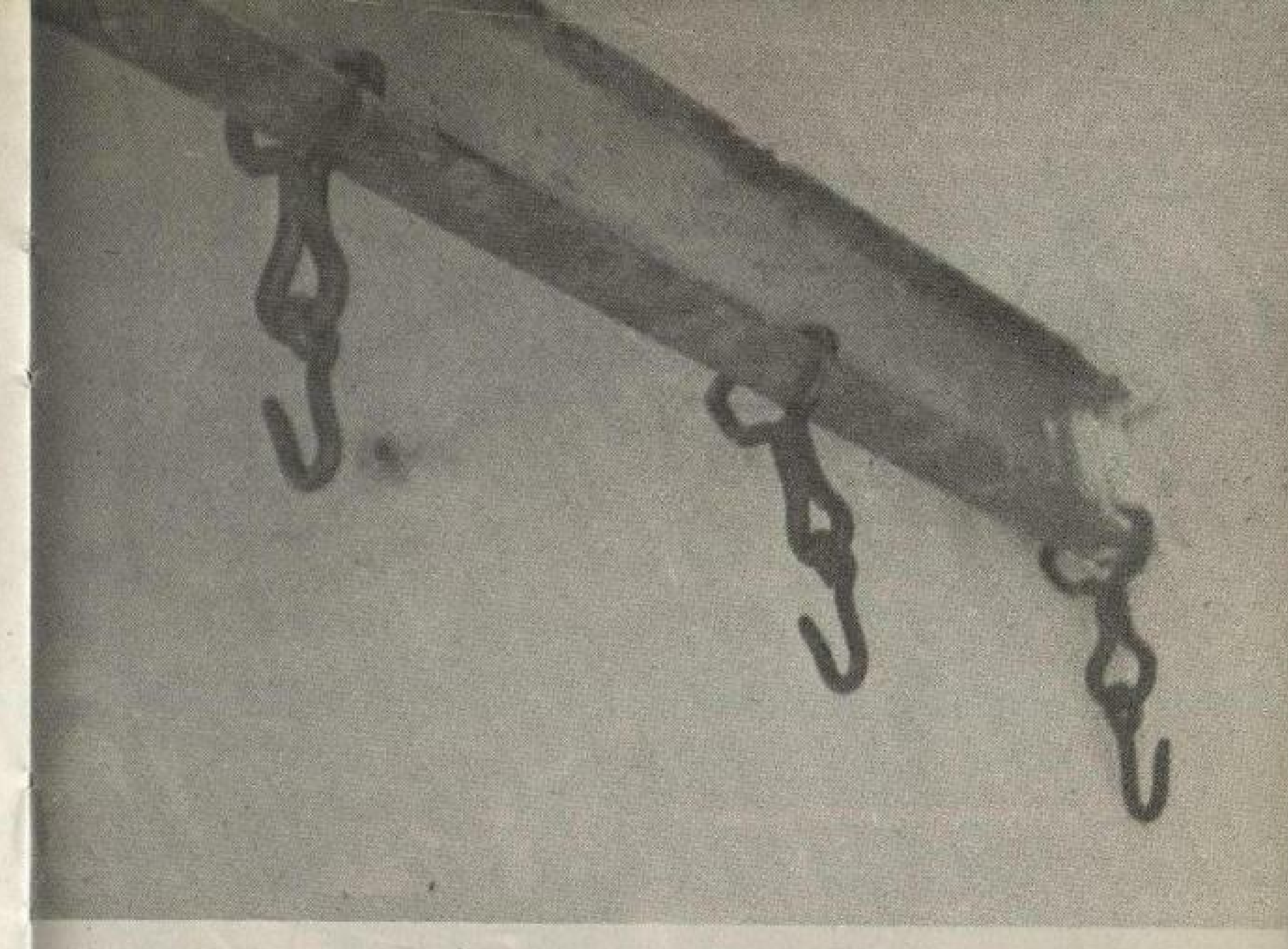


Hitler a la cabecera de otra víctima de la explosión, el general Buhle.

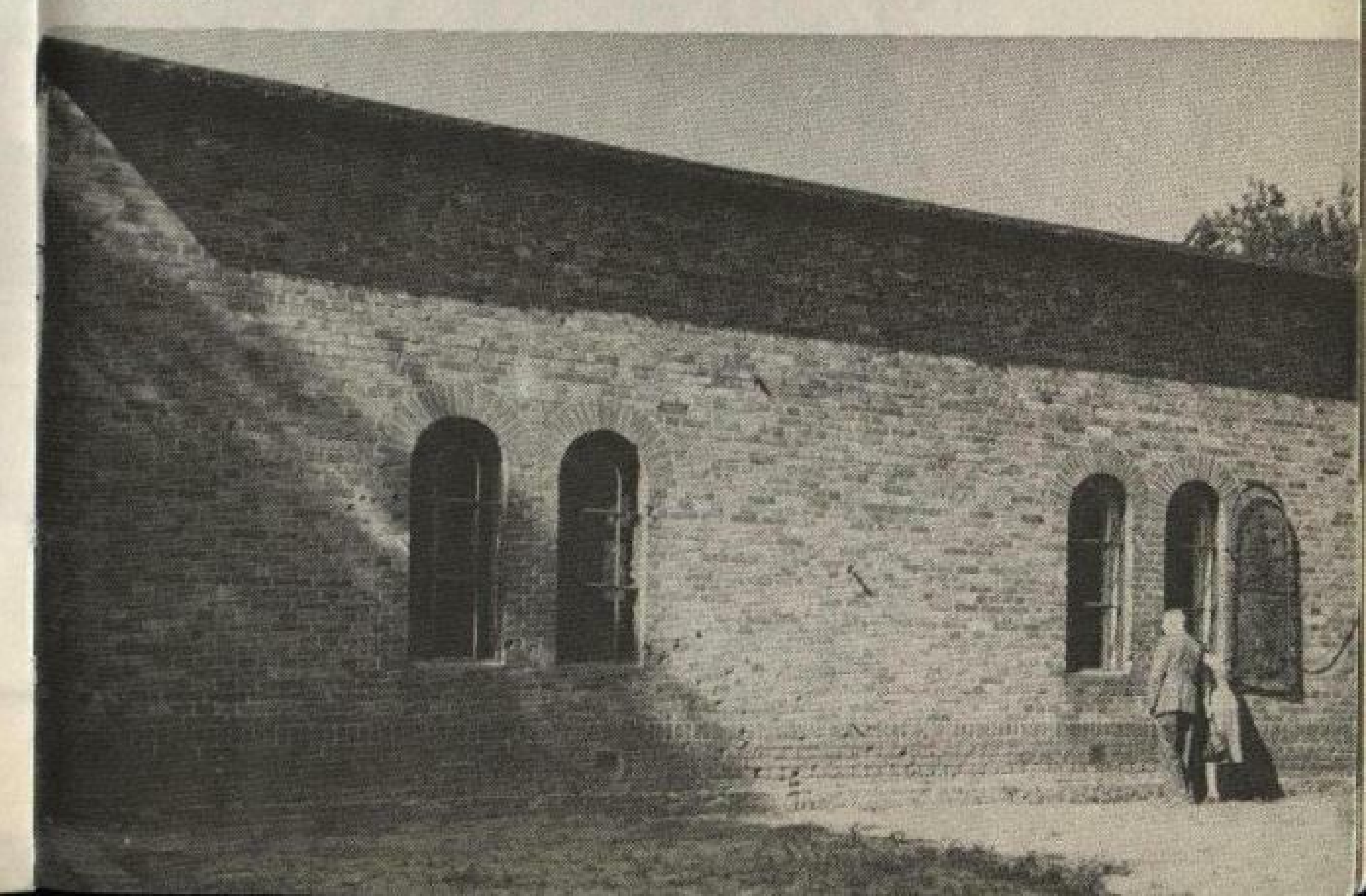


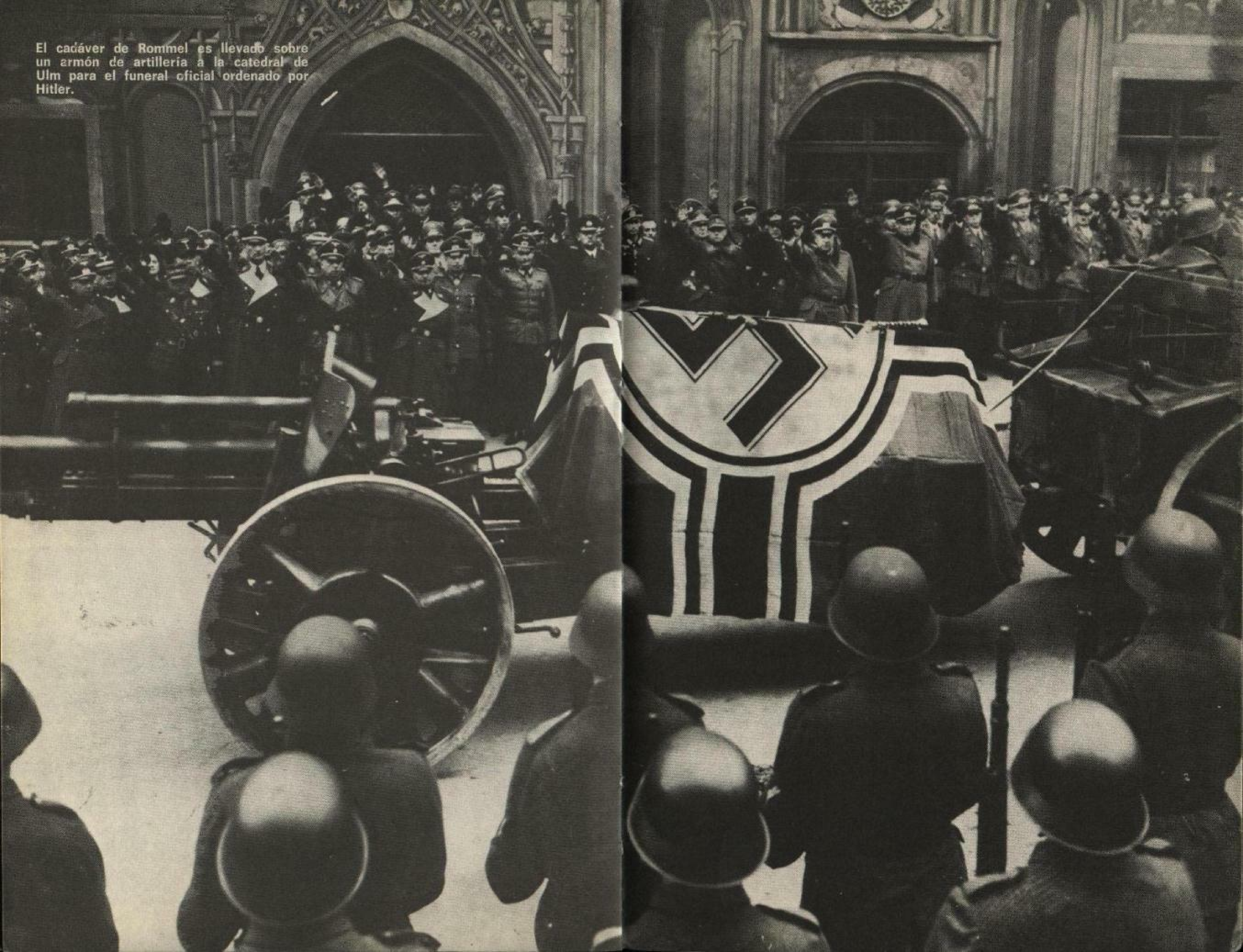
dio. Pero de pronto se le ocurrió hacer una confesión dramática implicando a su amigo muerto Tresckow en los planes del atentado, no para matar a Hitler, sino para convencerle de renunciar a la dirección de la guerra. La Gestapo quedó encantada con esta información, porque les demostraba que habían estado trabajando en el buen camino. Justificaba todos sus agotadores esfuerzos. Schlabrendorff no sería ya torturado de nuevo —simplemente expulsado del ejército y detenido en espera del juicio, que no se celebraría hasta diciembre. Presentía que las pruebas que la Gestapo tenía aún contra él eran demasiado leves; les era de utilidad sobre todo por la información que se suponía en su poder. Sin embargo, la Gestapo todavía jugaría una baza macabra contra él. Fue conducido en automóvil al campo de Sachsenhausen, y se le mostró el lugar de las ejecuciones para que viese lo que le esperaba. A cotinuación fue conducido al crematorio y colocado enfrente del ataúd en que yacía el cadáver de Tresckow desde el verano. Había sido exhumado y fue abierto delante de él. Se le pidió una confesión completa antes de proceder a la cremación del cuerpo de su amigo. Schlabrendorff se negó a hablar.

A finales de diciembre fue llevado ante el tribunal del pueblo, pero el caso fue aplazado. Pudo, no obstante, estudiar los métodos empleados por Fleisler en los interrogatorios. El 3 de febrero fue llamado nuevamente; el caso de Ewald von Kleist fue juzgado antes que el suyo. Kleist declaró ante Freisler que consideraba que la oposición al Führer "era la voluntad de Dios". De pronto sonaron las sirenas de la alarma aérea; los bombarderos aliados llegaban en oleadas para desencadenar sobre Berlín el ataque más duro de todos cuantos había sufrido. El tribunal se disolvió inmediatamente; Schlabrendorff fue maniatado y conducido al refugio bajo guardia. Una bomba cayó sobre la sala del tribunal, y una pesada viga aplastó a Freisler en el momento en que abandonaba la sala. Resultó muerto, y el expediente



Arriba izquierda: **El conde Helmuth von Moltke, líder del círculo de resistentes de Kreisau.** Arriba: **Ganchos de los que fueron colgados los generales Witzleben, Hoepner y Hase.** Abajo: **Prisión en que fueron ejecutados muchos de los conspiradores, en Plötzensee.**





El cadáver de Rommel es llevado sobre un armón de artillería a la catedral de Ulm para el funeral oficial ordenado por Hitler.

que llevaba consigo del caso de Schlabrendorff destruido. El cuartel general y la prisión de la Gestapo también fueron alcanzados. Durante la incursión Bonhoeffer pudo introducirse sin ser visto en la celda de Dohnanyi, que se encontraba seriamente enfermo y abandonado. Pocos días más tarde, el 7 de febrero, Bonhoeffer y Müller fueron llevados al campo de concentración de Buchenwald, mientras Canaris, Oster, Schacht, Halder y otros eran conducidos al campo de concentración de Flossenburg.

El juicio contra Schlabrendorff tuvo lugar por fin el 16 de marzo de 1945. Desaparecido Freisler y con la derrota a las puertas de Alemania, Schlabrendorff decidió hacer una enérgica defensa, protestando que la tortura había sido abolida en Prusia dos siglos antes. En su estado de debilidad, el recuerdo de sus sufrimientos acabó con su compostura, y lloró. Fue declarado inocente, pero sabía demasiado para ser puesto en libertad.

Finalmente sería trasladado del destrozado edificio de la Gestapo, y a finales de marzo llevado al campo de Flossenburg, donde creía que sería ejecutado. Todas las mañanas, a las seis, los prisioneros eran conducidos desnudos para ser liquidados, tanto hombres como mujeres.

Flossenburg se convertía en el centro donde coincidirían la mayor parte de quienes a los ojos de los nazis representaban la oposición. Los amigos de la Abwehr murieron allí juntos, como un grupo, a continuación de un sumario consejo de guerra celebrado en la lavandería del campo por Huppenkothen el 10 de abril. La guerra había casi terminado, y el clamor de los cañones que significaban la liberación podía oírse en las cercanías. Bonhoeffer, Canaris y Oster fueron ahorcados desnudos antes del amanecer.

Dohnanyi, que haba quedado en el edificio de la calle Prinz Albrecht, pasó otra temporada bajo cuidados médicos en el hospital. De pronto un día, a finales de abril, fue conducido en una camilla a Sachsenhausen. Aquí fue finalmente condenado a muerte por Huppenkothen en un "consejo de guerra", mientras aún yacía en la camilla. Fue ahorcado en Sachsenhausen el 9 de abril, el día anterior a la ejecución de sus más íntimos amigos.

Dos días más tarde, Schlabrendorff fue transferido a Dachau. Entre el grupo de distinguidos prisioneros con quienes se encontró allí estaban Müller, el pastor Niemöller, y las familias de Stauffenberg, Goerdeler, Tresckow y Hofacker.

Después de varios traslados más de campo en campo, y mientras se acercaban los ejércitos liberadores, Schlabrendorff, Müller y los demás fueron finalmente liberados por los norteamericanos el 4 de mayo de 1945.

Por consiguiente, solamente Schlabrendorff y Müller de entre el círculo original e interior de la resistencia activa sobrevivieron. Otros que estaban asociados estrechamente con ellos, o con los que habían desaparecido, compartieron su buena suerte —Schacht, Ewald von Kleist, Hans Fritzsche, Ludwig von Hammerstein, Otto John, Eugen Gerstenmaier, Hans Bernd Gisevius, Delia Ziegler, y los militares que un día se presentaron voluntarios para la misión suicida de asesinar a Hitler, Axel von den Busche y el coronel von Gersdorff.

Pero todos los demás encontraron la muerte; entre ellos estaban Beck, Canaris, Oster y Olbricht, Goerdeler y Hassell, Stuelpnagel y Stauffenberg, Tresckow y Trott. Murieron con alrededor de otros doscientos más por su tentativa de salvar a Europa y al mundo de Hitler. El conde Peter Yorck escribió en nombre de cada uno de ellos, conocidos y desconocidos, la carta de despedida a su mujer redactada antes de su ejecución:

"Espero que mi muerte sea aceptada como satisfacción por todos mis pecados y como un sacrificio expiatorio... Mediante este sacrificio, la distancia que separa al mundo de Dios quizá se acorte un poco... Queremos encender una antorcha de vida; nos rodea un océano de llamas."



Niemöller, oponente del nazismo, que sobrevivió a su detención después del atentado.

Bibliografía

A German of the Resistance by Count Helmuth von Moltke (Four Wells, Brunswick, Maine)
The Secret War against Hitler by Fabian von Schlabrendorff (Pitman, Nueva York)
Goebbels: the Man next to Hitler by Rudolf Semmler (Loescher, Londres)
Germany's Underground by A W Dulles (Macmillan, Nueva York)
The Von Hassell Diaries by Ulrich von Hassell (Hamilton, Londres)
To the Bitter End by H B Gisevius (J Cape, Londres)
Germans against Hitler: 20th July 1944 by Hans Royce (Berto Verlag, Bonn)

Al publicar la colección **Historia de la Segunda Guerra Mundial,** la editorial San Martín emprende una empresa apasionante y sin precedentes en el mercado del libro de bolsillo: analizar minuciosamente un acontecimiento de proporciones tan inmensas como la II Guerra Mundial y ofrecer al público el resultado de tal análisis en la forma de amenos volúmenes, imparcial y rigurosamente escritos y complementados con gran profusión de fotografías, mapas y diagramas. Cada aspecto de la guerra es sometido a un cuidadoso estudio y presentado de forma clara y lúcida. La colección está formada por cinco series: **Batallas,** como Pearl Harbour, Stalingrado, Kursk...; **Campañas,** como las del Afrika Korps, Sicilia o Rusia; **Armas,** como submarinos, aviones, armas secretas alemanas, fuerzas acorazadas, etcétera; **Personajes,** como Rommel y Patton; **Políticos,** como Conspiración contra Hitler.

Escritores y expertos de todas las nacionalidades han contribuido con sus obras a esta importantísima serie, utilizando las fuentes de información más completas y al día.

De igual importancia son las fotografías, cuya autenticidad histórica está avalada por instituciones como el Museo Imperial de Guerra inglés; la importantísima editorial Ullstein, de Alemania; Sado-Opera Mundi, de Bruselas; Novosti, de Moscú. Todos ellos han puesto sus archivos a disposición de nuestro equipo editorial. Además, se han examinado cientos de colecciones fotográficas privadas de toda Europa, obteniéndose así ilustraciones hasta ahora totalmente inéditas.

Librería Editorial San Martín se enorgullece de presentar al público de habla española esta serie, que edita conjuntamente con grandes firmas norteamericanas, inglesas, francesas, alemanas e italianas.

BATALLAS Rojo

Pearl Harbour, por A. J. Barker
La Batalla de Inglaterra, por Edward Bishop
Kursk, por Geoffrey Jukes
Golfo de Leyte, por Donald Macintyre
Stalingrado, por Geoffrey Jukes
Midway, por A. J. Barker
Día-D, por R. W. Thompson

ARMAS Azul

Armas Secretas Alemanas, por Brian Ford
Gestapo SS, por Roger Manvell
Comando, por Peter Young
Luftwaffe, por Alfred Price
Armas Suicidas, por A. J. Barker
Lanchas Rápidas, por Bryan Cooper

PERSONAJES Morado

Patton, por Charles Whiting

CAMPAÑAS Verde

Afrika Korps, por Kenneth Macksey
Bombardeo de Europa, por Noble Frankland
Fuerzas de Choque del Desierto, por Arthur Swinson

POLITICOS Negro

Conspiración contra Hitler, por R. Manvell